

ANDRES SOREL

Castilla como agonía



Castilla como esperanza

AMBITO

Mi abuelo materno era de Pradosegar, una aldea de Avila. Mi padre nació en Tardelcuende, provincia de Soria. Me alumbró mi madre en Segovia, donde vivimos, junto al Acueducto, posguerra de hambre y frío, pero también de historias y amor familiar.

Desde Gredos, donde termino este libro, pienso en ellos, en una amanecida que deseo sea, en esta hora de incendio solar y silencio roto solamente por el suave canto del Tormes, también la de Castilla, nuestra vieja, entrañable, auténtica Castilla.

© AMBITO Ediciones, S. A.
Andrés Sorel

I.S.B.N.: 84-86047-42-0

Depósito Legal: VA. 67.—1985

Edita: AMBITO Ediciones, S. A.
Héroes del Alcázar, 10. 47001 Valladolid
Teléfono (983) 354161

Fotocomposición: Andueza

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. 47003 Valladolid.

1

Reflejos de una realidad moribunda. Sueños de un despertar colectivo

1975. Primavera. Castilla se muere, está muriendo. Como región, comunidad de pueblos y tierras. Apenas algunos núcleos industriales manchan el paisaje desertizado. Los hombres emigran, continúan el éxodo que desde fines del siglo XVI sangra sus campos. Los pueblos se van cerrando, cayendo, silenciando. Surgen, allí donde existen condiciones turísticas —río, monte, caminos— algunas nuevas casas, fincas ocupadas fundamentalmente los meses de verano y esporádicos fines de semana. El tiempo restante es soledad. Vejez. Y esto ya no es Castilla.

*¡Oh tierra triste y noble
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!*

Hicieron de Castilla en la historia de España, que por lustros fuera estudiada en los colegios, ombligo de la Península. Se habló de centralismo; acusada fue de imperialista. Y nunca quizá, en nuestra geopolítica, se dio un caso tan palpable de vencedor-vencido como en el de Castilla, vieja-derruida Castilla.

La generación del 98 anduvo sus caminos, no siempre bien delimitados, y quizá en giro inverso al seguido por la historia, y habló de los hombres, de los pueblos, de su esencia mística, la introversión como génesis y definición exacta de Castilla, rechazando al tiempo el oropel, la grandilocuencia, la idea imperial; ante la derrota colonialista oponía la perenne misión espiritualizadora. Sin ver quizá el anacronismo que, por culpa de propios y extraños, iba posesionándose de Castilla, la Castilla que hoy agoniza: el poder central, la civilización técnico-científica, la ideología consumista, la colonizan y desertizan al tiempo: los pueblitos tradicionales, de vida plácida y rutinaria, ya apenas si existen; el lenguaje de Berceo, Manrique, Santa Teresa, el idioma universal defendido por las minorías intelectuales del presente siglo, está siendo acosado, transformado por el televisivo-disgregador-uniformizante de nuestros días, y sólo cruzan los viejos pueblos de piedra raída por el tiempo y el abandono, el coche, la máquina fotográfica, el esclavo de la velocidad que apenas si se digna dedicar unas

horas al recorrido de esta región semidesertizada a las puertas de Madrid.

«Llegará el día en que todo el campo esté abandonado.» «Aquí sólo quedamos los viejos.» «Siempre estuvimos solos.» «Mirando a la ciudad.»

Donde la vista se pierde, cansada de vagar por campos horizontales o estrellada contra las colinas que de la ciudad separan, comienza la vida: trabajo, médico, escuela, fiesta. Violines tristes en solitarios conciertos ofrecidos por dedos no humanos, requiems sin voces —el pájaro que canta, la madera que cruje, el viento silbando, aullidos de perros vagabundos, malezas ondulantes, árboles, riachuelos, son la otra música— acompañando el luto de pueblos de Soria, Avila, Palencia, Segovia, Burgos, internándose incluso en los montes de León o Santander; melodías truncadas por la ya casi extinta presencia del mítico lobo, por el golpear de oxidadas campanas que no tañen; casas derrumbándose, caminos cegados, borrados. Algunos viejos, quizá los últimos, sorprendidos en su abandono, en su melancólico desaparecer, resignados, más que contar recuerdos o revivir escenas pasadas, se hablan a sí mismos. Dicen: antes, cualquier día de fiesta, había rondalla, flauta y tamboril, baile, alegría. Y carnaval. Y sobre todo jóvenes. Estrenando vestidos, trajes, derrochando sonrisas y abrazos en el baile de la plaza, llenando las calles del pueblo. Dicen que hubo muchos adelantos. Pero no para nosotros, no para estas tierras. Aquí, a los que quedamos, sólo nos envuelve la tristeza. Aunque haya televisión. Son otras historias.

Acentuación de la soledad: ver vivir a otros. Despiertan de sus tumbas al rayo de luna para presenciar los colores corridos en otros planetas a los que nunca tendrán acceso. Si quedan algunos jóvenes, los do-

mingos emigran en cuadrilla a la ciudad, preludio de la definitiva marcha. ¿Merece la pena, en verdad, llorar por el tiempo perdido, por el tiempo que desaparece, por el pasado inconcluso, por gentes, modos de vida, historias que forzosamente han de morir?

Un libro, no es forzoso repetirlo, nada transforma. Es un grito, otro grito aislado; un arpegio en el concierto masoquistamente repetido en el santuario cultural donde se refugian algunos cientos de personas, ciegos o vueltos de espaldas al verdadero caminar de la masa, y, sin embargo, el aislado grito se estremece de dolor al considerar que, quizá coreado por cientos de miles de voces, podría sacudir, entre otras cosas, el reflejo de la realidad moribunda. Y agitar Castilla, las regiones deprimidas, desérticas de España, sería levantar caminos de la otra España, la macrocéfala, la obsesionada de angustia en las gigantescas colmenas donde millones de personas subempleadas, subescolarizadas, subalimentadas, manipuladas mentalmente, multiplican empleos inútiles y marginales cuando no abocan al proceso desembocante en la prostitución o delincuencia reflectadas y condicionadas por su propia estructura. Porque hoy lo importante ya no es el modo de producción, sino el de desaparición. El tiempo sin memoria, la pérdida de cualquier ilusión. El mundo sin utopías. Por eso, nuevamente el hombre ha de parar su vertiginoso caminar por el Universo, para pensarse a sí mismo.

Historias de aislamiento y miseria cultural. De hijos a nietos que huyeron a estudiar textos borradores de la herencia recibida. Cuando vuelvan a encontrarse, no se entenderán entre ellos. Hablarán lenguajes diferentes. Pensarán, vivirán civilizaciones distintas. Ancianos aislados: en la tierra, en el lenguaje, en la memoria. Sobre todo durante los largos inviernos. Y esta

soledad del campesino herirá su vieja dignidad. Sábese pobre. Vergüenza siente de sí mismo. Orgullosos pueden estar los poderes centrales: destruyeron su cultura propia, le impusieron una técnica, desarrollista llamaron, que sepultó su antigua comunión con la naturaleza, con la tradición, con sus mismas señas de identidad. Eso sí: le dejaron la retórica, el vacío, la nada: un problemaseudoliterario. La cotidiana decadencia de las palabras, los discursos, las cifras; el encubrimiento que todo poder hace de su único fin: la explotación del hombre, la destrucción de la cultura, como individualidad, como creación colectiva.

Escribe Pitt Rivers: «Cuando el hombre de ciudad llega a la montaña, cuando aparece el turismo, la comunidad social campesina se quiebra... Las mujeres del campo no quieren ser campesinas... La mujer rural está considerada como una especie de animal... El campesino se ha convertido en un ciudadano de segunda categoría.»

La mujer campesina, en la gran ciudad, pasa a convertirse de animal en objeto. También objeto de compraventa. Prostitución en múltiples ocasiones, consentida, legal, asumida, encubierta. El hombre campesino puede ser guardián del nuevo orden, policía encerrado en el cubículo de una portería, donde sus ojos se van ennegreciendo mientras la delación, el servilismo, aparecen como normas de su nueva vida.

«Hoy nos encontramos en una situación sin precedentes: los jóvenes no poseen más ventanas utópicas que abrir.»

Hurra, tres veces hurra a los realistas enterradores de los espacios abiertos, de las alambradas abiertas del futuro. Pinochet no es sólo un gorila militar. Son banqueros, jueces, eclesiásticos, legisladores, perio-

distas, etc. Sin ellos no existirían los Pinochet. Aún una cita de Jean Baudrillard:

«Hay una náusea en esta inutilidad prodigiosa. Es la inutilidad de un mundo que se hincha, que acumula, prolifera y se hipertrofia, y que no consigue dar a luz. Ya no se trata de una crisis, sino de un acontecimiento fatal, de una catástrofe en cámara lenta... En un mundo sin memoria como el nuestro, ya todo es lanzado vivo hacia el pasado.»

Agonía de Castilla. Agonía del mundo. Viejos sin palabras. Ventanas cerrándose. Viviendas-cárceles. Jóvenes desilusionados. No es sólo problema de una comunidad llamada Castilla-León. Es cáncer de una civilización, de la propia supervivencia del hombre. El imperio de los medios se ha impuesto sobre el conocimiento de los fines. El desarrollo ahora paralizado, equivalente a ganancia, competitividad, consumo, el desarrollo que es la vieja ley judía del imperio del más fuerte, triunfante, sirvió para acentuar los desequilibrios: entre técnica y humanismo, entre ciudad y campo. Y el desequilibrio es una enfermedad que de pronto amenaza con consumir el cuerpo entero de la civilización mundial. Como diría Gramsci: lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer.

1984. Final del verano. Por la calle principal del pueblo bajan las comparsas. Una se acompaña de dulzainas y tambores. Otra cuenta su pequeña orquesta. Bailan, unidas las manos, los jóvenes. Desde los balcones ornados con banderas, les arrojan cubos de agua. Los ojos del viejo se vuelven de cristal. Brillan en ellos las lágrimas. Y dice: «el año pasado aún bailé la jota en la plaza, con una moza. Este año no puedo; el corazón». El viejo es mi padre. Ochenta y un años. Quedan, sólo, los recuerdos. Un ir y venir de días y de noches —trabajo, con una máquina quitanieves,

con un pesado camión chevrolet; caza o pesca, siempre el morral al hombro— por estas tierras de Castilla. En los toros, un hombre aún mayor que mi padre, me dijo: «donde me ve, yo soy pobre, pero tuve casa rica. Serví a un buen amo y nunca me faltó comida ni cama. Ahora nada me queda, bueno, sí, recuerdos y dignidad».

Y me sumergía en la fiesta que volvía a llenar de cantos y risas las calles y plazas del pueblo.

Desde la miseria, desde la agonía, puede venir la salvación. Se necesita un esfuerzo colectivo. De una vez por todas olvidemos a los truhanes, sean de cruz, de espada o de cuenta corriente, para concitar el esfuerzo de quienes en verdad aman esta tierra. Del grito que partió —aún no hace diez años— el pecho en el dolor, puede venir la sangre que siembre una nueva esperanza, sin viejas literaturas, sin gastadas historias, reordenando nuestra economía, y sobre todo, siendo nosotros mismos, fundiendo al hombre con la tierra. Queremos el progreso no para convertirnos en esclavos del mismo, sino para utilizarlo en provecho de una región que convoca nuevamente sus tambores no para la guerra, sino para defender su valiosa identidad, su auténtica independencia. No vamos contra nadie. Luchamos por la libertad. Allá otras naciones, allá otras Españas. Castilla quiere, debe ser nuevamente Castilla. Educadores, artistas, campesinos, ganaderos, trabajadores de la industria, sanitarios, todos han de unir sus voces, reordenar sus conceptos, para definir, en la práctica, su entorno vital: aquí sembraremos, cantaremos, edificaremos, enseñaremos, transformaremos nuestra propia producción agrícola y ganadera en industrial, crearemos, respetaremos lo que es auténticamente sagrado: la vida, la vida del árbol y del pez, del agua y del matorral, del

águila y la montaña, para nosotros, para nuestros hijos, para salvar nuestra tierra. Aún hay tiempo. No más destrucción. No más, sangrado Duero, paisaje de las lamentaciones. No deseamos seguir cabalgando más tiempo con tu sombra, oh viejo Cid, hacia el destierro. No más éxodos. Y sobre todo, detengamos la colonización. La palabra, la imagen, será, ha de ser nuestra. Nuestra será la canción, la historia. Y el agua que nos vertebral. Y la carne que nos alimente. Y el libro que narre o ilustre, y la ciencia que cure la enfermedad, proteja a nuestros animales, cuide el entorno de nuestra vivienda. Es la música de la esperanza. Es el abandono del complejo. Ahoguemos los prejuicios, las intoxicaciones. No más salvadores, unidades de destino en lo universal. Nuestra salvación, nuestro destino, nuestra definición, ha de estar en nosotros mismos. ¿Cómo? Viviendo, amando, trabajando, inventando nuestra tierra. Otra vez el foro, la discusión pública. Univerudad y plaza abriéndose a todos. Quien aquí trabaje y goce, el profesor, el médico, el arquitecto, el cultivador, el dulcinerero, el cineasta, el pastor, el ingeniero, han de hacerlo por identificación con un nuevo modo de vida. Negando la ciudad cárcel, el consumo por el consumo, la dimensión única —en el vestir, en el comer, en la cultura del ocio o las formas de trabajo— para llenarse de espacio abierto, de relación hombre-paisaje-trabajo-cultura. De la agonía de la civilización actual ha de surgir una vida superadora, única forma de subsistir. El milenio o lleva al abismo o a la resurrección. Bebamos, bebamos hasta saciarnos el cáliz de la agonía. Llenemos de vino joven el cáliz que ha de fortalecer a nuestros descendientes, reguemos con él nuestra tierra. Son palabras religiosas, de la religión del hombre, la única que aceptamos. El hombre envuelto en la duda eterna

del origen y fin de su mundo. Pero el hombre consciente de que este mundo, versos de Jorge Guillén, el gran poeta vallisoletano, no deja de ser maravilloso. Pese al propio ser humano que lo habita, sigue siendo maravilloso.

2

La estéril polémica

Durante mucho tiempo estudiamos, aceptamos, definimos: Castilla la Vieja tiene seis provincias: Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia y Avila. Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia fluctuaron entre su adscripción al reino de León y su incorporación a Castilla. Vieja polémica nucleadora de múltiples libros. Nuestro propósito es sólo adentrarnos en el pasado para detenernos en el presente, sin terciar en la misma. Por el contrario, pensamos que deben ser los habitantes de cada región quienes delimiten ésta, quienes pongan en funcionamiento sus asambleas legislativas, cosa imposible de llevar a efecto cuando no se habían descentralizado funciones y decisiones. La

autonomía financiera, las elecciones democráticas de las autoridades regionales, la planificación económica dentro de un marco global que va más allá de lo estatal, el desarrollo y potenciación de una cultura propia, son vías que abren posibilidades a la toma de conciencia de un pueblo que ha de aspirar no a cerrar fronteras y enquistarse en formas reaccionarias de nacionalismo tipo ario, sino a abrirse al diálogo y a la comunicación con otros pueblos tan celosos de su independencia y de su propia personalidad como él mismo. Consciente de que la falsa e impuesta «pureza ideológica de valores eternos» no sirvió sino para marginarle del propio desarrollo vivido por quienes eran en cambio perseguidos en la negación de sus propias raíces culturales. El centralismo, la confusión de lo castellano con lo español, produjo no sólo represión cultural y marginación política y administrativa, sino desarrollo económico y social de unas áreas determinadas del país —Euskadi, Catalunya, los islotes de Madrid, la costa mediterránea fundamentalmente— y la desertización y vacío de todo el conjunto circundante. El crecimiento de la economía española, el despegue puesto en marcha al final de los años cincuenta, que se concretaría —gracias sobre todo al turismo y la emigración— en el desarrollo alcanzado en la década de los sesenta, supeditaba el equilibrio regional y la posible distribución igualitaria de la renta al máximo ritmo de crecimiento global o nacional, aunque a la hora de los análisis parciales se verificase que se había provocado una distorsión conflictiva en la difusión de la renta en el país, cada vez más diferenciado entre la periferia cántabro-mediterránea y los islotes macrocéfalos y enriquecidos, y el resto de España, subdesarrollado y deshabitándose, olvidando a su vez esta política económica la interdependencia

existente hoy entre el desarrollo de región en crecimiento y regiones en retroceso o depauperación, dado que a su vez la necesidad de incrementar la producción alimentaria y de bienes derivados del campo, de potenciar la agricultura y la ganadería para atender al crecimiento de la población y su mayor acceso a los bienes de consumo, es fundamental si se quiere mantener un ritmo progresivo de desarrollo y no depender de la necesidad de grandes importaciones agropecuarias, en época de encarecimiento y agotamiento de materias primas. No es, pues, un problema de justicia distributiva y equilibrio regional solamente el potenciar el desarrollo de las regiones atrasadas, sino de estricta lógica y necesidad planificativa económica estatal.

Y llegaba la hora de definir el marco regional para impulsar la descentralización administrativa contemplada en la nueva legislación española. Los agravios del presente, el retraso admitido por propios y extraños de Castilla respecto al resto del Estado, arrancaba de lejos. ¿Fue Villalar «el último suspiro de la libertad castellana» que dijera León del Arroyal? «En 1585, afirma García Sanz, comenzaron los setenta y cinco años más desdichados de la historia de la sociedad castellano-leonesa.» En el siglo XIX se acentúa la marginación económica y la presión fiscal. Llegará Castilla tarde a las redes ferroviarias y a los trazados de Obras Públicas, al desarrollo industrial y a la incorporación tecnológica; verá hundirse sus mercados y acentuarse la ruina artesanal, empobrecerse la ganadería, marginarse de las penetraciones turísticas.

Ya desde el siglo XVII, Castilla comenzaba a ser un territorio en vías de desolación: su marginación no será sólo económica, sino científica y cultural. Crecían, eso sí, en sus tierras, frailes, monjas, clérigos, señores

que no labran ni comercian, sentados en sillones desvencijados, espectadores de la historia que galopa a un ritmo, velocidad de desarrollo, desconocido hasta entonces. La Ilustración será un espejismo. Un territorio sometido al esqueleto de nobles y obispos que son como lápidas de cementerios, no puede despertar. Vasallo de osamentas cuyas cruces, espadas y gorgueras forman un hábito de muerte frente a la vida que irrumpe en otras plazas, mercados, puertos y ciudades. Y a los viejos feudos sucederán los nuevos caciques. Hasta los inicios del siglo XX. Que encontraría, frente a las ansias renovadoras de sus primeras décadas, el candado definitivo de 1936.

*Y otra vez roca y roca; pedregales
desnudos y pelados, serrijones,
la tierra de las águilas caudales,
malezas y jarales,
hierbas montesas, zarzas y cambrones.*

Ha sido la configuración física una de las características definitivas del marco que delimita para muchos los reinos de Castilla y León. Pero el Duero que ambos viejos reinos cruza y las altas montañas que forman barreras aislantes de la España húmeda, contradice esta posible y tajante división interior, que un viajero desapasionado, con sus ojos y su corazón abiertos, libre de prejuicios la mente, tampoco sabría, en su caminar enamorado por unas y otras tierras, delimitar con precisión. Rutas por iglesias, campos, o paisajes humanos, que de Soria llevan a Burgos, de aquí a Palencia, y pasando por Valladolid desembocan en Segovia y Avila, en un caminar no precisado de antemano, pero enriquecido por canciones, pan, vino, tal vez caricias de labios sorprendidos cuando

septiembre lanza en su ocaso flechas de tristeza a la ruta del sol acompañante de un verano ganado a la rutina, a la monotonía de la gran ciudad que se dejara y a la que con pesadumbre se vuelve.

Santander y Logroño fueron más que «contestadas» por los análisis de algunos políticos o funcionarios a la hora de plantear su inclusión en Castilla: se desgajaron, sencillamente, de este territorio, en la nueva configuración autonómica.

Ya en este siglo, Julio Senador, uno de los más apasionados definidores de la decadencia castellana, punteaba un posible marco regional en las siguientes palabras:

«El Valle del Duero no es más que un callejón sin salida. Representa nueve provincias caídas en una trampa de lobos. El que aquí entra no tiene escape. Por un lado le cierra el camino la cordillera Cantábrica; por otro, la Ibérica; por otro, la Carpetana; por otro, Portugal.»

La FAO, menos apegada a la historia y más a las realidades macroeconómicas, destradicionalizaba el marco en su mapa de regiones agroeconómicas e incluía a León, Zamora, Salamanca, Valladolid, Palencia, Burgos, Soria, Segovia y Avila en un mismo campo, abandonando los siglos de oposición castellano-leonesa, incrustando a Santander en el norte cantábri-co-galaico y pasando Logroño al Ebro. Razones administrativas que pesarían a la hora de autonomizar España. El profesor Sáenz de Buruaga, siguiendo modelos europeos, habla de regiones-base y define una vasco-castellana compuesta por Santander, Burgos, Logroño, Soria, Navarra y las tres vascas, desgajando a Segovia y Avila de sus vínculos históricos, perdidos en el corte que el punzón del realismo económico y político efectuó sobre la vieja historia. También, en

éstas últimas conceptualizaciones, se olvida al Duero, auténtico pulmón de estas tierras, y con él los sueños, las batallas, las razones lingüísticas, ideológicas, históricas, que se entrelazan a la propia economía regional.

Porque el Duero es el padre de la meseta, y la meseta es el eje central de Castilla. El Duero cruza tierras, pueblos, hombres y animales buscadores de sombra los días de calina, de sol los largos inviernos, cabe al olmo, haya, acebo, álamos o pinos. Piedras y murallas fueron roídas por el tiempo; marcas quedan en sus ruinas de lo que fue un tiempo la vieja Castilla, cuando con Alfonso I se inicia el largo proceso desertizador de las que fueran frondosas tierras, acercándonos al paisaje que hoy podemos todavía contemplar.

«En la era 852 salieron los foramontanos de Malacoria y vinieron a Castilla.»

Los «Anales castellanos» daban nombre a la región. Gentes hambrientas se descolgaban de los Picos de Europa hacia las llanuras mesetarias; peleaban con moros; asentaban sus pies y picos, alzaban sus casas, cercaban las tierras por sus animales pastadas, tierra que de Bardulia pasaría a nominarse Castilla. Junto al pico portaban la lanza, descansaba la maza junto al arado, manos abiertas volteaban trigo o golpeaban a los enemigos que disputaban el lugar ocupado. La tierra se colonizaba. Y los colonos forman grupos vecinales que se dan leyes comunales —deberes y derechos— para regirse en colectividad. Hombre, tierra, pueblo, y castillos para la defensa. Es una épica lejana, nuestro western apenas mitificado. Trabajaban sus tierras como pequeños propietarios libres y colectivizan las dehesas, pastos o pinares comunes.

Rezan las crónicas que el Concejo es Asamblea en

que todos los vecinos se gobiernan democráticamente y discuten y resuelven los asuntos comunitarios. Menéndez Pidal insiste en que el condado castellano no es sino el surgimiento de una protesta vascongada contra el reino neogótico leonés. Hay vascos en Castilla. Nombres de vascos en pueblos, Basconcellos, Bascones; en tiendas: El Bilbaíno, El Vizcaíno; en calles...

Castilla, si no perfectamente delimitada, que ancho es el Duero y grande la estepa, comienza a ser una unidad, a proyectarse como tal unidad en la historia de España. Segovia, frontera sur del Duero, se incorpora a la Extremadura castellana. Y crecen las comunidades de Villa y Tierra, y se fortalecen los concejos comuneros, y gracias a ellos los señores de Castilla son un poco menos señores y se recorta el poder que imponer quieren a sus feudos. Es hora de democracia. Y, para Sánchez Albornoz, de una Castilla ajena a la idea centralista, incluso carente de capital propia: «Los reyes castellanos nacían en cualquier parte y morían en cualquier parte.»

Repoblación e identidad en las instituciones, incluso en los romances, memoria, pergamino de este viejo tiempo.

Síntesis de la formación castellana y al tiempo de una aún no cerrada polémica sobre la cuestión regional, es el texto, son los textos del segoviano Anselmo Carretero Jiménez, que desde hace muchos años viene estudiando el tema de las nacionalidades en el Estado español. Escribe:

«Castilla surge en la Edad Media española como un nuevo estado que, entre el Alto Ebro y el mar Cantábrico, lucha contra el moro con empuje guerrero y repoblador hacia el sur, a la vez que se enfrenta a los reyes de León en defensa de su independencia... Cas-

tilla se presenta en la historia rechazando el Fuero Juzgo con principios políticos y estructuras económicas y sociales opuestas a las de la corona de León: aristocraticismo y propiedad señorial de los magnates leoneses y eclesiásticos; legislación imperial; centralismo unitario; poder teocrático y militar; privilegios nobiliarios; jueces y funcionarios de nombramiento real en León; concejos democráticos, comunidad de bosques y pastos, agua y minas; legislación foral y «usos y costumbres» populares; federación de comunidades autónomas unidas constitucionalmente por un jefe común; milicias concejiles con enseña y capitanes propios; estado laical de un pueblo religioso que mantiene a los clérigos apartados del poder político; igualdad de los ciudadanos ante la ley; jueces y funcionarios de elección popular, en Castilla... La Castilla medieval al sur de Burgos es, pues, un territorio —en general serrano— donde se mezclan durante la Reconquista viejos pueblos cántabros, vascos y celtiberos prerromanos... El pueblo castellano sostiene, a partir de las uniones de León y Castilla, a la defensiva y en continuo retroceso, una larga lucha por mantener sus viejas libertades y su organización democrática, comunera y federativa frente a los continuos ataques de que por parte de la corona y las oligarquías eclesiásticas y militares a ella aliada son objeto sus derechos políticos y su patrimonio colectivo. Desde el ascenso al trono castellano del leonés Fernando III, los reyes castellano-leoneses... fomentan el desarrollo de una clase nobiliaria —al principio inexistente— y acrecientan el poder temporal de la Iglesia... para abatir con su ayuda el poder democrático de las comunidades y apropiarse del patrimonio comunero... Todo lo que sigue es una ininterrumpida decadencia del pueblo y de las instituciones populares en Castilla

en provecho de las oligarquías, las más veces ajenas a los intereses del país.»

Pero esta decadencia, justo es subrayarlo, no sólo afecta a lo que Carretero considera Castilla: también el viejo reino de León será víctima de ella. Muchos liberales castellanos piensan que se inicia con la derrota de los comuneros, y que las Comunidades son la esencia unitaria-ideológica de Castilla. Incluso acusan a la unión de Castilla y León como culpable de borrar la genialidad particular e individualizadora de Castilla. Es sin duda una visión parcial e historicista (que no tiene en cuenta otros factores, sin duda más importantes, como los económicos, y supranacionales, a la hora de profundizar en el tema. El fracaso de Villalar no puede atribuirse a causas morales o sentimentales: la pugna política siempre se da entre partidos u organizaciones que buscan el control del poder, y utilizan la ideología como soporte movilizador del pueblo para sus fines. Y es pugna que escapa al contexto de una región y de una fecha determinada para convertirse en denominador común de la historia de esta país). Como escribía en 1889 R. Macías Picavea:

«... ímpetu de rebeldía y singularismo... que arrastra y ha arrastrado siempre a los españoles a pelear furiosamente los unos contra los otros, a aislarse y separarse en pequeñas regiones y aún en diminutas localidades, a armarle guerras al vecino por un quítame allá esas pajas... a sustraerse en fin con irreductible resistencia pasiva, si no es con sangrienta franca protesta, a toda fecunda acción colectiva... que mire el interés común con sacrificio de los propios gustos y opiniones».

El hecho es que la decadencia de Castilla en el siglo XVII y sucesivos, es total. A la marginación económica se une la presión fiscal. La discriminación por el

poder central a la hora de establecer, en el Estado, las redes ferroviarias y los planes de carreteras y Obras Públicas, como ya subrayábamos. El desarrollo industrial se hará al margen de Castilla-León que verá al tiempo hundirse sus mercados y llevar al paro a miles de ciudadanos ocupados antes en la artesanía. Mientras la región se convierte en exportadora de energía, se empobrece su ganadería. El mito se asienta sobre los harapos. Ventanas cerradas al desarrollo, económico o cultural, alimentando una falsa identidad de Castilla y España, que da lugar además a un peligroso nacionalismo rígido e integrista, cuyo renacimiento actual, de producirse, debe ser combatido por los propios castellanos. Es la rabiosa independencia aquella que se manifiesta sobre todo en la solidaridad y comunicación con otros pueblos. La defensa de la lengua, de la tradición, de la cultura propia, del progreso económico, se hace más grande en el ejemplo y la práctica de la libertad auténtica, aquella que acepta el pensar y organizar la vida de modo distinto al propio. La autonomía no puede ser ni reproducción de esquemas de funcionamiento político centralista, ni exportación forzosa de conceptos propios: es práctica cotidiana de un quehacer colectivo que atiende tanto a las formas particulares de cultura, de fiestas populares, de sentimientos religiosos o lúdicos, cuanto a la orientación de una economía volcada sobre los recursos naturales de una agricultura, de una ganadería, que han de complementarse con una industria alimentaria derivada, subsidiaria de aquellas, una industria hoy en manos, en gran parte, de compañías extranjeras, o al servicio de planes desarrollistas que para nada contemplan el equilibrio ecológico de la región, una industria local que en el caso concreto castellano-leonés ha de hallar en la agroalimentación una

de las más importantes alternativas de desarrollo, para lo que se requiere una propia reforma de la mentalidad de los agricultores, que oponga frente al individualismo tradicional la necesidad de explotaciones viables y el desarrollo del movimiento cooperativo — para la tierra, cuyo precio es por otra parte absolutamente ilógico —, para la adquisición de maquinaria, de abonos y semillas, etc. El peligro es convertir Castilla en un vertedero de residuos radiactivos o en un conglomerado de industrias sucias y contaminantes, y ahí si debe intervenir el autogobierno, la defensa, villalariana si es preciso, de una región que se niega a seguir siendo el estercolero del desarrollismo consumista al servicio de las multinacionales de turno. Como dice José Antonio Maravall, «... la autonomía debe entenderse así, por una parte como una limitación del poder, evitando que un poder único manipule al país (no hay más que ver la TV) pero además habría que atender a que esa estructura fuese necesariamente orgánica... Hay que plantearse qué hacer hoy para evitar que haya esos enormes Estados que están alienando al hombre, y no sólo, como decía Marx, por las relaciones de producción, sino por las relaciones de poder y de manera fundamental por los medios de información, la televisión sobre todo y la publicidad».

Ahí comenzaremos a hacer realidad la independencia y existencia de Castilla, mucho más que alargando la estéril polémica a que venimos refiriéndonos sobre establecimiento de fronteras rígidamente definidas y de marcos ideológicos de reaccionarias purezas de sangre y catecismos de principios úncios. Historia abierta, y sobre todo presente, teniendo en cuenta además que la «nación» castellana hoy parece algo indefinido, inexistente, a nivel de conciencia popular, y que se perdería en un territorio que bordeó no sólo

las marcas ahora establecidas, sino aquellos orígenes que en Cantabria o Logroño dieron raíces, lengua y hasta salidas al mar en nuestra tierra y se prolongaría al sur de la meseta en lo que se llamó Castilla la Nueva, tan Castilla como la que ahora se define vertebrada sobre la apergaminada cuenca del Duero... Mirar la historia no es petrificarse en ella. Huir del estatalismo, presupone tanto un proyecto de convivencia, de identidad horizontal, cuanto de realización práctica, de desarrollo propio, originario, abierto a una nueva concepción de futuro, en el que el hombre y la tierra han de complementarse para hacer una mueca de desdén a los terrores del milenio o a los abrumadores controles y destrucciones con que hoy mismo abordamos los albores del año 2000. Formas culturales nuevas, pero no importadas. No adoración de museos, sino calles abiertas al protagonismo de la cultura diaria, cotidiana, identificada y protagonizada por nosotros mismos, rechazando la conversión del pueblo en mero espectador y consumidor de los modelos que desde Estados Unidos nos obligan —a través de la filial Madrid— a usar. La tradición es sólo huella que ha de formar huellas nuevas, polvo enriquecido con olores y sabores de vida joven, con vientos ilustrados que de todas partes han de llegarnos. Al Centro de Estudios Castellanos, creado en Segovia en 1918, a la Universidad Popular de esta ciudad, también de 1918, al Instituto de Estudios Castellanos de Burgos de 1931, a tantas otras iniciativas del pasado que rompió, asesinó el franquismo, deben hoy suceder centros, instituciones abiertas, que entren sin miedo en la era visual para conseguir sacar al hombre actual de la dependencia de una televisión que es la más perfecta organización de la mediocridad y el poder del Estado, del dinero y orden reaccionario, de la publicidad so-

bre un mundo unidimensional de organización de la vida cotidiana, manejado por las multinacionales que desde el desarrollo del Norte está llevando a la agonía a todos los pueblos, economías y civilizaciones del Sur.

Volvemos a la historia. Seguimos aún en la polémica. La realidad del ocaso al que lanzamos frecuentes dentelladas con el sueño utópico del amanecer. Al fin prendidos en los versos de Cernuda, acompañantes siempre del viajero en la tierra de la difícil existencia, en la rebelión de los no resignados, en quienes anteponen la independencia del hombre a la razón del Estado, los hermosos versos que dicen:

*Que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sean:
Uno, uno tan sólo basta
Como testigo irrefutable
De toda la nobleza humana.*

Ese hombre importa. Ese hombre de Cernuda:

*El hombre es una nube de la que el sueño es viento.
¿Quién podrá al pensamiento separarlo del sueño?*

«A partir del siglo XVI, lo específico de Castilla y León se fue disolviendo lentamente en la amalgama de lo español» —escribe Julio Valderón, que ha apuntado, frente a quienes son absolutamente censores de la independencia rabiosa de Castilla, de la diferenciación política en nuestros días de Castilla y León como dos autonomías diferentes, un cierto caminar paralelo, unas señas de identidad comunes en múltiples rasgos, de ambos reinos, a lo largo incluso de su más antigua historia. La fusión de Castilla y León (tres

tiempos —siglos XI al XII— en que ambas comunidades desarrollaron —política y cultura como envolventes del desarrollo económico— formas estatales de vida sobre territorios bien delimitados, y Castilla sin afán centralista) no es algo gratuito, improvisado o producto de un mero golpe de fuerza. Escribe Julio Valdeón, para argumentar después sus afirmaciones:

«Una lectura de la historia de las tierras de la vieja Castilla y del antiguo reino de León, a partir del año 1000, permite aportar numerosos elementos a favor de la unión de los dos núcleos... Desde mediados del siglo XI, independientemente de que los reinos estuviesen unidos o escindidos, se fue acentuando la aproximación entre castellanos y leoneses... El incremento de la trashumancia en la Extremadura fue similar en la zona castellana y en la leonesa. De esa forma se iba fortaleciendo, sobre bases objetivas, conjunto castellano-leonés.»

Y para no reiterar las citas, subrayemos otros rasgos apuntados por Valdeón como conformantes de una cierta unidad histórica y territorial. La edificación de monasterios —influencia del Císter— en la meseta Norte y de Ordenes Militares en el Sur. Las instituciones, Cortes, cuya primera reunión se celebra en León en 1188 y en San Esteban de Gormaz para Castilla, con sesiones diferenciadas en ambos reinos. Prima la importancia de los Concejos abiertos en Castilla, autogobierno que se mitificaría en la historia contemporánea, pues olvídase la relevancia adquirida en ellos por la nobleza y el desarrollo feudal específico, pero feudal, en su seno. La imposición de un derecho estatal o de la corona frente a la vieja dispersión normativa para ambos territorios. La confusión entre lo castellano y lo español para una forzada unificación de los pueblos de España y la concepción autoritaria

del poder real para ambas comunidades, con pérdida de sus normas jurídicas o derechos propios.

Anota Valdeón:

«Una vez lograda la unidad de los reinos de Castilla y Aragón en las personas de Isabel y Fernando, los monarcas prefieren apoyarse en la plataforma castellana, en donde el ejercicio de sus atribuciones no tenía contestación... La monarquía fue reconocida como el centro indiscutible en el plano económico y administrativo. La nobleza, con los conceptos económicos y sociales, vio fortalecida su posición hegemónica en la estructura social... Los Reyes Católicos apoyaron en todo momento los intereses de la alta nobleza, a la que otorgaron incluso nuevos señoríos y aureolaron con pomposos títulos... Toda la política económica de los Reyes Católicos en el reino castellano-leonés fue de claro apoyo a los intereses de los grandes propietarios de ovejas y de perjuicio a los modestos agricultores.»

Las Cortes perdían importancia. El poder se absolutizaba. Los municipios pasarían a ser simples centros delegados del poder total de los reyes, con funcionarios sumisos que sometían la independencia y el derecho territorial a la necesidad de la Corona. Castilla se lanzaba a la conquista del mundo mientras se iba vistiendo de harapos. Un falso sueño que no dejaría de alentar a los políticos del futuro, inconscientes de que ese castillo en el que se habían encerrado y que consideraban el ombligo no ya de España, sino de la Tierra entera, supuraba atraso, miseria y subdesarrollo por todas partes, y en cuanto alboreara la era contemporánea con sus máquinas, sus desarrollos tecnológicos y el poder de sus bancos, iba a quedar relegado al último lugar de la memoria. En lo económico. En lo ideológico. Se había destruido a una comuni-

dad. Que con autocrítica y sinceridad colectiva, debía volver a pensarse a sí misma, para proyectarse no hacia otras comunidades, sino hacia su redefinición. Razas, unidades de destino, centros espirituales... palabra huera, bisutería lingüística que ha de ser enterrada en los arcanos del idioma para rescatar de éste lo que sigue siendo válido: hombre, comunidad, tierra, canción, amor, libertad, igualdad, nadieesmásquena-die, cultura, futuro...

Julio Valdeón, tras señalar las diferencias existentes entre Castilla y León, concluye su trabajo investigativo mostrando cómo en el tiempo ambos reinos fueron achicándose.

«La unificación efectuada por la base —repoblación sincrónica y en lo fundamental similar, formación de una estructura económica y social uniforme en el conjunto de la cuenca del Duero, unión de las dos coronas en un mismo monarca, etc— fue seguida de la amalgama en otros muchos terrenos, ya fuera el lingüístico, el jurídico o el folklórico... A partir del siglo XIII, la historia posterior, lejos de individualizar a castellanos y leoneses, ha contribuido a fundirlos en un mismo crisol.»

Yo diría que en los tiempos recientes, Castilla y León donde más se han identificado, unido, ha sido en la desesperanza, en la agonía. Esto es lo que importa. ¿Cómo se puede recuperar hoy, en su diferencia, la sustancia de Castilla y León? Comenzando por no confundirlas con lo específico español, por no intentar imponerse sobre la personalidad de otros pueblos, por recuperar su propia concepción autonómica, de democracia horizontal, por proyectar una economía propia y al servicio de su realidad geográfica y social —sin dependencia de los intereses de las multinacionales—, por, sobre todo, encontrar una vehiculi-

zación cultural que no destruya sus raíces e imponga formas de vida foráneas, gustos y desarrollos al servicio de los mass-media y la publicidad importada a la mayor gloria del Imperio. Suplantar el reino de Dios por el del dólar, no es sino cambiar de vasallaje.

¿Qué puede ser Castilla León? ¿La vértebra que en torno al Duero se forma para cerrar un mapa político? ¿La ceguera producida por quienes sólo quieren mirar, llenos de ira, hacia atrás, hacia la más vieja historia? Huir del estatismo —o del simple reflejo del poder estatal con ramificaciones autonómicas—, atender a la cultura: encontrar la definición —nunca cerrada por otra parte, cambiante, fluyente como el río heraclítico— en la vida cotidiana, en proyecto de convivencia y de identidad horizontal, porque cuando decimos cultura, englobamos a la economía, una economía que lejos del desarrollismo por el desarrollismo —es decir, al servicio de los centros dominantes de los mercados mundiales, y a su necesidad de explotación de los pueblos atrasados como meros productores de materias primas y consumidores de mercancías por los otros fabricadas— atiende al equilibrio entre producción y ambiente ecológico, pues al fin ha de servir al hombre y a su entorno, la tierra en que vive y trabaja.

Como dice el tunecino Rachid Chenchabi: «Los países del Tercer Mundo están dominados culturalmente de diferentes maneras, pero especialmente a través de los medios de comunicación: prensa, radio, TV, cine, material educativo. Las consecuencias no siempre se perciben... El camino hacia el exterminio metódico de un pueblo o un grupo étnico pasa por la destrucción de su cultura y lengua, el falseamiento de su historia y la muerte de su espíritu creativo. Se trata, a todas luces, de un desmantelamiento moral de su destino en nombre de la "civilización", el "progreso"

o el "desarrollo"... Un pueblo... llevado a adoptar el comportamiento y las ideas de una cultura extranjera.»

Aquí radica la sustancia del problema. Esto importa más que los meros símbolos institucionales. ¿De qué sirve una barra o una estrella o un color más o menos en la bandera? Castilla no es un problema de definición, sino de esencia, de personalidad, de comportamiento, de creación. Lo otro, es falsa polémica.

3

Una Comunidad llamada Castilla-León

Despoblación. Desequilibrios. Desertización

Noventa y cuatro mil ciento cuarenta y siete kilómetros cuadrados de extensión. El 18,7 por 100 del territorio español. En 1981 una población, las nueve provincias, de 2.597.105 habitantes, inferior a los 30 habitantes por kilómetro cuadrado. Desigualmente repartidos. Mientras Soria cuenta los 9,6 habitantes, Valladolid se aproxima a la media nacional, 59,6. Entre estas cifras fluctuaban las restantes provincias: Segovia, Zamora, 22 habitantes por kilómetro cuadrado. Avila y Palencia 23. Burgos 24. Es un territorio, de acuerdo a las medias que rigen internacionalmen-

te, prácticamente desertizado. No siempre fue así. En 1870 suponía el 17 por 100 de la población española. En 1955 el 10,2 por 100 (y más habitantes que hoy: 2.860.704). En 1977 ya era el 6,87 por 100 de la misma. Fue región de crecimiento vegetativo durante el período desarrollista. Luego se acentuó el desequilibrio interregional. Entre 1970 y 1980 pierden habitantes Soria, Segovia, Avila, Palencia, León y Zamora. Ganan, Burgos, que dobla su población en treinta años, Salamanca y Valladolid, que casi la triplica: de los 124.212 habitantes en 1950 pasa a los 330.242 en 1981. Valladolid, la antigua capital de España, se convierte en la capital y centro de Castilla-León. Mientras crecen las ciudades, mueren los pueblos. Toda la población rural de la región ha decrecido en los últimos treinta años. Valladolid capital ha pasado de representar el 27 por 100 del total de población provincial en 1920 al 67 en 1980.

Ya en 1971 se quejaba Enrique Barón: «¿Es válida la liquidación y desaparición silenciosa del campesinado en las condiciones en que se está realizando o se puede construir una alternativa más humana y racional?»

Hay, sin embargo, hoy día indicios de recuperación: vuelta de emigrantes, incremento en la construcción de viviendas en las ciudades más deprimidas, jóvenes que buscan al aire libre nuevas formas de vida. Pero el saldo migratorio era aún negativo en casi toda la región en 1981 respecto al 80. León perdía más de 20.000 habitantes. Avila, 10.000. Zamora cerca de 9.000. Soria y Segovia sobre los 5.000. Sólo Valladolid, Salamanca y Burgos ganaban población.

Aún unas cifras. En lo que va de siglo emigraron de León 280.423 habitantes; de Avila, 187.750; de Segovia, 168.452, y de la región, incluidas Santander y Logroño, 1.996.207 habitantes.

*¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
¡la agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!*

No había elegido la tierra Machado. Nadie la elige. Le lleva el azar. Pero la acogió con amor. ¿Cómo llegaba a la soledad, por qué se había desertizado, cuál fue la causa que falseó su historia y la redujo al silencio?

Cree Julio Senador que el desastre de la Meseta se inicia con las talas y quemas de la Reconquista, la conducta «pastoril» de los cristianos godos enfrentada a la «agraria» de los árabes, que termina con la democracia del regadío para implantar la dictadura del secano. El desbarajuste desamortizador culminaría el desastre. Pierden los pueblos sus pastos libres, sus bienes comunales. Y escribe:

«Una vez muerto el bosque, y asolado el suelo por el pastoreo, sobrevino el hambre. Renace la tiranía feudal ya promulgado el Código de las Siete Partidas. Las Partidas no hablan de Cortes, ni de Fueros, ni de libertades. Hablan de derechos y deberes. Todos los derechos pertenecen al rey, a los nobles y a las *Sanc-tas Eglesias*. Todos los deberes corresponden a los descamisados... Al disolverse las Cortes de 1621, decía el procurador Lisón a Felipe IV: "Muchos lugares se han despoblado y perdido, que en algunas provincias faltan 50 y 60. Los templos caídos; las casas vendidas; las heredades perdidas, las tierras sin cultivo; los vasallos que las habitaban andando por los caminos con sus hijos y mujeres, mudándose de unos lugares a otros, buscando el remedio, comiendo hierbas y raíces del campo para sustentarse".»

Fue, en síntesis, una historia de decadencia iniciada

con el reparto de tierras llevado a cabo por los soberanos que necesitan fieles y poderosos aliados-vasallos. La Iglesia en primer lugar, que recibe por medio de la amortización eclesiástica bienes inmuebles con inmunidad fiscal, y que a su vez cede los mismos a sus primitivos propietarios en enfiteusis por una suma superior a la de los tributos corrientes. Y los mayorazgos: patrimonio familiar vinculado a un orden sucesorio que por leyes específicas les inmovilizaba en la misma rama familiar, prohibiendo su dispersión.

Crece, a lo largo de los siglos XVI y XVII, el poder de las «manos muertas» —señores, órdenes religiosas, iglesias, mayorazgos, etc.— que tiene graves consecuencias para un posible desarrollo económico de Castilla. Disminuye el rendimiento de las tierras, aumentan los baldíos, se reducen los ingresos fiscales, se sangran las gentes en la lucha entre Mesta y agricultores, decae, se hunde en la miseria la región entera.

Retrata Jovellanos: «La gloria de esta provincia pasó como un relámpago. El comercio derramado primero por los puertos de Levante y Mediodía, y estancado después en Sevilla, donde le fijaron las flotas, llevó en pos de sí las riquezas de Castilla, arruinó sus fábricas, despobló sus villas y consumó la miseria y desolación de sus campos. Si Castilla en su prosperidad hubiese establecido un rico y floreciente cultivo, la agricultura habría conservado la abundancia, la abundancia habría alimentado la industria, la industria habría sostenido el comercio y, a pesar de la distancia de sus puertos, la riqueza habría corrido, a lo menos por mucho tiempo, en sus antiguos canales. Pero sin agricultura todo calló en Castilla con los frágiles cimientos de su precaria felicidad. ¿Qué es lo que ha quedado de aquella antigua gloria, sino los es-

queletos de sus ciudades, antes populosas y llenas de fábricas y talleres, de almacenes y tiendas, y hoy sólo pobladas de iglesias, conventos y hospitales que sobreviven a la miseria que han causado?»

La desamortización de Mendizábal del siglo XIX, impidió realizar una reforma agraria. Se pasó del feudalismo al capitalismo en algunos sitios: se conservó el feudalismo en gran parte del campo español.

En una comunidad su primer rasgo distintivo es la lengua. Y el castellano es la lengua oficial de España. Oprimió, su obligatoriedad, otras lenguas peninsulares. Idioma político usado por el absolutismo del poder central. Al fin, liberado de su propia cárcel opresora, hoy sufre acoso de una civilización que usa nuevos lenguajes como signos comunicativos. Influencias prerromanas, voces celtas, árabes, galas, contribuyeron a su modelación.

Eje de una idea (lengua=raza) el castellano servía para imponer modas, costumbres, a diversos pueblos del mundo, en un afán de dominio ideológico que en el fondo contribuía a su propia decadencia. El castellano medieval será transformado, alcanzando su esplendor máximo literario en la época del imperio. Luego se estancará, involucionándose. La venganza de América y de otras lenguas dominadas por el mismo, consiste hoy en superarle, mediante el enriquecimiento de su propio vocabulario, recreando voces viejas, dando vida a sus verbos, abriendo ventanas a las modalidades populistas, huellas y vida que ningún imperialismo puede borrar o destruir. Siempre el hombre de Castilla se preciò de su buen hablar, de su pureza frente a modernismos y modismos extranjerizantes. Vivía aislado, refugiándose en su historia y tradición, apenas abriendo oídos a cuanto acontecía lejos de su terruño. Hoy se encuentra, sin embargo,

indefenso —asumen los jóvenes la colonización que a través de la música y la televisión les llega— ante la desnucleización del idioma dada por la feroz acometida del lenguaje audiovisual que cada vez necesita menos signos para expresarse, uniformiza éstos, los universaliza en absoluta ruptura con pasado y tradición, crea un lenguaje incierto, balbuceante, indeciso aún ante el camino a seguir, propio de una era que salta gigantescos espacios en mínimos períodos de tiempo, y que con la cibernética atomiza todas las viejas humanidades, tradiciones, usos establecidos por la memoria del hombre, rendida al más arcano de los arcanos flotantes en las aguas de un mundo a punto de desaparecer.

Lenguaje cercado. ¿Y la religión?

El ascetismo, la influencia de las órdenes religiosas, la vinculación en torno al Monasterio de la cultura y arte de determinadas épocas, el poder inquisitorial, terrible y aniquilador largo tiempo. Cisneros determinando el sentido nacional a través de la religión, imperializando la miseria, creando las Cruzadas de Fe repetidas hasta nuestros días, dieron paso a tradicionales supersticiones arraigadas en los pueblos que erigían siempre, sobre las achaparradas y cenicientas viviendas clavadas a la tierra, las altas torres de sus iglesias, signo no sólo de dominio y poder, sino también de cultura y filosofía colectiva.

Era otra de las constantes de la unidad castellana, destruida hoy por las nuevas religiones y templos impuestos por la sociedad de consumo, que hacen del cambio y la moda social los verdaderos catecismos y

de la visita a los grandes almacenes —catedrales de nuestra época— el culto donde ha de rendirse diaria o semanalmente la adoración al dios por el capital entronizado. Estalló el cuerpo en la necesidad de la libertad sexual tanto tiempo comprimida y la droga se convierte más que en placer en escape al agnosticismo provocado por el derrumbe de las ideologías, cristianas o marxistas, lo que no deja de beneficiar a los detentadores del poder. Una hipocresía legislativa y una auténtica prostitución económica, gansteril, contribuyen al barrimiento del inmediato pasado sin fórmulas reconversoras, utópicas, de realización humana. Hoy las iglesias se cierran, se venden, se caen a pedazos como los pueblos que las albergan. Sólo el hábito y la costumbre —allí donde aún existen vínculos familiares— las mantienen en pie: los jóvenes rehuyen su trato, aprovechan sus sombras para fumar o amarse, y sólo viejos, más resignados que fanáticos, pueblan sus silencios y oscuridades de rezos, bisbiseos y plácidas duermevelas. Ya, hace años, lo veía Machado:

«En estas viejas ciudades de Castilla, abrumadas por la tradición, con una catedral gótica y veinte iglesias románicas, donde apenas encontráis un rincón sin leyenda ni una casa sin escudo, lo bello es siempre y no obstante —¡oh poetas, hermanos míos!— lo vivo actual, lo que no está escrito ni ha de escribirse nunca en piedra: desde los niños que juegan en las calles —niños del pueblo, dos veces infantiles— y las golondrinas que vuelan en torno de las torres, hasta las hierbas de las plazas y los musgos de los tejados.»

Las iglesias, como los edificios y vías antiguas han ido desapareciendo: es otra memoria del tiempo extinguida. Unos se caían. Otras eran vendidas al primer avispado comprador que en la posguerra cruzaba

estas tierras. Si no las piedras, se llevaban los retablos a California o Australia.

Junto a los palacios, catedrales, conventos instalados en plazas sencillas, se erigían monstruos de cemento, devoradores del contorno aplastado y leproso. Y era frecuente —no hablamos de los años cincuenta, sino de tiempos recientes— leer en la prensa local, cuando salía, que las más de las veces todo quedaba en silencio, ocultado, era la ley del más fuerte, fuese éste un obispo o José Banús, notas como la aparecida en «El Adelantado de Segovia» el 27 de julio de 1974, que decía:

«Dentro del proceso demoledor al que asistimos respecto al patrimonio artístico, una nueva iglesia acaba de ser perdida, la de Valdevacas de Guijar... La carencia de medios económicos ha hecho que la iglesia se haya convertido en un montón de ruinas... Un día el expolio del órgano, la destrucción del coro otro...»

Coros, órganos, estatuas, piedras, retablos, cálices, códices, tumbas, misales, cuadros... en otro éxodo menos significado pero no menos significativo. Frescos como los de la ermita románica soriana de San Baudilio, comprados por un millonario yanqui. Bellezas perdidas como las del retablo de Gumiel de Hizán en Burgos. Ruinas como las por mí visitadas en pueblos como el de Albocabe, a 20 kilómetros de Soria, cuya iglesia distinguía desde lejos, sobresaliendo de las osamentas de las casas aburridas de sol. Abierta estaba la puerta de la iglesia. Arrojados en el suelo, un misal, sayas y vestidos junto a restos de huesos humanos, todo esparcido por la sacristía, de la que se habían llevado el cáliz; un retablo destrozado, algunas viejas pinturas, campanario del XVIII siglo caído en parte... No quise volver después a Albocabe.

La religión sigue siendo el acto social, la costumbre que congrega a misa de doce los domingos. Hay curas que protestan, que cambian sus formas de vida, que descienden a los problemas cotidianos de las gentes con las que conviven. Algunos son castigados con traslados a otras zonas. A otros se les tolera en pueblos en los que se consumen pero con cuyos habitantes se sienten identificados, en formas comunitarias de religión más propia de los orígenes del cristianismo que del actual Imperio Vaticano. Buscan una iglesia futura, sin dogmatismos, en el poder del ejemplo, oficiantes de una doctrina humanista que enlaza con teologías por el Papa condenadas y extendidas por las naciones más miserables de América Latina, que incluso no dudan en tomar las armas para comulgar incluso en la sangre, con los pueblos a que se han fundido. Lejos de ellos, los poderosos, los miembros del Opus que cuentan residencias fortificadas en diversas poblaciones castellanas, donde unen la religión a la economía, buscando formar ingenieros, abogados, ejecutivos bancarios, incluso posibles ministros que proyectan y defienden sus intereses económicos desde ya, cada vez con más fuerza. Silenciosa, tentacularmente, la secta es también un real poder en Castilla, que aprovecha el tiempo para preparar, junto a los ejecutivos, a los nuevos esclavos del siglo XX: criadas, mujeres de limpieza, obreros agrícolas dóciles...

4 La economía. Los vencedores vencidos

*No escuché trabajar a los obreros, ni sus voces.
Silenciosamente me tapiaron el mundo.*
(Kavafis)

También las cifras tapiaron el mundo. Las estadísticas, las declaraciones gubernamentales, los comunicados de empresa, hasta las grandes proclamas sindicales, silencian las voces de los protagonistas de la historia: los hombres. Los hombres de Castilla. De esta Castilla situada en el corazón —más allá del papel pues— del libro, no digamos de la tarjeta postal.

—Tengo veinticinco años. Vivo en zona de sierra, cuidando ganado, seis vacas y cien ovejas. Desde la

mañana y hasta las diez de la noche en que llego a casa. Entonces no me quedan ganas de nada.

—No busque jóvenes aquí, marcharon, siguen marchándose, por eso están los pueblos así, vacíos y sin vida. No encontrará cien jóvenes en estos quince pueblos.

Está nevando. Ando solo por las calles del pueblo. No le reconozco, tal es la diferencia con el pasado verano. En el café central se juega a las cartas. Los viejos no miran la televisión. Sí los camareros. Un telefilme de policías y ladrones. En Nueva York.

—Falta maquinaria. Sin maquinaria y sin estar agrupados, lo que hacemos no sirve de nada. Y ha de trabajar toda la familia. Cuando ésta se reduce es el fin.

—No rinde la tierra.

—Con lo que nos pagan por la fruta no cubrimos gastos. Mejor tirarla. Y luego mire a qué precio se vende en la capital.

—Sin porvenir.

El granizo. La sequía. Las plagas. Una mala enfermedad se llevó los bueyes. Mejor irse a estudiar. ¿Y quién se acuerda ya de la guerra? ¡Anuncian tantas cosas! Falta seguridad.

Ha dejado de nevar. Cerraron las contraventanas dejando de mirar mi paso por la calle principal del pueblo. Salen de la pequeña iglesia donde había calor y silencio. Anochece. Se sientan junto al brasero. A mediodía se pegan, sin abandonar los cayados, a la fuente principal del pueblo. Alzan los ojos al cruzar un coche el camino que lleva a la carretera enlazante con la capital. Andan encorvados al regresar a casa. Cierran los ojos. Abren los ojos. Duermen. Despiertan en la noche. Piensan que no quieren morir. Vuelven a quedar dormidos. Cuánto silencio. Planes eco-

nómicos. Reconversión industrial. Medidas para relanzar la economía. Despiertan. Falta aún tiempo para amanecer. Los perros. Están sacando el autobús del garaje. Dentro de media hora hará su viaje a la capital. ¿Cuántos van a reconocimiento médico? Y por papeles. ¿Qué harán mis hijos? Apenas si puedo oírle. Nadie nos quiere, ¿quién va a preocuparse de nosotros? ¿Cuántas páginas especiales nos dedican los periódicos? Somos una carga. Cuestan mucho las medicinas. Se ha partido una viga, no sé si podre arreglarla. Si llego a la Candelaria... Me gustaría tanto ver a mi nieta. No, no podemos entenderlo, pero los tiempos cambian.

Y lo comprobé yo mismo, después que la cigüeña volara aterrada, huyendo de la torre de la iglesia que no tardó en derrumbarse. Vi al perro aullar enloquecido, dando brincos, saltando a la pata coja, revolcándose por las desiertas calles del pueblo: su amo, el único habitante restado allí, tozudo viejo apegado a su casa de siempre, acababa de morir. No hubo campanas que tañeran para comunicar, a los emigrantes, su muerte.

—Esta zona, trabajándola en común, sería buena para ganado. Pero es necesario unir ganado y pastor, tener instalaciones adecuadas, unificar, estabilizar la política de precios. Había una dehesa común: ahora se está cerrando. El imperio de la propiedad privada, el coto de caza y el despoblamiento. ¿Resultado? Si encuentra usted por casualidad un joven, no le hable del campo, de un futuro agrícola o ganadero. Trabaja mientras puede en la construcción, chapucea en algún bar, discoteca en verano en los pueblos grandes de la comarca, antes de dar el salto definitivo, Madrid, más lejos si ha lugar. Encontrará viejos de conservadora mentalidad en los pueblos. ¿No es lógico acaso esto?

Se quejarán muchos, en Soria, Avila, Burgos, Segovia, de la repoblación forestal, o por la política que se sigue con la misma, por los pastos que consume y los lugares en que se realiza, pero el ingeniero, le dirán, cobra por hectáreas repobladas. ¿Que no prenden? Volver a poblar y a cobrar.

—Sí, la propiedad está demasiado dividida, y esto unido a la desatención general del campo en los últimos años, los años del desarrollismo...

—Son importantes las uniones de campesinos y ganaderos que están surgiendo. Nunca se había hablado en el campo de política. Conservadores por historia, por tradición. En lo sindical apenas si se creía: de sobra sabíamos que aquello era oficialismo puro. Ahora comienza a ser distinto. Nos agrupamos por casos concretos: para intentar controlar el precio de los piensos, de los productos que vendemos, para crear las denominaciones de origen, para adquirir en común maquinaria, para desarrollar cursos de capacitación técnica, para luchar contra los grandes monopolios, de la leche, de la carne, de sus derivados, para impedir el fraude, la falsificación constante que se hace de nuestros productos, gracias a lo cual los intermediarios obtienen mayores beneficios, para regular la explotación de pastos en común, instalar mataderos con máximas condiciones higiénicas, luchar por conseguir unos mejores servicios sanitarios, educativos...

Comunican las estadísticas

Crecimiento de la Renta Regional 1973 a 1981: medio español, 2,03. (Madrid, 3,44; Canarias, 3,33; Galicia, 2,82; Andalucía, 1,94.) El de Castilla-León fue

de 0,93. En términos relativos, en estos años, Castilla-León acusa la mayor pérdida de empleo y de población. El paro, oficialmente, se situaba en un 2,9 por 100 en 1955 y en un 8 por 100 en 1980. La renta per cápita daba en 1981, 311.899 pesetas para la región, frente a 397.365 media española.

He cruzado en mi caminar muchos pueblos muertos. Otros a punto de desaparecer. Siempre la pesadilla de los terrenos acotados. Algunas de las escasas personas retenidas, para morir, en las aldeas, pierden hasta el habla. En otras, viejas mujeres esperando pacientemente el regreso de su hombre, que marchó con el ganado hacia tierras menos inhóspitas. Aún recuerdo los adobes desnudos, el sol y la soledad de Renieblas. Las palabras que me dijeron un día ya lejano en el calendario, cercano en la realidad vivida por muchos otros pueblos:

—Sólo hay defunciones. Ya no hay bodas. Se van muriendo. Hasta que con el último —que llevan al hospital de la ciudad— el pueblo se cierra.

Hace tiempo que las campanas sólo doblan para tocar a muerto. Y una a una se van cerrando las escuelas.

Oncala, Aldea del Señor, Renieblas, Narros, Vellilla, Larrubia, Estepa de San Juan, El Espino, Villarraso, Pinilla, Torrecartajo, Ventosilla, Fuente del Fresno... de algunos sólo queda el nombre en los mapas provinciales.

Algunos pueblos no tienen ni carreteras que les crucen. Los inviernos son como fantasías de manicomio. Soliloquios de imágenes cada vez más planas.

—Sin médico. Sin maestro. Sin...

Baile. Palabras. Comunicación

—Morir y no reponer.

Un pastor lleva las ovejas de doce familias, unas 400 en total. En la amanecida las conduce al monte. Regresa en la noche. Cobra por cada una de ellas un tanto. Tal vez un día tenga algo en qué gastar el dinero. En otros pueblos, sin pastores, las familias van a reo: tantas ovejas, tantos días para conducir las.

—¿Tan bien se vive en la ciudad para que todos marchen a ella?

Dicen que pasan de 2.000 los pueblos vacíos en España. La mayor parte de los mismos pertenecen a Isona. El Bierzo, La Cabrera, La Maragatería, Sanabria, montañas de Burgos, Palencia, Avila, sierra de Béjar, Soria toda... cuanto silencio, soledad ha caído sobre estas tierras despobladas.

Y sin embargo, hastiados de la cárcel-ciudad, de las puertas que al Apocalipsis conducen, muchos jóvenes se han propuesto volver, regresar a sus orígenes, la comuna: el trabajo en común, la vida en común, la común palabra. No les ayudan. Ni Hacienda, ni turismo, ni la guardia civil. Porque rompen el esquema de la nueva fe que se profesa en nuestro mundo: la tecnolatría. Y sin embargo ellos regresan. Han pedido que se les concedan tierras para trabajar en esos pueblos abandonados. Que a sus repobladores se les conceda la posibilidad de derecho de uso. Que los mínimos servicios, agua, luz, materiales de construcción, les sean facilitados. Que no les falte, al menos un tiempo, la Seguridad Social. Y allá van. Para el monte de León, para Sarnago en Soria, para la comarca de Gredos. A reparar tejados, vigas, fachadas de casas a punto de derrumbarse. A plantar frutales. A remover la tierra, tal vez con el mator

entre todos conseguido. A esperar el invierno para la matanza. A no olvidarse de que un tiempo cantó, y ahora puede volver a cantar, el sonido de la fragua. A narrar historias en la noche, cuando chisporroteen las llamas de la lumbre. A enseñarse, unos a los otros, sus besos, sus manos entrelazadas. A tañer campanas para que con las fiestas regresen vecinos exiliados. A dar vida a nuevos niños que sepan de gigantes y cabezudos, de carreras de sacos, de piñatas. Allá van. A luchar contra la tecnocracia, el consumo, en la búsqueda de la esperanza.

—Si nos ayudaran... Que sería ayudarse a sí mismos. Una región deprimida y que encima, durante años, ha estado mandando su dinero a propiciar otros desarrollos. Una región que debe ser, ella misma, a través de sus autoridades, quien estructure sus necesidades y posibilidades económicas. El día que en Madrid, desde Madrid, no se tomen las decisiones...

Fuga de capitales. Aún en 1978, de cada 100 pesetas depositadas en bancos y cajas de ahorro, salían fuera de la provincia 62 en Soria, 87 en Avila, 80 en Palencia y Zamora, 78 en León, 76 en Salamanca. (De Valladolid sólo 43.) Más de 1.340 oficinas bancarias en la región ofrecen un volumen considerable de capital ahorrado: más de 400.000 millones de pesetas, incluyendo naturalmente las cajas de ahorro. Dice García Villarejo: «en 1981, en Castilla-León, de cada 100 pesetas ahorradas, recogidas en forma de depósito por los bancos, solamente se invirtieron 44,5, y en Cataluña, sin embargo, de 100 se invirtieron 104».

Treinta y siete bancos privados operan en la región, con 707 oficinas: sólo tres tienen sede en Castilla-León, cuando en 1970 eran 12. Los créditos concedidos representan el 2,08 por 100 del total nacional y son el 37,61 por 100 de los depósitos recibidos. Hay

621 oficinas de cajas de ahorro provinciales que distribuyen en la región solamente el 47,1 por 100 de los fondos recibidos, siendo el sector vivienda el más atendido y el agrícola el menos.

«En el problema de la evasión de fondos regionales, hay que advertir influyen dos aspectos básicos: la tendencia de los ahorradores a llevar sus ahorros a estas instituciones, y la tendencia no perdida de los bancos a canalizar los créditos hacia otras regiones», escribe Avelino García Villarejo, que añade: «Según nuestra encuesta personal, los datos para la región eran que mientras los bancos obtenían un 41 por 100 de fondos, procedentes del sector agrario, sólo les dedicaban un 23 por 100 de los créditos. Este dato tiene importancia, toda vez que ésta es una región eminentemente agrícola... Como empresa mercantil, la institución bancaria se guía por los tradicionales motivos de rentabilidad, liquidez y riesgo. El hecho de que los bancos concedan escasos fondos, tanto a la región en su conjunto como al sector agrícola en particular, descansa en el hecho de que la región y el sector agrario en concreto, no reúnen las condiciones de rentabilidad y garantía que ofrecen otras regiones y otros sectores. Es más, los empresarios de la región y los propios agricultores, según señalan los banqueros, son los primeros que se abstienen de solicitar créditos. En definitiva, es la mera dinámica del sistema la que lleva a esa asignación de recursos financieros... el dato más relevante a destacar del comportamiento de las cajas y su influencia en el desarrollo de la región, viene determinado porque, a través de ellas, se está produciendo un importante trasvase de recursos de la región a otras regiones y del sector agrario a otros sectores.»

Una agricultura en crisis

Baja productividad. Alta proporción de tierra de secano sobre la de regadío. Crisis en la producción ganadera. Escasez de prados y piensos. Elevado índice de la población agraria y falta de industrias que transformen lo producido en la región. Un tiempo, lana y trigo fueron las bases de su economía. Las razas de ovejas merinas que los árabes aportaron a la Península, se extendieron por los montes de Burgos, Soria, Segovia, conquistando tierras labrantías. A cubierto del avance mesetario, quedaban las llanuras y planicies cerealistas. Las ciudades basaban su desarrollo en el comercio, intercambio, ferias montadas sobre esta base. Segovia era una urbe industrial con 60.000 puestos de trabajo. En Burgos corrían el oro y los negocios. Soria, centro de ganaderos, era un cruce de caminos y culturas. Béjar llegaría a montar una importantísima industria de paños. Favorecía el poder central a los ganaderos. Luchaban los agricultores contra el poder de la Mesta. Incendios y talas de bosques ampliaban las zonas de pastos. La decadencia alcanzó con el desarrollo industrial por igual a ganaderos y a agricultores y llenó de polvo y ruina las ciudades. La fragmentación de la tierra en ínfimas parcelas no debe, sin embargo, obviar otro problema a la hora de abordar la estructura agraria: el del latifundio. La distribución general de la tierra en Castilla-León, nos da los siguientes datos:

Cultivo: 4.151.000 hectáreas = 44,2 por 100.

Prados y pastizales: 1.566.400 hectáreas = 16,7 por 100.

Terreno forestal: 2.186.000 hectáreas = 23,2 por 100.

Otras: 1.497.500 hectáreas = 15,9 por 100.

La población agraria en 1977 era del 36 por 100 del total regional, cuando la media española es del 22 por 100. Sólo el 48 por 100 de la superficie regional es labrada y de ésta, el regadío ocupa el 9,5 por 100, siendo muchas de estas tierras regadas recientes. Hoy se cifran en 400.000 las hectáreas regadas frente a las 194.700 de 1960. Pese a todo no se han cumplido los planes previstos. Y gracias a que los campesinos han multiplicado sus iniciativas. Es la provincia de León la que cuenta con un mayor índice de regadío, cuarta parte del total de Castilla-León. Luego el valle del Duero, con una extensión aproximada de 44.000 hectáreas en sus distintos canales y la cuenca del Tormes, 25.000 hectáreas.

Se destaca la importancia del regadío de aspersión, con Valladolid, Avila, Salamanca y Segovia como provincias con mayor aumento en los índices del mismo, y Burgos y Soria provincias de menor desarrollo. Es un riego de alto precio: de ahí la dificultad para los campesinos de llevarlo a cabo si carecen de ayuda oficial. Productos que pueden ser impulsados con una eficaz política de regadío, son, entre otros, la remolacha azucarera, la patata y la alfalfa (ésta ha pasado de 24.766 hectáreas de regadío en 1969 a 50.568 hectáreas en 1980). Y la alubia para grano, 5 por 100, completa junto al cereal naturalmente, la mayor parte del regadío en Castilla-León, que no parece salvo en determinados lugares, Tierra de Campos para la alfalfa y León y Barco de Avila para las alubias, como ejemplo, especializada en cuanto a la diversificación de la producción.

Una de las claves del regadío, de la necesidad de impulsarlo, es que contribuye a fijar la población rural, a disminuir el éxodo. Secano y regadío han de alternar el esfuerzo agrícola, según características de

suelo y población. Escribe Fernando Molinero: «Se quiso usar como instrumento decisivo en el plan de Tierra de Campos para frenar la emigración y, asimismo, constituyó el fundamento de la política de colonización que en Castilla-León afectó desde mediados de los cincuenta y principios de la década siguiente hasta el final de la misma, momento en que se levantaron diecinueve de los veinte poblados de colonización existentes en la región, catorce de los cuales se asentaron en la provincia de Salamanca. No obstante, ni el plan de Tierra de Campos ni la política de colonización cumplieron sus objetivos. Fracasaron rotundamente en el intento de retener la población en el medio rural porque, entre otras razones, previeron explotaciones demasiado pequeñas, de cuatro a seis hectáreas.»

Pero si costoso, la Administración ha de apoyar el regadío por su rentabilidad. Terminando viejos proyectos. Impulsando nuevas iniciativas de agricultores para aprovechar tierras susceptibles, tras los sondeos realizados, de ser regadas. Hasta conseguir un 20 ó 25 por 100 de tierras labrantías regionales regadas. Remolacha, alfalfa, y el lúpulo en León, son muestras de esta nueva producción agrícola regional.

El monopolio del trigo se ha diversificado hoy en beneficio de la cebada y el centeno. Del 60,7 por cien que representaba en 1955 ha pasado al 35 por 100 en el total de producción de cereales. Aún el 80 por 100 del suelo agrícola se dedica a los cereales.

Citábamos el problema del minifundio. Todavía son muchas las propiedades que no llegan a la media hectárea de terreno. Otros son: el de la cantidad de tierra existente no labrada; el encarecimiento de las materias primas, sobre todo a partir de 1973; la falta de mano de obra; la inviabilidad comercial; la inexis-

tencia de un cooperativismo racional y moderno; la escasa capacitación de los agricultores; el fraude alimentario por falta de control y denominación de origen; el monopolio de la comercialización; la falta de aplicación tecnológica; anarquía en el mercado de abonos y fertilizantes; mentalidad tradicionalista y conservadora...

Sin embargo, Fuentes Quintana piensa que: «El porvenir de Castilla tiene que orientarse a la agricultura y consiguientemente a la industria alimentaria... Hay que ir a la creación de explotaciones viables... La lenta, lentísima penetración del movimiento cooperativo es uno de los grandes problemas que hoy están planteados en la región. No habrá reforma de la agricultura si antes no conseguimos la reforma de los agricultores.»

Muchos de éstos emplean la lógica del desarrollismo del siglo XX: el máximo beneficio en el mínimo período de tiempo, la productividad industrial en detrimento del suelo o de la cabaña ganadera. No les importa destruir la calidad, romper el ecosistema. No hay planificación, educación alternativa. Es la quema de un tiempo histórico que parece haberse vaciado de esperanza. Olvidan las viejas-perennes palabras de Hölderlin:

«¿Qué sería de la vida sin esperanza? Una chispa que salta del carbón y se extingue, o como cuando se escucha en la estación desapacible una ráfaga de viento que silba un instante y luego se calma, ¿eso seríamos nosotros?»

Era lógico que quienes trazaron los llamados Planes de Desarrollo no tuvieran esa esperanza. La razón del Opus era transparente a la hora de justificar el despojamiento castellano: «Los movimientos migratorios no sólo constituyen un hecho inevitable, sino que la

reestructuración geográfica y sectorial de la población es uno de los factores que, con mayor fuerza, puede contribuir todavía a la elevación del nivel de vida de los habitantes de las regiones menos dotadas y a impulsar el desarrollo regional del país.»

Ya se vio a qué condujo esta reestructuración. En esto, lejos de buscar una real integración en Europa, a través de la planificación económica, de un desarrollo racional del capitalismo, pese a todas las contradicciones que éste lleva consigo, nos alejaban de sus formas y modelos económicos para sumirnos en el subdesarrollo. Y no por falta de advertencias. En su informe de 1964, la FAO ya subrayaba el peligro que luego podríamos aplicar en España a regiones enteras, como la de Castilla-León. Decía:

«La elevación de la productividad, tanto de la tierra como de la mano de obra a un ritmo rápido, será tarea difícil en un momento en que la fuerza laboral constantemente pierde los miembros más emprendedores de la nueva generación, al tiempo que las personas de mayor edad y menos adaptables se quedan en la agricultura. En nuestra opinión este problema puede abordarse mediante una doble acción: en primer lugar deben utilizarse de forma muy eficiente los elementos más jóvenes que se quedan en la agricultura, y en segundo lugar, la política agrícola debe encaminarse a hacer que la agricultura constituya una ocupación lo suficientemente atractiva como para retener a los jóvenes mejor dotados y emprendedores en las zonas rurales.»

Veinte años más tarde podemos comprobar el agravamiento de aquella situación en unas consecuencias funestas para el campo. Si la emigración no se hubiese frenado al cerrarse sobre todo los mercados de trabajo europeos, dada la regresividad de los nacimien-

tos y el envejecimiento de la población restada en el campo, éste, al menos en Castilla-León, habría dejado prácticamente de existir.

El bosque

Como ocurre en el resto del territorio español, escaso es el aprovechamiento de la superficie «forestable» y débil la renta producida. Sistemática fue la tala de árboles. Rudimentaria la explotación. Hay todavía mucho monopolio en la forma en que de padres a hijos se legan los mismos. Masas forestales que deberían agruparse en monte público para ser explotadas por los municipios y que conocen demasiado del cerrado coto, de la propiedad privada e indivisible. A la débil producción forestal, se une la no renovación del suelo y el agua, su deterioro continuo, incluso una equivocada política repobladora.

Y la importancia del bosque no viene dada solamente por su producción económica. Es también símbolo y sentido de tradición, de cultura. Lo expresa con acierto Luis Díaz Viana:

«No resulta nada difícil documentar en Castilla-León la permanencia de la misma familia durante los cinco últimos siglos en la misma aldea y ese escaso movimiento de población y su casi nulo contacto —en lo que se refiere a casamiento— con gentes de otras zonas se ha mantenido en áreas especialmente aisladas como la “Tierra de pinares” soriana, hasta tiempos bien recientes... En torno al pino se ha estructurado la vida de la comunidad... “La Pinochada” revela los principios de funcionamiento de la comunidad que la representa: la importancia de los pinares de los cuales depende la prosperidad del pueblo; el significa-

tivo papel desarrollado por la mujer y la necesidad del matrimonio garantizando el equilibrio del sistema. Además, el ritual se remata con otros rasgos que han marcado profundamente la personalidad de Vinuesa a través de su historia: la endogamia y el sociocentrismo.»

Un total de 1.885.660 hectáreas de bosque, de ellas 662.000 de pinares, hacen de esta región la más arbolada de España. El bosque equivale en la misma al 20 por 100 del total de su superficie. Soria ocupa el primer lugar con un 27 por 100 y Valladolid el último con el 13 por 100. El matorral ocupa el 25 por 100 del territorio: brezos, leguminosas, jarales, tomillo y romerales son sus principales especies.

Soria es ejemplo de la errónea política repobladora seguida en Castilla-León en los últimos decenios. San Pedro Manrique, dentro de Soria, puede ejemplizar la falsa disyuntiva que se planteó cuando pretendiendo crear unas masas forestales que redimieran a la zona de la falta de puestos de trabajo, sólo se consiguió destrozar un paisaje, debilitar la ganadería y fracasar en la inversión forestal, aparte de evadir una suma importante de dinero del Estado que nunca se supo bien en qué se gastó.

La política inversionista que se sigue por parte de determinadas entidades públicas choca con la mentalidad de muchos ganaderos que continúan considerando la tala de árboles una necesidad para el pastoreo. (Incluso se habla de incendios provocados por los mismos, incendios que con la expansión del turismo y la «escapada» al monte del ciudadano de la gran urbe, se han multiplicado en las últimas décadas, por más campañas mentalizadoras que se hagan desde los medios de información pública.) La ordenación y expansión de los bosques existentes es una necesidad si

quiere hacerse una política a largo plazo, beneficiosa no sólo para la industria maderera, sino para el futuro agrícola de la región. Pero está claro que sólo municipios en desarrollo, y la supeditación de los múltiples intereses particulares a los mismos, pueda lograrlo, siendo para ello necesaria una legislación que permita la expropiación de quienes no los explotan en forma adecuada y son un freno para el desarrollo y utilización completa de la riqueza forestal, que redundará en beneficio de la colectividad comunal.

Ganadería

Castilla a pie. Castilla en viejos trenes que ahora se van suprimiendo. Castilla en autobuses que tardan en renovarse. Un largo cansancio. Meses de polvo y sequedad. El espejo de centrales atómicas que dicen son necesarias en Castilla. Necesarias, ¿para qué, para quién?

—Las rentas son altas. Hay buen ganado. Pero esto no basta. Se marcharon muchos. Quedó poca gente para cuidarlo. Si no hay brazos, pastos, las fincas se venden, el ganado se vende, nosotros mismos vendemos nuestros brazos a la industria. Demasiada res sacrificada. Falta de seguridad en los precios de la carne. Los bajones en el mercado son constantes. Así nadie puede fiarse.

—Y los piensos. Pasan por muchas manos. Nos sale caro. Hay unos ciclos de gastos fijos que luego, a la hora de vender la leche, la carne, pueden no amortizarse. Mientras los que comercializan la leche se forran: la desnatan, la quitan la grasa, la echan sebo fundido del tocino, en suma, triplican la producción. Si nos quejamos, la traen de Francia. Han dejado que

desaparecieran ciertas razas, no se cuidó la cabaña equina, mucho habría que hacer en cuestión profiláctica, tenemos dificultades para conseguir créditos, y, sobre todo, la falta de vida que nos rodea; más que el rendimiento, es un problema cultural.

Ya en su «Informe sobre la Ley Agraria», escribía Jovellanos, año de 1774:

«Castilla, expuesta a continuas invasiones de moros, se veía forzada a abrigarse en el contorno de los castillos y lugares fuertes y a preferir en la ganadería una riqueza movable y capaz de salvarse de los accidentes de la guerra... La política, hallando arraigado el funesto sistema de la legislación peculiar... hizo de los baldíos una propiedad exclusiva de los ganados... Los que han pretendido asegurar por medio de los baldíos la multiplicación de los ganados se han engañado mucho. Reducidos a propiedad particular, cerrados abonados y oportunamente aprovechados, ¿no podrían producir una cantidad de pasto y mantener un número de ganados considerablemente mayor?... Las leyes que prohíben el rompimiento de las dehesas han sido arrancadas por los artificios de los mesteños, y aunque los ganados trashumantes sean los que menos contribuyen al cultivo de la tierra y al abasto de carne de los pueblos, con todo, la carestía de carnes y la escasez de abonos fueron los pretextos de esta prohibición.»

Después de 1939 se acentúa la regresión de la ganadería, entre otras causas, por la expansión del cultivo del trigo al gozar de precios proteccionistas.

«La ocupación de antiguos pastizales —escribe Tamames— por el Patrimonio Forestal del Estado para su repoblación implicó la reducción del área de pastoreo. Unido todo esto a las restricciones a la importación, que encarece ante los piensos y los

pastos naturales, y ante esa elevación de los precios de ambos, el ganadero no pudo mostrar un excesivo interés en aumentar su cabaña, puesto que los altos precios de la carne en origen, elevados mucho más por los amplios márgenes comerciales, tenían como consecuencia una fuerte limitación en la demanda de estos productos... Por otra parte, en numerosas localidades, las carnes de calidades inferiores han estado sometidas a precios máximos durante períodos muy largos. Hay que notar también la progresiva mecanización del trabajo agrícola como causa de la reducción del ganado de labor.»

Disminuyó la cabaña nacional. Hubo que importar carne. Los tiempos del idilio con los Perón. No se creaba un sector básico agrícola-ganadero que fuera soporte de una expansión industrial.

Hoy los problemas básicos de la ganadería castellano-leonesa se basan en los siguientes puntos:

a) Reducidas dimensiones de las explotaciones ganaderas. La FAO recomendaba ya hace muchos años la necesidad por parte del Gobierno de formar granjas lecheras que comprendieran cierto número de granjas individuales. Debían instalarse edificios y patios sencillos para el ganado lechero. Recomendaba el cultivo en secano de alfalfa o forrajes anuales en la rotación, y en las montañas pastos permanentes para la cría de vacuno.

b) Problemas de alimentación. Aprovechamiento de los actuales pastos forrajeros e impulso de otros nuevos. Y apoyar la investigación de terrenos.

c) Créditos para mejorar las fincas, modernizar los sistemas de explotación.

d) Abonos y piensos. Un mayor control y regulación de los mismos para impedir los fraudes y el enca-recimiento que experimentan. Una vez más se choca

con la falta de cooperativismo que posibilitaría a los agricultores-ganaderos la contratación común de abonos, piensos, maquinaria, pastos comunes, para reducir costos y obtener mayores rendimientos.

e) El problema de la sanidad animal. Control continuo, campañas educativas y profilácticas que impidan las enfermedades diezadoras del ganado, teniendo en cuenta que las graves epizootias llenan de angustia al ganadero y pueden ser la gota de agua que les lleve a situaciones desesperadas e irreversibles.

f) Regularización de los precios y mayor ayuda estatal.

Llegamos al tema, que apenas anunciamos, del cooperativismo. Durante muchos años se rigieron por la ley de 2 de enero de 1942 que dictaminaba las cooperativas Agropecuarias. En 1974, las Cortes de Franco elaboraron una nueva Ley General de Cooperativas. El resumen, para toda una época, lo da un estudio oficial de la Organización Sindical de Segovia, realizado en 1974:

a) Son pocas las cooperativas que funcionan y menos las que lo hacen a pleno rendimiento.

b) La comercialización de los productos obtenidos en la cooperativa es con frecuencia deficiente y no logra los beneficios apetecidos.

c) Algunas cooperativas llevan una defectuosa administración.

d) En el aspecto de capitalización, conviene resaltar que la mayoría de las cooperativas son económicamente débiles.

e) Es indudable que con la agrupación de los agricultores en cooperativas se promueve la mecanización que lleva consigo el abaratamiento de los costes de producción. Pero con esa agrupación y mecanización subsiguiente se origina un subempleo que es preciso

paliar en lo posible, fomentando la creación de empresas ganaderas que será lógico y necesario complemento para la buena explotación de las tierras.

El mal funcionamiento se unió a la propia mentalidad individualista de los castellano-leoneses, reacios al cooperativismo. Por eso los cursos que en los últimos años se realizan, muchas veces al margen de la política oficial, por potenciar el cooperativismo, son necesarios y a la larga beneficiosos. Cooperativas que además de romper el minifundismo, mentalizan al campesino con formas modernas de trabajo, rentabilizan las explotaciones al posibilitar la compra, con precios más rentables, de maquinaria, aperos, semillas. Y que luego pueden integrarse en la industria alimentaria para comercializar sus propios productos en un proceso agroalimentario contemplado en otros países. Tierra y ganado en una progresión cuyo vértice final es la creación de industrias agrícolas subsidiarias, de los pastos utilizados comúnmente, de la regularización de precios, etc.: un desarrollo integral rural necesario para salvar de la decadencia al campo castellano-leonés.

Y la industria

A la atomización artesanal, dominante muchos años en la región se unía el carácter semiautárquico y proteccionista de la economía impulsada desde Madrid. La tradición en la industria y la pequeña dimensión, de clan familiar, dominan este subdesarrollo industrial castellano-leonés. Más del 80 por 100 de las empresas cuentan plantillas con menos de 25 trabajadores.

Durante mucho tiempo dominó la atonía, la debili-

dad industrial, a la que apenas escapaban las fábricas de papel de Burgos y Valladolid o las de paños de Palencia y Béjar, que no competían con Cataluña y nunca se desarrollaron a nivel de mercados rentables, y las harineras (el 75 por 100 de los establecimientos fabriles se dedicaban a la molienda de cereales). Hemos de destacar también el escaso consumo de electricidad y materias primas. Una mano de obra poco cualificada. Tecnología simple. No falta quienes culpan a caciques y estetas del atraso industrial castellano-leonés. Aquellos manteniendo un feudo podrido pero en el que personalmente subsisten: la proletarianización crearía problemas a sus exclusivos intereses. Y los estetas que prefieren la ciudad limpia, de recreo, sin conflictos. El castellano puro en su sexmo. El «queremos una mínima conflictividad» era otro ejemplo de la España imperial, del granero castellano impulsado por determinados ideólogos de Castilla.

Las deficientes comunicaciones contribuyeron no sólo al aislamiento regional, sino a la dificultad de su industrialización. Castilla y León han vivido casi siempre encerradas en sí mismas, aisladas de Europa, sin mares y puertos que les abrieran el comercio mundial. El terreno, en parte, no es apto para la construcción de carreteras y el tendido de vías férreas, pero estas dificultades infraestructurales son superiores en otros lugares —Euskadi, Catalunya— y sin embargo no fueron obstáculo para los tendidos en ellas de ferrocarriles y carreteras. Paralelo al Duero corre —¿habremos de escribir corría?— un ferrocarril: el Valladolid-Ariza. Podría ser una vía comunicativa importante de toda la región. Cubre 255 kilómetros, 390 con su prolongación a Zaragoza. Una media de 35 kilómetros desarrollaban los trenes en la línea. Renfe termina por acordar su cierre y desmantelamiento. El

ferrocarril está mal trazado. Escasean mercancías y viajeros en la región. Porque así se arrastra desde el pasado. Porque nunca se pensó, se piensa en futuro. Los carriles están en mal estado, no fueron renovados. El material rodante era antiguo, sobrante de otras líneas. ¿Cómo pedir así rentabilidad? Peñafiel, Roa, Berlanga, Aranda de Duero, San Esteban, Burgo de Osma, Almazán, podrían ser comarcas fértiles a las que el ferrocarril diera vida. Comarcas y tierras que languidecen en la atonía, enfermedad de Castilla. Iguales problemas arrastra el ferrocarril Santander-Mediterráneo, del que el tramo Burgos-Santander no llegó a concluirse. Fueron ferrocarriles tardíos (la línea Madrid-Medina se terminó en 1888, veinte años después de las otras construidas en España), mal pensados, mal trazados, de vía única, de material gastado.

Las carreteras no conocieron mejor suerte. Estrechas, en tramos sin asfaltar, con mala conservación. Las autopistas nunca se pensaron para comunicar la región: son, exclusivamente, de entrada o salida a la misma.

Se inicia un pequeño despegue industrial en diciembre de 1951, con FASA, que dos años más tarde comienza la fabricación de vehículos en Valladolid. Aquí nace el «centralismo» industrial regional, al que luego se une Burgos. Escribe al respecto Fernando Manero: «En poco más de un decenio hemos asistido en Castilla-León a la materialización concreta de una etapa de crecimiento industrial sin precedentes, que en buena parte ha convulsionado la herencia del pasado para configurarse como uno de los síntomas más ostensibles de la transformación interna del espacio regional... El valor neto de la producción industrial ha experimentado en apenas dos décadas (de 1960 a

1979) un incremento en términos reales por encima del 750 por 100... y una mayor participación de la industria dentro del producto interior de la región, pasando del 28,1 por 100 en 1960 al 35 por 100 en 1980.»

Valladolid y Burgos son los dos grandes focos industriales hacia los que se dirige el capital no sólo español, sino extranjero. No olvidemos una de las razones fundamentales para ello: una mano de obra más barata, que si no es cualificada, no ofrece apenas obstáculos para integrarse en un proceso de producción cada vez más automatizado. Son empresas extranjeras quienes dominan en la región, obteniendo un alto índice de productividad y vinculándose a sociedades y sectores productivos muy determinados. Más de las dos terceras partes de la financiación regional provienen de empresas extranjeras en los últimos años, siendo mínima la inversión de carácter local.

En primer lugar aparece la Fasa-Renault (la Regie-Renault francesa detenta el 77 por 100 del capital social). En 1982 produjo 325.754 vehículos, que equivalen al 32,2 por 100 del total español en este capítulo y la sitúa entre las empresas españolas más rentables, con 16.000 trabajadores en Valladolid y 2.600 en Palencia. La Fadisa abulense depende de la Nissan japonesa y tiene una plantilla de 1.000 trabajadores, significativa para Ávila. Burgos aparece dedicada a la industria química: 37 por 100 de mano de obra.

Hay que ser de Burgos, o haber vivido largos años en Burgos, para comprender cómo se produjo «el milagro burgalés». Los años cincuenta fueron terribles para esta ciudad. Y no hablo del nivel político. ¡Cuántos amigos tuve en el penal! ¡Cuántas historias podrían contarse del mismo! Hasta, ya casi en las postrimerías del franquismo, el célebre proceso a los mi-

litantes de ETA. Hablo de la sangría de hombres y mujeres, constante hasta 1965, provocada por la falta de trabajo. Hablo del hambre física. A miles marchaban los campesinos. Y del mismo Burgos, de Aranda de Duero, emigraban. Surge entonces el Polo de Desarrollo. Comienza a asentarse primero, a aumentar población la capital después. Al principio de forma lenta. En oleadas a partir de 1969. Aranda, Miranda, y sobre todo Burgos, atraen trabajadores de la provincia. Muchos pueblos se desertizan. Pero estos tres focos industriales, se transforman, crecen.

Junto a la gran industria, en los últimos años se desarrolla la empresa mediana. Fábricas que con más de 100 y menos de 1.000 trabajadores absorben hoy el 29 por 100 de la mano de obra, siendo alimentación, química y metálicas, las dominantes.

No puede la industria de Castilla-León, sin embargo, obviar uno de los problemas fundamentales del conjunto de la economía regional: la fuga de recursos, en este caso energéticos. Salamanca, que es la provincia con mayor producción de energía hidroeléctrica, consume sólo el 4 por 100 de su producción, enviando fuera el 96 por 100. En total, el 78 por 100 de la energía eléctrica es exportada. La producción eléctrica pasó de 3,5 millones de kilovatios-hora en 1960 a 22 en el 78. La dotación energética de la región equivale al 16 por 100 de la potencia instalada en España.

Se habla de la importancia de los recursos mineros que encuentran en León su mayor centro productor, sobre todo en antracita y hierro. Y el uranio salmantino, que equivale al 75 por 100 de toda la producción española. Igualmente se destacan las reservas de arcilla, caliza y talco.

Más debatido es el problema de la energía nuclear. Garoña, 460 Mw y Sayago, a la que se estima una

potencia de 1070 Mw, son el punto crítico sobre el que las organizaciones antinucleares, cada vez más numerosas y activas, vuelcan sus acciones de protesta. Industrias, por otra parte, dependientes de una concepción de desarrollo centralista, y que no parecen necesarias para el desarrollo económico de la región, esto independientemente de los peligros o riesgos que conlleve su instalación en la zona, sobre su ecosistema.

La industria, pese a todo, sigue sin romper los desequilibrios territoriales: de un lado nos encontramos Valladolid y Burgos, capitales constituidas como centros de desarrollo; de otro, el paro y la desertización regional restante. El 65 por 100 de las inversiones realizadas en los últimos veinte años en Castilla-León, fueron destinadas a Valladolid y Burgos. Pero mientras en aquella se duplicaban los puestos de trabajo ocupados frente a los previstos, en Burgos sólo se cubrían las dos terceras partes de los mismos. Y fue el sector de la automoción vallisoletana el que aglutinó casi el 100 por 100 de las inversiones y de los puestos de trabajo creados. En el mismo, la Fasa, como apuntábamos, se llevó la mayor parte de ellos.

«Y pese a la espectacularidad de sus resultados — escribe Fernando Manero —, los Polos han sido inefectivos como factor estimulante del desarrollo regional... al localizar la producción en centros urbanos aislados, al margen de una concepción integrada e integradora del aparato productivo... A excepción de Valladolid, Burgos, y recientemente Palencia, en las demás provincias castellano-leonesas, la contribución de la industria a su respectivo valor añadido se sitúa por debajo de la media española.»

Ni lo previsto se cumplió en los polígonos industriales de las capitales de provincia. Tomemos unos ejemplos. En Zamora, el 21,84 por 100 de la inversión pre-

vista y el 22 por 100 del empleo presupuestado. En Segovia el 10,48 por 100 y el 12,82 por 100 respectivamente. En Palencia el 34 y el 19 por 100. En León el 40 y el 31 por 100, y en Avila el 52 y el 55 por 100. Por último digamos que en Soria sólo se alcanzó, respecto a los planes que habían sido trazados, el 34,46 y el 56,80 por 100 de los mismos.

Luego, el 27 de mayo de 1981, se crea la Sociedad para el Desarrollo Industrial de Castilla y León. Nuevos planes. Nuevas promesas incumplidas. Apenas 200 puestos de trabajo consolidados en cinco sociedades. Y mientras, la región sufre el acoso de la agresión ecológica con empresas «de castigo», como las de sustancias tóxicas de Sodeti en Burgos o las de las cuencas del Arlanzón. El paro extiende su agobiante sombra sobre las zonas en que estaban instaladas antiguas empresas, comienza a desarticular las mismas. Así, el 15 por 100 en Miranda de Ebro, el 22 por 100 en Aranda de Duero, el 40 por 100 en la salmantina Béjar, cifras de 1983, sin duda hoy superadas, que son un nuevo estertor de la agonía extendida a la vieja agonía castellano-leonesa.

Donde continúa la atonía industrial

Segovia es, junto con Avila y Soria, la provincia más deprimida en este sentido: por algo las tres se sitúan en los últimos lugares en cuanto a desarrollo industrial se refiere. En el caso de Segovia, esta situación se agrava cuando se contempla su esplendoroso pasado. En la obra de José de Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda, Segovia figuraba en segundo lugar de la nación en cuanto a producción y riqueza industrial. Célebres eran sus fábricas de paños en los

siglos XVII y XVIII: 34.000 obreros se ocupaban en las mismas, instaladas en la capital, Riaza, Santa María la Real de Nieva, Sepúlveda, etc. Diez fábricas de curtidos funcionaron hasta el año 1862. Importante era la producción de cordelería de cáñamo y sus fábricas harineras abrían vías comerciales no sólo a Madrid, Barcelona y Valencia, sino a numerosos países de América. Esqueletos quedan en La Granja de San Ildefonso y El Espinar de las viejas fábricas de cristal y vidrio, otra hermosa tradición perdida. Y aún un siglo más tarde, en el XIX, en pleno desarrollo industrial de la Europa progresista e imperializante, y decadencia de la arcaica y desimperializada España, Segovia contaba cinco fábricas de papel de fumar, una de papel y dos de explosivos. La artesanía, lógicamente, si no se la moderniza, no puede competir con los nuevos medios técnicos de producción en serie; el vapor arrojó a Segovia al pasado en vez de incorporarla al presente quehacer económico e histórico. Hoy, sus características industriales son extensivas a las de las restantes provincias deprimidas de la región: fraccionamiento, falta de racionalización, nula competitividad, medios primitivos, salarios bajos, inexistencia de obreros calificados, de técnicos y profesionales, carencia de agua, problemas infraestructurales, escasas carreteras, malas comunicaciones férreas, etc.

Turismo y depreciación ecológica

El viaje del hombre fue un viaje hacia la esperanza. Siglos le costó descubrir el mundo. Dominarlo. Toda la gran literatura se ha nutrido del esfuerzo del ser humano por conocer, poseer la Tierra. Una extraordinaria saga que concluye cuando no hay más secretos

que descubrir, cuando se desvelan todos los misterios en la tierra firme, bajo las aguas, en el aire. Y se inicia el camino del retorno. El ser humano es el más egoísta de los seres vivos, el más cruel, y parece el más estúpido, en su inteligencia. Lejos de asentarse en el suelo que le nutre y acoge, inicia, sistemáticamente, el camino de su autodestrucción. Para ello, ha sustituido viejas creencias por otras apropiadas a sus actuales conocimientos. Sustituyó los terrores al Dios todopoderoso y desconocido, por los emanados del poder de una ciencia con capacidad de originar formas de destrucción totales. Un nuevo Apocalipsis —cuyas formas recuerdan vagamente a las cantadas y contadas por los poetas bíblicos— se adivina tras las intenciones de los poderosos, tras los credos irradiados por sus palabras y discursos, adivinados en sus acciones. Estos se debaten en el miedo, en la contradicción de lo que ellos llaman equilibrio de fuerzas. El hombre asesinó a Dios para erigirse él mismo en Ser Supremo. Cuanto aquel tenía de terrible y colérico —en las yemas de sus dedos radicaba la fuerza y sabiduría suma, aparte del poder y control absoluto, para hacer o deshacer el mundo, mejor, el Universo, en seis días o en la ira de una maldición— ha pasado ahora al hombre de las postrimerías del siglo XX, aquel que envuelto en el misterio e inaccesibilidad controla los últimos resortes de la paz y de la guerra y amenaza con apretar, con la simple volición de la yema de sus dedos, un botón que pueda destruirnos a todos. Le impide hacerlo el temor a que no haya tierra donde pueda sobrevivir, él y su pueblo elegido. El cataclismo absoluto es la moneda manchada de pavor que ha de pagar por poseer tan inaudita fuerza. Como si nos halláramos en los umbrales de una nueva Edad Media, o tal vez en las fronteras que al Mundo Antiguo condu-

cen, y de Tolkien a Umberto Eco un regusto por la propia fantasía autodestructiva recorre a los lectores actuales incapaces para contener el aliento de impotencia que impele a quienes no dejamos de ser simples números manejados siempre por controles desconocidos a lanzarnos a nuevos éxodos por rojos mares —que ahora pueden ser las estrellas— en busca de la tierra prometida. Soñando que tal vez esta tierra prometida pueda encontrarse más allá de nuestro planeta y algunos privilegiados consigan llegar a ella para salvar la memoria de nuestro tiempo histórico. Frente al «Yo defendiendo al Imperio porque me asegura la vigencia del orden establecido», los heréticos —y suelen ser jóvenes, con algún venerable barbudo rejuvenecido entre ellos incrustado—, a quienes apellidan como homosexuales, feministas, pacifistas, drogadictos, amoraes, ecologistas, etc., defienden las nuevas fronteras de la tierra propia recuperada para su República igualitaria y natural. Hablan de la moral de la contestación al poder, del partido antipartido que no está dispuesto a gobernar sino a contestar el sistema de domino del hombre por el hombre y a introducir un factor de respuesta a la violencia que desde la política se ejerce sobre la vida de los ciudadanos, sobre el propio medio en que éstos se asientan. Creen que es preciso pensar, detenerse a pensar la situación del ser humano en el mundo actual, para impedir que en su vertiginosa carrera hacia el vacío se estrelle contra el caos absoluto o vuelva a la nada primitiva. Fracasaron los ideólogos que hacían de la conquista del poder el objetivo único, para una vez alcanzado perpetuar las mismas miserias que habían antes combatido, y los coléricos genéricamente etiquetados como verdes —de la naturaleza a la esperanza un símbolo que parecía perdido tras tantas derrotas como se acumularon

en los años del siglo XX— buscan imponer ahora un diálogo con el propio entorno, con su conservación, como única y necesaria revolución posible. La revolución de la conservación. Conscientes de su impotencia para las grandes marchas, imponen el pequeño retroceso: y encuentran aldeas abandonadas, valles solitarios, montañas de dulce acampada, donde erigen sus casas, su trabajo, su convivencia. Es la política del ejemplo que podría extenderse a la descentralización de las propias ciudades, la racionalización del trabajo, la participación en la organización del tiempo libre en que ha de vivirse y realizarse la cultura —de ahí la importancia que encuentra igualmente la preocupación y solicitud hacia el propio cuerpo, el cuerpo condenado irremisiblemente hacia la muerte y que por eso ha de ser observado, mimado y guiado hacia la vida en tanto que vida tenga.

Y es ahí donde Castilla-León puede abrir un gran debate que sirva no sólo para encontrarse a sí misma —las texturas de su cuerpo—, sino para proyectarse en una nueva concepción del papel que una pequeña comunidad, un pueblo con arraigada historia, puede jugar de cara al año 2000. El espacio en primer lugar. La ciudad ideal. El respeto hacia la vieja huella y el nuevo marco en que ha de asentarse el hombre en nuestros días. La ciudad y el pueblo que se dimensionan en una naturaleza no abandonada y menos destruida, sino ámbito idóneo en el que el edificio, la avenida y los árboles puedan subsistir sin avasallarse ni romper el volumen de su equilibrio. Y ahí se encuentra, en el cuerpo recuperado de su verdadera geografía, el cuerpo del hombre liberado de la cárcel de cemento y cristal, ahí encuentra la posibilidad de movimiento que el espacio abierto le ofrece, el espacio que le acoge y le envuelve sin enfermizos atosiga-

mientos, sin obsesivas rupturas de su intimidad. El trabajo volcado hacia el propio terreno que ha de servir a la comunidad tanto como ésta ha de procurar cuidar el mismo, será así sustraído al terror destructivo y esclavizador de las multinacionales, caballos ciegos volcados hacia el corazón de las tinieblas en que todos habríamos de sumirnos: una producción no contaminante, una comercialización por el habitante de esta organizada comunidad controlada. La cultura ha de ser creada por el colectivo que allí vive y se desarrolla: capaz de poner los medios audiovisuales a su servicio y no a su embrutecimiento. Y de intercambiar los propios bienes por él producidos con otras comunidades, cercanas o lejanas, para ampliar sus horizontes, para enriquecer sus conocimientos, y para contribuir a que también ellos, a ellos, se les conozca mejor. La comunidad se va definiendo no en los decretos o los textos legislados, sino en su propio quehacer cotidiano, en cuanto se desprende de su organización social, económica y cultural, en la transparencia de su tolerancia para respetar a otras comunidades distintas, que a su vez a ella misma observan y siguen con atención y sin beligerancia. La lección de historia se enriquece no ya con las imágenes de las gestas pasadas: es sobre todo la gesta que los hombres del presente van haciendo y mostrando a los demás, a la hora de definir la singularidad de su territorio, la que explica y «hace» región, nación, pueblo: lo de menos, como siempre, es la envoltura: importa el contenido.

Así, todos dioses de una tierra donde la razón se imponga a la fatalidad, el orden al caos, la conservación a la destrucción sistemática, la colaboración al egoísmo y a la explotación despiadada. Imaginar es pensar en crear. Dominar, poseer, no es lo importante. Cuenta ser cauce alimentador de iniciativas enri-

quecedoras. El río de Castilla ha de volver a cantar, con trovadores de la era moderna que agarren la ciencia para ponerla al servicio del hombre. Junto al érase una vez, explicaremos: vamos a ser mañana. Siempre se trata de convencer, no de vencer. Podemos rescatar a León Felipe del exilio en que aún mora, a Antonio Machado del pesado silencio en que bajo su tumba yace, y a los otros, a quienes idearon puentes, ferrocarriles, tierras cultivadas, escuelas en el campo, hospitales en el campo, bibliotecas en el campo, laboratorios cinematográficos, estudios de televisión en el campo, y a los jóvenes campesinos que desean estudiar junto a las matemáticas la técnica del vídeo, que buscan compaginar el rastreo por la historia con los inicios al desarrollo de la medicina preventiva, que anhelan desarrollar investigaciones sobre suelos, animales, plantas, cultivos, al tiempo que pasear sus ojos sobre los mundos helénicos o las actuales culturas africanas. Y allí, junto a la vieja aldea, sin dejar que sea enterrada por la lluvia, el viento y el abandono, surgirá el moderno poblado que se gobernará por voluntad de sus vecinos y comunicará con los adyacentes en el orgullo de saber que ahora forma una auténtica autonomía. No es el sueño quien engendra monstruos, sino la razón cuando ésta no se pone al servicio del hombre. Y no merece la pena escribir, hablar de Castilla, para repetir consignas burocráticas, trazar esquemas desconceptualizados, ser instrumento de lo que algunos llaman realismo presente y otros coyuntura histórica, horrendas palabras que nos han impulsado al presente devastador y desesperanzado en que nos encontramos. Realismo político que podríamos definir mejor como parálisis encefálica. O pensamos Castilla, o ésta dejará de existir como comunidad libre, independiente, creativa. Y pensarla en los mo-

mentos actuales de agonía, insisto, es despertarla, agitarla, inventarla. Inventemos nosotros antes de que nos destruyan ellos.

El desarrollo científico, y sobre todo tecnológico, no se puso al servicio de una humanidad más libre, de un hombre más alejado de viejas explotaciones: acometió el control del mismo, impulsó sus terrores, y generó formas culturales irracionales y de bajísimo contenido. No un orden social, sino un orden de macroimperio, de control sociopolítico —del capital-Estado o del partido-Estado— pasó a repartirse el mundo. Todo controlado por grandes compañías o aparatos burocráticos que sirven al crecimiento de los grandes imperios cuya obsesión es el dominio psicológico o posible destrucción, si es preciso, del contrario, el control absoluto de la Tierra, que se sangra y destruye para conseguir, en el más mínimo espacio de tiempo y con el máximo beneficio, sus fines. Control de producción de los imperios que al tiempo imponen sus cultura —siempre propagandística y vinculada a sus fines militares— y que da por resultado una ciudad única, un hombre único, un producto homogéneo y estandarizado al que una élite metropolitana forma y dirige: en medio la degradación de las relaciones, el aplastamiento de los fines culturales propios, la exaltación de los mediocres, del fraude, la objetualización absoluta de la mujer y la prostitución del sexo, de la droga, publicitados y manipulados por quienes dominan los mercados de la economía y de la cultura. Ya no existe lo individualizado, lo diferencial, la comunidad arraigada en un medio específico, lo humano. Todo es supeditado al gran símbolo de lo artificial que comienza por el Estado-Patrón y su hipócrita patriotería, simple encubrimiento de los intereses de sus fuerzas políticas, militares, religiosas y económicas,

rompiendo el equilibrio de las pequeñas y auténticas libertades —comunicación del hombre con su medio, identidad y afinidad trastocadas por el éxodo y el agrupamiento en las macrociudades, en una moderna esclavitud que hoy comienza a ser ampliamente contestada por quienes se rebelan contra la publicidad entendida como latría, y el supermercado y superbarrio y superproducción como únicas formas de vida.

Y esos grupos a que anteriormente nos referíamos, que forman ya agrupaciones de miles de personas en algunas ciudades del mundo, y que tienen incluso representación parlamentaria en determinadas naciones, son movimientos que apenas nacidos encuentran una onda expansiva cuyo desarrollo parecía inimaginable apenas hace diez años. Paz, desarme, recuperación de la naturaleza respecto a sus fuentes de riqueza, a sus especies animales, vegetales, recuperación de una imagen de la mujer que la de plena libertad frente al sexismo machista de que es víctima —y los beneficios económicos y políticos que en la ordenación de la sociedad se dan por el simple hecho de ser hombre— se combinan en lo que es algo más que una protesta, en el germen de un auténtico movimiento social y cultural que, sin duda, intentará ser deformado, recuperado o destruido, pero que, sin embargo, continúa en estos momentos siendo la alternativa científica, y desde luego moral, más válida a la crisis de nuestro tiempo. Teoría y práctica han de combinarse en los mismos: conocimiento y acción, al fin, los viejos motores de la historia. La protesta y el estudio, la publicación y el vídeo, la acción en el Parlamento y en la calle, la denuncia de la nociva publicidad y la investigación en el laboratorio, la multinacional ecológica frente a la multinacional económica, el testimo-

nio colectivo frente al llamado secreto político o profesional.

Vivimos una democracia política que es una representación, en la que el elector juega únicamente el papel de votante de una Corte que sirve solamente de escenario para otros auténticos poderes, en una sociedad en la que economía y comunicaciones, viarias o culturales, sólo llevan a la masificación, a la destrucción de la personalidad propia, a la unificación idolátrica en el culto a la sagrada religión del consumo y a la catequística de la publicidad, y en la que cualquier esperanza de cambio parece imposible, hasta el punto de que las víctimas aceptan no ya pasivamente, sino convencidas, el papel de coro que se las lleva a representar. Y se crea una cultura que en ningún momento se plantea el diálogo, la discusión, sobre la propia supervivencia humana, sobre el dominio del hombre respecto al medio en que vive, el diálogo con una naturaleza que es como su cuerpo exterior, en la que ha de seguir viviendo si quiere perpetuarse. Crecen los niveles de contaminación ambiental, se envenenan los alimentos se generan distorsiones absolutas en los ingresos y recursos de la población mundial, se experimentan si cesar y sin garantías productos químicos que causan daños irreparables, se agotan los recursos energéticos y alimentarios, se provocan nuevas y angustiosas enfermedades, se vive bajo la pesadilla del posible holocausto nuclear.

Es por eso que hoy asistimos a una rebelión pacífica pero continua de quienes buscan medios de vida alternativos, individuales o colectivos, una nueva forma de existir, lejos de la ciudad-dormitorio que ellos no planificaron y les desintegró de sus antiguas formas de convivencia, en la alienación del trabajo sobre el que no tienen ningún control, o una cultura del

ocio en la que tampoco son protagonistas, en la que ofician de meros espectadores y que hace, insistimos, del consumo y la publicidad sus únicos objetivos. Es, más que la revolución, la disidencia, única forma de rebelarse contra el poder del control absoluto, contra esa científica pobreza que se ha originado en las colonias adornadas con electrodomésticos en que se hacinan los pueblos del mundo. La utopía de la sociedad postindustrial se demuestra, al menos hoy, que era una trampa que sólo condujo al desempleo masivo, a la nada, al vacío —lleno de ruido y humo— en cultura. Es ahí donde los más lúcidos o rebeldes dicen no, prefieren regresar al tiempo perdido, a la vieja aldea donde al menos pueden vivir la única, auténtica democracia: la de la pequeña colectividad, la de la participación y el diálogo en ella.

Castilla-León no es, como región, ajena a esta depreciación ecológica. Desde el año sesenta, desde que la filosofía del desarrollismo impregnara la economía española, sufre una agresión constante, que ha dado como resultado el hecho de que en apenas veinte años se haya destruido más que en los cuatro siglos precedentes. Es el camino hacia el desierto roto solamente por las ciudades de hormigón, acero y cristal.

Y es preciso desarrollar, para el futuro, la importancia del ámbito ecológico castellano, la riqueza de su flora y fauna, una fauna que en sus especies mayores comenzó a extinguirse a partir del siglo XV y que apenas si cuenta hoy con algunas reservas para perpetuarse. Entre las causas nocivas para la naturaleza regional, destacamos las mutaciones producidas en los suelos por el empleo de maquinaria pesada y la repoblación de pinos y eucaliptos, el empleo masivo de herbicidas e insecticidas, la fumigación de pinares y los vertidos industriales al Duero, las aguas residuales

que provienen de incontroladas urbanizaciones y que en el mismo río desembocan, la desecación de lagunas como las de la Nava en Palencia, la caza abusiva, los montes talados para convertirlos en zonas de recreo al servicio de los veraneantes, los residuos de industrias químicas, mineras, de azucareras, de los insecticidas que están contaminando los ríos leoneses, de otras provincias, las centrales térmicas y sus aún no perfectamente conocidos resultados contaminantes —Santa María de Garoña en Burgos, la proyectada de Sayago en Zamora—, la extracción de minerales radioactivos en Salamanca, de uranio en la planta de Juzbado, etc., el abuso de una red viaria hecha para uso y abuso de los automóviles —40.000 kilómetros de pistas— y que en nada tuvo en cuenta las propias condiciones de hábitat en que se iba, salvajemente, trazando.

Y el factor humano. Como dice Ramón Grande del Brío:

«El impacto de orden psicológico sobre los habitantes de las áreas rurales anegadas por las aguas o inutilizadas como espacio agrícola y ganadero. El desarraigo de dichos habitantes en un pueblo prefabricado, los "pueblos de colonización".»

Sierras como Guadarrama y Gredos, más aquella que ésta, llevan años siendo brutalmente agredidas, violentadas en sus recursos naturales; el espejo del pasado muestra en el presente como cambia —hasta perder su auténtica fisonomía— el paisaje físico y humano, como se despersonalizan, hasta quedar la primera de ellas como una simple barriada de Madrid. Los peligros de la contaminación acústica y visual pueden, en breves años, hacer prehistoria de lo que fue la sierra de Guadarrama. Para evitar que esto ocurra en la segunda, se crea en 1980 la Comisión de

Defensa y Desarrollo de Gredos. Puntos principales de la misma:

1.º El desarrollo de las actividades tradicionales aprovechando los recursos existentes y los provenientes de la mejora del medio.

2.º La protección del medio natural.

3.º La creación de industrias transformadoras no contaminantes.

4.º La mejora de las redes de comercialización a través de movimientos asociativos.

5.º Facilidades para la denominación de origen de los productos de la comarca.

6.º Mejora de la vivienda rural y electrificación de las zonas habitadas actualmente. Se preferirá la aplicación de la energía solar.

7.º Aprovechamiento de aguas, tanto para el consumo humano como para los regadíos.

8.º Dotación de un sector de servicios, principalmente en el campo de la sanidad comarcal y en aspectos de enseñanza y promoción cultural.

9.º Plan turístico de la comarca supeditado a los anteriores objetivos.

10.º Planeamiento urbanístico que garantice la conservación de los cascos antiguos, a la vez que las ampliaciones necesarias mantengan las características de cada pueblo.

Zonas a respetar, intentar al menos que no sigan sufriendo la agresión y la depredación ecológica, se subrayan, como las más importantes de Castilla-León, las siguientes:

Norte de León y Palencia con masas muy importantes de robledos y hayares, a la par que una importante fauna. En Palencia, igualmente, la reserva nacional de Fuentes Carrionas donde aún quedan osos, lobos, rebecos y hasta los casi míticos urogallos. El lago de

Sanabria, y Gredos, como ya subrayábamos. También podríamos citar los casos de Montejo y la sierra de Béjar.

Especial cuidado debiera merecer la impresionante región de la Maragatería, 500 kilómetros cuadrados que están, en una parte importante de las mismas, a punto de ser expropiadas. Una vez más la razón de Estado, las presiones militares. Junto a la instalación del campo de tiro del Teleno, su posible ampliación caso de consolidarse la vinculación de España a la OTAN. Aviación, cohetes, y hasta posibles armas atómicas pueden ser experimentadas en un área que ya recibe la tipificación de muy peligrosa. Catorce pueblos, al menos violentados, supeditados al trauma de cambio imperativo hecho no para mejorar sus vidas, su incrustación en el medio, sino para trastocarlas. Fue precisamente el 23 de febrero de 1981, el día en que una vez más estuvimos a punto de ser cortados en nuestro desarrollo histórico por el filo de las espadas, cuando el «Boletín Oficial del Estado» publicó la expropiación forzosa para el campo de tiro de 61 kilómetros cuadrados de tierras que afectaban a 14 pueblos y unos 5.000 habitantes. Se producen constantes acciones de protesta de los vecinos y de las comisiones de afectados. Son tiempos también de secuestro de palabras, de conceptos. La crítica no es bien vista por los poderes públicos. Tomás Pollán será procesado por injurias al Ejército por sus trabajos en «El Faro Astorgano». El viejo dicho de Sancho se ha transformado en los dos últimos siglos en España: «Con el Ejército hemos topado, amigo escritor.» Desde junio de 1982 comienzan a realizarse los depósitos previos de pago para las expropiaciones. Ahora el lugar ya no es un rincón de la Maragatería. La Coordinadora Ecológica Leonesa, como alternativa, compra una casa

en uno de los pueblos afectados, a escasa distancia del terreno donde se ubica el campo de tiro, que llaman Casa de la Paz y busca ser cuña del movimiento pacifista.

Caso también a subrayar, por lo que tiene de tipificativo, es el de Riaño. Tres mil cien habitantes en pueblos que se llaman aún, cuando estas líneas se escriben, Huelda, Anciles, Riaño, Salio, Pedrosa, Escaro, Buron, Vegacorneja. Estamos en la antesala de los Picos de Europa. Morada de osos, urogallos, otras especies protegidas.

El 6 de mayo de 1953 se dio una orden ministerial para el anteproyecto del embalse de Riaño. En 1984 la Junta de Castilla-León anuncia seguir adelante con el proyecto. Agricultores, asociaciones de regantes, lo denuncian por antisocial y antieconómico.

«Una masa de población considerable quedará condenada a perpetuo secano y minifundio, en tanto que las tierras que se van a regar son en buena parte de latifundistas y absentistas.»

Una vez más se violenta un medio ecológico. Flora, fauna y seres humanos condenados a la destrucción o al éxodo. Los jóvenes de la comarca luchan porque no suceda así. Grandes pintadas sobre el muro de la presa, con una sola palabra: *demolición*. Y en el pueblo: «¿Qué puede justificar la destrucción de una comarca? No al pantano.»

El proyecto lleva ya invertido 4.300 millones de pesetas. La Comisión de afectados de la comarca de Riaño, ante la inminencia de su desalojo si se embalsa el agua, escribe al Defensor del Pueblo: «En una importante región leonesa, 3.100 habitantes... tendremos que emigrar cuando las aguas del embalse de Riaño inunden nuestros pueblos. Es la primera vez que una obra hidráulica en España sumerge una co-

marca completa. El sentimiento de los vecinos por abandonar sus hogares se ve acrecentado por la lentitud de los expedientes de expropiación y el pago de las indemnizaciones. Hoy el dolor sigue latente en los nuevos descendientes de Riaño, que aunque satisfechas la mayor parte de las indemnizaciones a nuestros antecesores, vemos nuestra vida, nuestro futuro y nuestros derechos gravemente discriminados.»

¿Como hacemos Castilla, con decretos-leyes, con decisiones ministeriales tomadas desde Madrid, incluso heredadas del pasado, o escuchando a sus habitantes, a quienes realmente viven en ella? En éste, y en otros dilemas semejantes —y hay planes alternativos para salvar Riaño, como el que ofreciera José María Múñiz— se cifra la esperanza de un futuro distinto para este pueblo. Sí, decíamos que el lugar ya no es un rincón apacible y típico de la Maragatería: es tierra para los paracaidistas. Y morirán bosques, pájaros, mamíferos.

No están los castellanos contentos, por otra parte, con el turismo que a sus tierras llega. El capítulo de beneficios producido por el mismo es muy pequeño. No se invierte, se ha invertido como debiera, en alojamientos: apenas crece en los últimos años el número de pernoctaciones. En comparación con las zonas costeras, la diferencia es abismal. Y nuevamente los problemas, cual cadena de silogismos, se encadenan los unos a los otros para llegar a la negativa síntesis. Ver piedras, algunas ruinas, comer en las ciudades que disponen de renombrados restaurantes, no deja de dar un resultado conocido como turismo de merendero que apenas aprovecha al conjunto de la ciudad, a sus servicios y población. Los datos, las estadísticas lo reflejan abundantemente.

Falta r imaginativo, que lejos de atentar

contra la historia y el ecosistema de la región, la de fienda y proteja, al tiempo que incentive, uniendo lo local y típico a las condiciones modernas más desarrolladas para atraer a unos visitantes estables y rentables. Un turismo, además, cuya organización no dependa de las grandes compañías de viaje madrileñas o extranjeras que sólo buscan lo coyuntural —un día tres ciudades para regresar a dormir a Madrid—. Un turismo que crease estaciones de invierno, de verano, recuperase las fiestas tradicionales, ofreciese otras alternativas, creara universidades y centros especiales de atracción cultural, previa modernización, lógicamente, de las redes viarias y los servicios.

Entre otras necesidades se subraya repetidas veces la de instalaciones deportivas invernales, desarrollar un Plan Comarcal de Ordenación Territorial y aunar ideas y esfuerzos en una auténtica Mancomunidad Turística de Municipios. Los hombres de Castilla, los viejos habitantes, campesinos-ganaderos de la región, no piensan en el turismo como generador de riqueza y desarrollo. Para ellos la riqueza, la única riqueza posible, eran los pastos, el ganado, aquello que ven morir. Coches cruzando las carreteras, gentes llegadas a las fiestas del pueblo, que nada tienen que ver con la comarca, señoritos que cazan la cabra salvaje en puestos alquilados donde tiradores profesionales se las derriban para que una vez muertas ellos puedan retratarse a pie de presa como aguerridos cazadores, tan extraños todos como las gotas de lluvia caídas en la mañana y borradas y desaparecidas con el nuevo resurgir del sol.

—Son pueblos en realidad venidos a menos —me dijeron, me dicen, filosofía por desgracia sustentada en una verdad, en una realidad que apenas si se ha transformado en los últimos diez años—, pero aún

conservados, incluso renovados en esta vuelta de sus hijos. Dos meses solamente, pero el comercio aguantará gracias a ellos el resto del año. Un turismo familiar, íntimo, continuado todos los veranos en sus gentes, salvo en los muertos. Los hijos de estos hombres y mujeres que ya pasan de los cincuenta, sesenta años de edad, y llevan diez, veinte, treinta años quizá fuera, en la gran ciudad, Madrid, Barcelona, Alemania o Suiza, cuando alcanzan la mayoría de edad, antes, desde la adolescencia, dejan de acompañar a sus padres, se independizan, prefieren las discotecas, las noches de Levante o la Costa Brava, o, quién sabe, la compañía de vendedores de collares tumbados al sol balear. Por eso las inversiones son mínimas: basta reparar unas cuantas casas, abrir una moderna cafetería que se denomine pub, inaugurar un hostel con duchas y comidas arregladas a precios módicos, y echar algo de asfalto a las carreteras. Lo importante es que haya un río, aunque ya no pueda uno bañarse en él, o que se esté a la sombra de una montaña. La gente restada en el pueblo es pacífica: mira la TV o se sienta a la puerta de sus casas o petriles de las plazas, por ver a los forasteros. Si las fondas son malas, queda el hotel. Si el hotel se llena, las cuatro casas particulares que se alquilan al efecto cubren la función de acogida. Si esto se agota, es un mes, no se necesitan más forasteros, ni éstos, en realidad, desean ampliar el cupo de oriundos regresados. No da pues para mayores inversiones ni tampoco compensarían, al menos de momento, otros esfuerzos. Con imaginación quién sabe, pero... A las ciudades cercanas a Madrid trae cuenta a lo largo del año lanzarse al cansancio del retorno por comer en uno de sus mesones. Pero Soria, Zamora, por ejemplo, no. Y ver iglesias, catedrales, acaba

o los que a éstos pueblos de Casti-

lla vienen en sus veranos quieren otra cosa: huyen en cierta medida de los extranjeros, son de ideas, como diríamos, más antiguas, propias de los años 40, y aquí, en su ámbito, en su pequeño dominio, encuentran paz a la par que refugio y nostalgia. No se preocupan por lo que ocurre el resto del año. Quienes quedan, dirían, es por su propia culpa, porque no sirven para otra cosa. Que espabilen como ellos, que se vayan, que aprendan, años y trabajo les costó hacerse del pequeño patrimonio que ahora cuentan: un utilitario, un mes de vacaciones, televisión, quizá hasta vídeo, alguna cana en la noche de los sábados fuera de casa, un carnet de socio futbolístico, el bingo, quizá hasta alguna querida pasajera, si, que luchen como ellos en la gran ciudad donde han de pelear largas horas de oficina, donde se congestionan con el imposible tráfico, los densos humos, los malos humores que amenazan con reventar un día, y encima la invasión de esa juventud incomprensiva y rebelde...

Las primeras gotas, el primer viento frío presagador del otoño, los alejan: Almazán, Burgo de Osma, Arenas de San Pedro, Alba de Tormes, Riaza: coches cargados de bultos, niños, gritos, hacia la saturada, presionada, congestionada carretera nacional. En el pueblo, el pequeño comerciante, la familia que marchó el verano con sus parientes para dejar libre la casa, el distribuidor de bebidas, cuentan el dinero ingresado: ¿podrá estirarse el resto del año?

5

De la resignación a la rabia. Lo vivo actual

*¡Qué importa un día! Está el ayer alerta
al mañana, mañana al infinito,
hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.*

Respirar. Oler. Hablar. Sentir. No sólo ir o no ir a la Universidad. Licenciarse. No sólo lamentarse de no tener, o no lamentarse por tener, una biblioteca empolvada y rancia, que apenas se consulta y menos se renueva. No sólo desconocer que teatros hay donde se representa a Bertold Brecht, Jean Genet o Darío Fo, y más aún, dejar de participar en polémicas discursivas sobre si es o no es función cultural el teatro, al

fin y al cabo telones coloreados, tablas viejas, personajes que hablan como «en la vida misma» pero se distinguen por una artificiosa dramatización de la misma vida. No entrar en conceptos y discusiones montadas en torno a una mesa de café o de curso de verano, silogismo sobre la posibilidad de la cultura, su burocratización, su inutilidad, batalla que en el campo de las ideas, que es también de la política, debe tener como único protagonista al ser humano en la realidad del tiempo concreto en que piensa y actúa. ¿Los intelectuales, una minoritaria capa internacional desprovista de poder, denunciadora del apocalíptico fin que amenaza al mundo, especie por su inadaptación al mundo en que vive, a extinguir? Y acaso ellos mismos no buscan, desean un cambio que como en política nada cambie, y en el que ellos puedan seguir sobreviviendo de forma privilegiada?

Nosotros somos, simplemente, una fuerza de trabajo. Y nuestra cultura es una cultura que no tiene más horizonte que el trabajo, y la pequeña aprehensión de los minutos de ocio rescatados a las agotadoras horas perdidas en la búsqueda del sustento. La débil contestación a aquellos que desde las sombras y el poder planifican la ocupación del tiempo libre de los hombres. Castilla desconoce, como región y como suma de individualidades, una conciencia evolutiva de sí misma o del mundo en que se realiza. Esta es la historia de una ruptura, ruptura con su pasado, con su independencia real, y en ella está igualmente el desaparecer de una manera de sentir tradicional, de una forma de ser, actuar, sin que sean suplantadas por otras superadoras, enriquecientes.

Nos queda el respirar, oler, sentir, vivir, aunque ya sea muriendo. Y he visto lágrimas detenidas en los ojos de un anciano dormitando en un parque. Y he

visto arrastrarse de bar en bar a jóvenes congestionados por el vino, que terminaban berreando al frío de la madrugada canciones sin música. Y he visto a un padre gritando a su hijo en público, y la mirada del hijo, frente al embravecido y autoritario gesticulador, era presagadora ya de un odio contenido que pronto estallaría en revolución violenta. Y he oído cómo mataban el tiempo, esperando el turno de entrada a la fábrica, a trabajadores que daban vueltas y vueltas a las frases escuchadas la noche precedente a José María García, leídas en el «As», comentadas en televisión, sobre el partido de fútbol del pasado-próximo domingo. Y escuché a una mujer mayor dolerse de que al marchar su hijo no tenía con quién hablar en su casa solitaria del pueblo semiabandonado. E inútilmente quise comprender el diálogo de un pastor guardador de ovejas, que junto al borde del camino donde me detuve diome minutos de conversación irreproducible. Y en la tarde barrida por el sol entré en el bar cuajado de moscas y observé a las gentes del pueblo apretujadas junto a mesas de hierro y mármol, siguiendo una corrida de toros retransmitida por televisión. Retuve la fija mirada de unos niños deslizados por la cuesta que bajaba del cementerio al pueblo, reidores de mi facha. Vi posesionarse en torno a los veladores situados en la plaza Mayor de la ciudad a los restos de sus fuerzas vivas, observadores desdeñosos de la gente joven que bajo los soportales paseaba. Y una preciosa muchacha salmantina me dijo, acariciante: necesario es cambiar esto, preciso es crear una nueva vida. Y recogí entre mis dedos sus palabras, que no eran tópicos y venían envueltas en la esencia que hizo la cultura de todos los tiempos.

Y comprobé que si aún continuaban las ideas morales de los hombres de su posición de clase

en la sociedad, nunca como hasta el presente se había logrado uniformar tanto una estética del gusto que conlleva quizá, para la mayor parte de los humanos, la destrucción de la libertad de pensar, e incluso casi la imposibilidad de plantearse el simple problema de la elección. Aunque se siga luchando por la ambición del poder o cambio social, y no se vislumbre, ni aquí ni en sociedades que se dicen ya revolucionadas, una *moral verdaderamente humana, superior a los antagonismos de clase y su supervivencia.*

Respiraba, olía, sentía, vivía con los hombres que pueblan aún las tierras castellanas. Visitaba el interior de sus iglesias, descendía al fondo de sus establos, viajaba entre los bosques de espigas, mirábame en las aguas de sus arroyos, con unción escuchaba algunas palabras de sus gentes, y me detenía, fatigado de luz, y polvo, sobre tumbas comidas por la yerba, donde esperaba a que el sol incendiase el horizonte y los vencejos tumbaran sus vuelos sobre las dormidas campanas de las altas catedrales, o los nichos abiertos a la corrida piedra de murallas y castillos gastados por el tiempo.

Vi relojes parados en pasados siglos, y hombres que más en resignación que con rabia soñaban con míticos comuneros resucitados y portadores de justicias espadas, restauradores de la libertad perdida por sus pueblos y tierras. Fanáticos ministriles del negro sayal y la hundida teja, que vociferantes sobre dorados y enormes misales impedían la entrada en sus templos a curas regresados de las batallas de las Américas o teólogos de la liberación. Y nuevamente niños inocentes y tostados de sol, que dulcemente arrancaban, con incandescentes alfileres, los ojos de pájaros colorines apretados por sus dulces y tiernas manos.

Y nuevamente en la ciudad escuché que cultura era

escuela, libros, arte, representación, bellas palabras. Y nada tenía que ver esto con el hecho de que mientras nosotros, hombres, tratábamos estos temas, un grupo de mujeres —esposas, novias, amigas— se enfrascaban en una conversación ajena o permanecían, pasivas y en silencio, escuchando nuestras palabras. ¿Se sigue llevando luto a los muertos?, pregunté. ¿Aquí?, respondían extrañados. No, si acaso en el pueblo de al lado.

Doblaban campanas en una iglesia, y su bello son había hecho palidecer el ruido del tráfico rodado en la calle. Aún existían, pues, campanas para doblar, calles donde oírse puede el silencio, pájaros que en bandadas evolucionan alrededor de iglesias ocupantes de plazas de tierra en donde juegan los niños o en cuyos petriles se sientan parejas de novios, zapatos resonando sobre estrechos enlosados paseos, voces de borrachos arrastradas casi por todo el viejo perímetro de la ciudad.

Sólo los viejos. No los jóvenes. Las costumbres evolucionan. En un extremo de la calle, dos jóvenes, casi niños, liaban con santa unción un porro. Al abrirse la puerta de la discoteca, salía una tufarada de humo y un ensordecedor ruido que rompía por momentos la calma de la noche. Pronto, fuera de aquella turbamulta agolpada en la penumbra del local, todo el resto era soledad, silencio. Y en el cielo, distantes, como si ya a nadie importase, guiñaban sus luminosos ojos de leche cientos de estrellas.

Salgo en tren de la ciudad: la tierra parcelada, los pequeños pueblos sucedidos en un palmo de terreno, las aldeas de casas viejas y caídas en la tierra, el cereal. A veces pequeñas estaciones, sin ferroviarios visibles que las guíen —también se cierran los ferrocarriles— bridoras de sendas te-

rrosas ahora calcinadas por el sol, enfangadas durante el invierno. Al fin —¿quién dijo que Castilla era llana?— la línea azul de la sierra. Campos pobres, tierra estéril, rojiza.

—¿Cultura? ¿Qué es cultura, el libro leído una vez en la vida, quizá más por hábito que por placer, abandonado, olvidado apenas cerrose su última página, o este continuo trabajar, pasear, soñar, dormir, que va arrebatando los años y rutinizando la vida del hombre? Las quinielas, los telefilmes, los tres, cuatro, diez chatos cotidianos, la manera de mirar a una mujer, la postura a adoptar ante las insinuaciones de un hombre, las imágenes, sueños que al placer solitario conducen, la música que hace mover la cabeza e impulsar los pies, las formas del maquillaje, la aplicación del desodorante, la necesidad de usar pantalones o falda larga o corta, el programar unas posibles vacaciones, la manera de decorar o cambiar la posición de los muebles de una casa, el saber contestar al jefe, a un amigo, a un extraño... la pasividad ante un mundo, una sociedad demasiado programada, en la que el ser humano cada vez cuenta menos, tiene en el fondo más desesperanza...

El autobús me lleva por una larga recta, al principio, entre ganado, pequeñas fábricas de embutido, manchas de pueblos, cultivados campos. Pasado Villatoro los paisajes se amplían: en las hondonadas pacen las vacas, se suceden las curvas, corremos paralelamente a Gredos. Al salir de Piedrahita, suben algunas mujeres con lecheras que a Barco van de compras. En los cruces de las aldeas, viejos curtidos de luz, chepas y garrotas más que ojos, contemplándonos. El diario habla de atentados, bombas, reuniones ministeriales, un ir y venir de una a otra parte del mundo, del tiempo dinámico fluye etc., angustioso, en el

que se nace y muere de prisa y apenas si hay lugar para enterrar a los muertos. Siguen mirando. Algunas cabras, incluso zorros, bastantes víboras, quedan en las cumbres. Veinte viviendas corren la calle para desembocar en un campo que también va cambiando su perspectiva. Urbanización. Esa es gente de Madrid. Llegan en verano. Apenas si alguno aparece en el invierno. Se llena esto en las fiestas. Pocas enfermedades, muertes se dan: cuando viene no hay más que resignarse. Los viajes a la capital. Sobre todo la mujer a comprar zapatos. Como si cajas de zapatos inundaran estos autobuses que ya no se mueren, como antes, de cansancio al sol.

Y sin embargo, la cultura real se da en invierno. Algo nuevo está naciendo en una forma de pegarse al trabajo, de ocuparse las tardes libres, de unirse para algo más que para beber vino. Así, esos pequeños grupos de teatro, más que un símbolo, en los que trabajan muchos, en los que se ven representados más. Se piensan las obras, y luego, en las noches frías y silenciosas, se ensayan, hasta que llegan las representaciones, no sólo en los lugares de origen, sino en otros pueblos y ciudades castellanas. Y las gentes acuden masivamente a las mismas. Tras los disfraces, los vestidos de otra época, los lienzos y muebles representantes de otras tierras, se reconoce al profesor, a la maestra, al guardia municipal, a la dueña de una mercería, al empleado del bar, al que tiene una punta de ganado... También se abre un nuevo local organizador de una pequeña biblioteca, como el de Barco de Avila, 300 socios para un pueblo que apenas si pasa los 2.000 habitantes. Local que se va llenando de libros, y lo que es más importante, de lectores. No está nada mal, si Y e re e n periódicamente las comisiones de podría hacer, pero faltan

medios. No voluntad. Esto es, sin duda, más importante que la reconversión cultural. El diálogo ha de ser entre nosotros mismos, si acaso con nuestros propios fantasmas también. La seducción empieza por el propio cuerpo y no debe traspasar más allá del entorno en que éste se desarrolla, lejos de los grandes planes, las eternas metafísicas, los símbolos no transgresores. Hay quien al hablar de cultura sigue viendo ésta como un mero reflejo academicista, la célebre cultura histórica, de iniciados, santificada, escrita con K. No quieren mirar a su alrededor. Prefieren olvidar cuanto hace, vive, su vecino. Como si la calle no existiera. Y más que la calle, la casa, el habitáculo sagrado que es ahora auténtico cenáculo de la cultura. Pues el peso específico de la misma es hoy transmitida a través de los llamados órganos de comunicación, TV sobre todo. Cuanto insistamos en este punto será poco. Como explicaba Agustín García Calvo en su entrevista de «Las conversaciones de Castilla-León»:

«La televisión está desde luego entre todos los demás medios que organizados desde arriba (por el Estado y el capital) están de un modo u otro al servicio del Orden y de la Idea, que pretende conducir a los súbditos a la más perfecta definición y unidad; y desde luego, en cuanto al lenguaje que esos medios emplean no puede ser sino servilmente académico y oficial, al menos en la pretensión. La violencia del Estado y la pedantería han ido siempre de la mano... Aunque me niego con constancia a ver la televisión como uno de los representantes más evidentes de la locura organizada y la mentira sobre las que el Estado se sustenta, me dicen que últimamente hasta se hacen ensayos como sacar algunos locutores hablando en andaluz o algo parecido. Esto puede servir de ilustración de la pequeña argucia de la asimilación de movi-

mientos autonómicos para mejor sustentación de lo que antes hablábamos.»

Buscamos la cultura no como reflejo, sino como actuación. Frente a la supeditación a la técnica, la importancia del acontecer, del existir. Cultura no para ser pasivo, sino para resolver. No olvidemos que siempre la cultura oficial, cultura al fin de poder político, impuso sus formas de organización, que son de dominio, para destruir o asimilar, transformándolas, las culturas tradicionales. La ceguera del intelectual español, que siempre ha despreciado sus raíces y tradiciones culturales dejándose llevar por los salones de la moda artística burguesa, europea antes, hoy de Estados Unidos, alcanza en nuestros días sus más negativos resultados. Quiere conectarse con el exterior y reniega del interior: para él esto es lo paleta y lo otro lo moderno. Hablar a la americana, vestir, comer, cantar a la americana, es para él hoy lo culto y en su miopía y embrutecimiento que encima impone desde una mísera prensa, diarios o revistas, o una TV colonizada, olvida que nuestra cultura, la del vivir como suma de costumbres, bebida, alimentos, juegos, formas de hablar y hasta de amar, es la herencia de una tradición que va de las ferias y fiestas veraniegas al Libro del Buen Amor, del cante flamenco al Quijote o Cernuda, de las romerías gallegas a Goya o Picasso, de los Sanfermines a Yerma o las sonatas de Valle-Inclán, de las carreras de sacos al vino de Vega Sicilia. Los intelectuales castellanos, que olvidaron evolucionar desde la esencia de su cultura para petrificarse miméticamente en la adaptación de formas importadas y por tanto desarraigadas de su autenticidad —Faulkner sin el sur de Estados Unidos no existiría, al igual que Chester Himes o Duke Ellington sin Harlem, Joyce sin D —dibujaron su imagen y

cortaron su contemporaneidad alcanzada desde sus raíces, convirtiéndose en verdugos y a la vez víctimas de una situación que desde el centralismo franquista nos llevó a la dependencia del Imperio.

Rasgos comunes y diferenciados pueden ser aplicados desde el rito y la música, desde la artesanía y la leyenda, desde la fiesta y la casa, desde la organización económica, a la imagen, al cine, al vídeo, a la electrónica, para hacer, con estos nuevos medios, una cultura y un arte al servicio del hombre castellano, no del habitante de Chicago o del publicista californiano.

La desertización, la destrucción por la propia negación de Castilla, sólo puede ser vencida por la acción común en un viaje hacia la esperanza que apenas si ha hecho más que iniciarse. Castilla no es un pueblo aislado, ni como región ni como suma de seres humanos, en el problema de la civilización actual. Hemos insistido en ello. Discusiones a veces violentas pretenden negar nuestro protagonismo en la actual historia. El rearme ininterrumpido, los salvajes desarrollos económicos y militares catastrofistas, no escapan a ninguna sociedad del Planeta. Molesta nuestra esperanza. Por ello, preciso es encontrar alternativas a los modos de producción, de organización política, de planificación cultural y de información actualmente vigentes. Investigaciones, trabajos literarios realizados en los últimos años, recuperación de fiestas tradicionales, con un mayor protagonismo del pueblo, alentando iniciativas a caballo de la historia y las exigencias del presente, estudios de patronatos, asociaciones, clubs culturales que hacen de la tierra castellana y sus habitantes auténticos protagonistas, asociaciones pacifistas, de defensa y protección ecológica, antinucleares, feministas, de derechos humanos, centros de planificación económica, etc., son en el desierto de la ago-

nía un vislumbre de esperanza que hace de puente a un futuro que se niega a ser el enterrador de la historia de Castilla y León como apocalíptico destino de una ininterrumpida decadencia. El pasado, en cuanto tiene de camino hacia el no ser, ha de ser el recuerdo, simplemente, y sólo de él nos sirve cuanto tenga de huella o herencia: el resto debe extinguirse. El futuro es la empresa común que ha de motivarnos a los castellanos para encontrar el desarrollo en la libertad y la singularidad.

Una vez más, compañero de este libro, Antonio Machado:

«Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos: ¿llamaréis patria a los calcáreos montes, hoy desnudos, antaño cubiertos de espesos montes que rodean esta vieja y noble ciudad? Eso es un pedazo de planeta por donde los hombres han pasado, no para hacer patria, sino para deshacerla. No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o con la semilla, con la reja del arado, con el pico del minero a esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer.»

A veces los campos se uniformizan con frondosas extensiones arbóreas manchadas por frecuentes roquedales. A los límites de la provincia de Segovia, caminos de Valladolid, surgen los llanos cerealistas y algunos diminutos pueblos manchantes con sus tejas de la tierra. Pequeños rebaños de ovejas o pinares hasta los cultivos de girasol. Y el sol desnudo, la tierra desnuda, los pueblos desnudos, todo repetido en el color o la aridez.

Los estudios oficiales abordan una problemática cada vez más agudizada. Se repiten con apenas varian-

tes. Pasan años. Volvemos a encontrarnoslos. Sitúan un presente. Son los propios hombres de Castilla, desde su actual responsabilidad, los únicos que pueden transformarla. En la economía: mejorando la tecnología, racionalizando la distribución de la tierra, haciendo un mayor uso del agua de riego, creando industrias transformadoras de los productos a ella sacados, cooperativizando el trabajo, la maquinaria, la venta de sus frutos, impulsando la ganadería, conservando el suelo, el ecosistema que no ha de ser violentado por elementos extraños a la preservación de la única riqueza que cuenta la región, impidiendo la fuga de agua o de dinero de la misma, incentivando los regadíos, desarrollando una política de precios estable, rompiendo la incomunicación, posibilitando redes viarias que enlacen todas las provincias de Castilla-León entre sí... pero sobre todo en lo que afecta a los problemas fundamentales de la vida humana: en la sanidad, en la alimentación, en la vivienda, en la enseñanza, en la cultura. No es hora de que inventen ellos. La supervivencia, la continuidad castellana, pasa no por colgar una bandera en los balcones de los ayuntamientos, sino por poner Castilla cada día, y todos los días, en la vivienda, en el trabajo, en el ocio y en el corazón de los habitantes de la tierra donde el aforismo «nadie es más que nadie» tiene que alcanzar su plena validez, y donde más que ser espectadores de cuanto se nos ofrece desde otros pueblos, tenemos que ser actores de nuestro propio acontecer diario.

En su libro «Hacia el año 2000», Raymond Williams inicia su capítulo «La cultura de las naciones», con la siguiente historia:

«Había una vez un inglés que trabajaba en la sucursal londinense de una compañía multinacional con base en Estados Unidos. Volvió una noche a casa en su

automóvil japonés. Su mujer, que trabajaba en una firma de importación de cocinas alemanas ya estaba en casa. Su pequeño coche italiano solía desplazarse más rápidamente en el torbellino del tráfico. Tras una cena consistente en cordero neozelandés, zanahorias de California, miel mexicana, queso francés y vino español, se sentaron a ver un programa en el televisor, fabricado en Finlandia. El programa era una celebración retrospectiva de la guerra para recuperar las islas Falkland/Malvinas. Mientras lo contemplaban, se sentían calmosamente patrióticos, y muy orgullosos de ser británicos.»

Y esto es lo que ocurre hoy en Castilla, en la desconcienciación de Castilla. Lenguaje visual o escrito, modos de vida, cultura del ocio, son producidos muy lejos de su realidad. Pero se llena del concepto de españolidad al castellano. Hay que descender a lo íntimo, a lo propio. Huir de la contradicción de un patriotismo que entrega al pueblo en brazos de las multinacionales. Frente al símbolo como valor supremo, la creación de lo propio, de la diferenciabilidad como norma de conducta. En la simbiosis paisaje-economía-cultura que tenga en cuenta las características propias de la región castellano-leonesa. En la descentralización administrativa. Repasemos nuestro desarrollo. Sentémonos a pensar, en ese umbral del año 2000, que es hoy Castilla, que puede ser, no dentro de la macrosociedad, sino de la unidad real, la regional, la de una comunidad que se niega a deglutir cuanto le viene elaborado desde las multinacionales. No hay, debiera haber más sentimiento patriótico que el de la fraternidad, la defensa frente a la agresión, la evolución a partir de nuestras raíces, la invención de una distinta forma de vivir que pasa por la negación de la teoría del consumo por el consumo, de la agresión

vidad industrial y la competitividad, el fraude publicitario, la hipocresía legislativa. Autogobierno en una sociedad real, auténticamente libre, pero autogobierno no es ser meramente correa de transmisión del poder central, sino escuchar la mayor cantidad de voces posibles, alentar el máximo de iniciativas, y siempre en el respeto a un marco concreto: de unas tierras, unos ríos, unos seres vivos, que viven y han de seguir viviendo en una comunidad llamada Castilla-León.

Convoquemos a los castellano-leoneses, no para perdernos en la historia pasada, sino para hacer la presente. Unos quedaron en la región. Otros marcharon al éxodo. De todos han de escucharse sus voces. Esto ha de ser el principio. Que es Castilla, que puede ser. Hablemos de una nueva economía, no la impuesta. De la reorganización y desarrollo municipal. De la concepción de la enseñanza. De la cultura viva. Nuestra misión es alentar iniciativas y promover medios, nunca dirigir. La organización ha de ser de abajo arriba, y no a la inversa. Y después, pongamos en contacto esta comunidad con otras, tan necesitadas como ella de definición e independencia real. Puede ser Andalucía o puede ser Euskadi. Pero no termina aquí la reflexión y la acción. Las jornadas de discusión, estudio, planificación, los centros intercomunidades de experiencias y datos, han de abrirse a otros pueblos de la Tierra: regiones de Túnez o pueblos de Colombia, comunidades de Grecia o minorías de Laos. Daremos y aprenderemos, igual que ocurre en el verdadero amor. Lo suicida es limitarnos a pensar que la autonomía es algo que compete sólo a unas Cortes o a un Parlamento regional, y que su principio y fin estriba en crear instituciones. Este no es el fin, si acaso el medio para posibilitar esta nueva asamblea pública, que luego se irá descentralizando y organi-

zando en cada lugar. El problema de la capitalidad de Castilla-León no reside en situarla en Valladolid o Soria, sino en que cada ciudad y pueblo de Castilla-León sean capitales de sí misma, y los vecinos se organicen colectivamente para resolver sus problemas propios y los de la comunicabilidad con los demás. Podemos soñar, como hizo Luther King, y decir que en Riaza, Almazán, Olmedo, Hervás, Toro, Muñogalindo, Riaño, Vinuesa, otras comunidades, se reunían los agricultores para organizar sus tierras y productos con maquinaria, pastos comunes, precios por ellos dictaminados, para crear escuelas públicas con enseñanza acorde a su medio, incluso ya —agrupando suma de voluntades— se habrán dotado de un pequeño estudio de televisión, que sirve tanto para realizar sus propios documentales y películas, como para emitir los remitidos por otros pueblos de la Tierra como ellos organizados. Será entonces cuando sepan que ellos forman una comunidad llamada Castilla-León, y que se sienten orgullosos de vivir en la misma.

Titulábamos este libro «Castilla», pues esta es la palabra clave, definitoria. Podría llamarse Lunda, Maracay, Loire. Y lo situamos en una referencia que habla de agonía y de esperanza.

Ya no existe armonía en el medio, concordia entre los pueblos, igualdad en los hombres. Puede que en un tiempo —cuando los bienes parecían imperecederos— existiera el igualitarismo, se necesitara la expansión. Hoy, demasiadas religiones, nacionalismos, ideologías, nos impelen a considerar al extraño, al diferente, como un enemigo. De ahí al genocidio sólo media un paso. No ha de volver a caer Castilla en esta trampa. Bastantes cruzadas, guerras santas se hicieron en su nombre, para que ella no surja ahora como adalid de la intolerancia. De proclamarse

guardiana de algo, que sea de la heterodoxia. Ni la ciencia, ni la historia, la pertenecen: tiene el privilegio de los débiles, de los marginados: la duda, y la razón de su búsqueda antibelílica. Frente al cuartel y la iglesia que hicieron de ella aposento natural y nupcia opresora, opone en su desertización, la llegada de nuevas ideas pacifistas, antidisciplinarias. La necesidad del diálogo para encontrarse a sí misma y entenderse con los demás, es la música que quiere imponer, una vez que destronó los poderes secretos del Dios regidor del Universo y vio la desnudez del hombre. Con Marco Aurelio buscará a su opositor —y bien lo recoge Octavio Paz— para decirle:

«Desde que rompe el alba hay que decirse a uno mismo: me encontraré con un indiscreto, con un ingrato, con un pérfido, con un violento... Conozco su naturaleza, es de mi raza, no por la sangre ni la familia, sino porque los dos participamos de la razón y los dos somos parcelas de la divinidad. Hemos nacido para colaborar como los pies y las manos, los ojos y los párpados, la hilera de dientes de abajo y de arriba.»

Y frente al Imperio, frente a la Internacional de la guerra, del fanatismo ideológico, de la explotación económica, del poder central, buscará Castilla desde León al gallego y al asturiano, se estirará por Burgos hacia Euskadi, se alargará por Salamanca hacia Extremadura, sentirá que ha de sentarse con Andalucía y el País Valenciano y Cataluña y no digamos la otra llamada Castilla, a pensar en un futuro que garantice su libertad con la libertad del hombre y del pueblo, en una comunidad que fuera de nuestros ámbitos se llama España. Porque este libro se piensa sobre todo en futuro, y quien lo escribe no es sino un ojo, una mano, un corazón de esos miles de ojos, manos y corazones que pueden operar sobre el futuro. Está ini-

ciándose ahora, mientras se escriben estas líneas. Realidad, pasión, imaginación, se conjugan a la hora de proyectarle. Decimos con Aranguren:

«El "para-qué" se impone: para qué, en primer lugar, de la ciencia para qué, en seguida, de sus previsiones: el *amenagement agencement* disposición o arreglo de la realidad, en función, por una parte, de nuestras predicciones científicas, y de nuestras conveniencias, por la otra parte. Pues de lo que se trata, en definitiva, es el *control*, del *dominio* de la realidad. Es la "nueva magia", la propia de la civilización occidental.

Pero un control de la naturaleza exterior al hombre es insuficiente. El perfecto dominio de la realidad ha de extenderse a la realidad humana. Es la *tecnología de la conducta* a través de la pedagogía y la educación, desde la influencia moral hasta el adiestramiento y la programación conductistas, a través de la psicología y la sociología (control interiorizado, ingeniería social), de las ciencias biológicas (ingeniería genética), de las ciencias administrativo-organizativas (institucionalización tecnológica, previsión socializada, seguridad social) y económicas (planeamiento).»

Dominio una vez más del hombre sobre su entorno. En un auténtico desarrollo autónomo que utilice toda la capacidad, emotividad y saber de sus habitantes, que recuperen al fin lo que se denomina «conciencia de la especie» para impedir su destrucción. Cansados de la *realpolitik*, imponen su visión soñadora que será a la postre la auténtica y real en la creación de una comunidad regional que ha de encontrar en sus vecinos —por encima de las diferencias históricas, lingüísticas, económicas, etc.— unos caracteres comunes y prioritarios a la hora de organizar su auténtica independencia, a la hora de defender sus propias civiliza-

ciones y culturas de la cultura homogénea que desde fuera pretenden borrarles de la historia. Y en ese sentido, hoy ha de hacer con el mito de la ciencia lo que hizo en el siglo de las luces con el de la religión: colocarle en su verdadero sitio, o lo que es lo mismo, dominarle, no convertirse en un carro pasivamente conducido por el misterio y tan ciego como incontrolable. Ninguna fuerza existe ajena al hombre, que el hombre no deba ni pueda controlar.

6 En el principio la enseñanza. La enseñanza base de una cultura diferencial

La enseñanza: un ciclo de sustracción. Una constante pérdida, sangría de hombres, vocaciones, posibilidades quedadas a medio camino, truncadas por falta de medios económicos, escuelas y universidades, lógica consecuencia del sistema clasista imperante en la misma, y vuelta de espaldas, en las materias impartidas, a la realidad del propio marco físico, histórico, económico y cultural en que se desarrolla. Apenas hay analfabetos: sí subdesarrollados. La enseñanza ha de verse como globalidad: ella es a la vez síntesis y suma, justificante además, en parte, del proceso emigratorio.

La decadencia en la enseñanza y en la cultura

arranca del inmediato pasado. A principios del siglo XIX hay intentos por desarrollar la cultura regional, acorde con los impulsos que recibe en toda España. Es época de las Sociedades Económicas de Amigos del País. Pero desde el absolutismo decaerán, con pequeñas excepciones, como las de León, Béjar y Ávila. Decadencia que alcanza a las Universidades de Salamanca y Valladolid. ¿Por qué no hubo Universidades, por ejemplo, en Segovia, Ávila o Toledo, se concentraron todas en Madrid, a diferencia, por citar un caso antípoda, de Inglaterra, con sus Oxford, Cambridge, etc.?

A principios del siglo XX, mayormente en la breve República, hay un intento de recuperación. Son los tiempos de Unamuno en Salamanca, Antonio Machado en Soria y Segovia, del desarrollo de las Escuelas Normales en Valladolid y León, del auge de la Institución Libre de Enseñanza, de la Escuela Nueva y la extensión del laicismo, de las Misiones Pedagógicas, la formación y desarrollo de las bibliotecas públicas, los teatros itinerantes, las publicaciones literarias y formativas, la recuperación y dignificación del maestro de escuela.

Por citar un testimonio, tomemos el de Juan Gil-Albert en «Memorabilia»:

«España parecía haber alcanzado por los años treinta, a través de un proceso de crecimiento, una plenitud de acción. Y el horizonte se abría prometedor, con los trastornos propios de la primavera, resquebrajaduras, inestabilidad climática, activización misteriosa de los procesos sanguíneos, erupciones cutáneas. Pero entre la desazón, con un incipiente verdor que crece bajo los pies y ante los ojos, que se huele en el aire y que produce ese cosquilleo natural propio de una estación que es más transitoria que es-

tabilizadora. Don Fernando de los Ríos, desde su despacho de ministro de Instrucción Pública, le había dicho a su antiguo maestro Cossío que regía la labor educacional de la Institución Libre de Enseñanza: pícame lo que quiera. Y nacieron las Misiones Pedagógicas. Una partida de jóvenes bajaba desde Madrid, a las entrañas patrias, visitaba en los modestos municipios pueblerinos al alcalde, y éste, accedía a sus indicaciones, convocando, en el atardecer, acabadas las faenas diurnas, a los vecinos, que, congregados en alguna sala destartada, se disponían a contemplar más que a escuchar, con una mezcla desigual y cambiante de curiosidad, de torpeza, y hasta de temor —porque la investigación de las facultades humanas ofrece siempre una perezosa resistencia— la disertación elemental de Sánchez Barbudo, la exhibición explicada que Gaya les hacía, sirviéndose de copias pintadas por él en el Prado, de un retrato de Sánchez Coello, o el disco comentado por Cernuda, desde cuyos sensibles círculos en espiral la voz de Juan Ramón Jiménez, invitaba a sus oyentes, boquiabiertos, a imprevistas correrías tan a la mano y tan irrealizables:

*Vámonos al monte
a por romero y por amor.»*

La guerra, para la renovación educadora, y más aún, la cruel posguerra, es el final. En el tiempo de la barbarie, Castilla-León será la primera víctima del clasismo, el embrutecimiento, la discriminación y la postración educativa. Con la insurrección franquista perdimos también el camino hacia la tolerancia y hacia el posible entendimiento y colaboración de la España de las Nacionalidades.

Entre los que afectan hoy día a la ense-

ñanza, destacamos: el desligamiento de la educación impartida del medio rural o urbano en que se da. Se olvida, a la hora de planificar centralistamente la misma, que economía, paisaje, cultura, rito, tradición y hasta ciencia futura, deben estar unidas a la escuela.

La falta de planificación. Desde cada comunidad. Según la realidad del desarrollo y de la historia de la misma. El profesor ha de sentirse educador en un medio concreto, Castilla-León, y no un «castigado» por alejarle de Madrid o la gran ciudad.

En el medio rural se acusa la inexistencia de guarderías y jardines de infancia. Se calcula que sólo un 15 por 100 de los municipios de Castilla-León tienen alguna unidad específica preescolar. Mil quinientos municipios carecen absolutamente de ella. Y prácticamente el 100 por 100 de los municipios menores de 5.000 habitantes no cuentan jardín de infancia o guardería. En el medio urbano, donde existen, son casi siempre privadas, muchas veces con un índice superior al aconsejado o permitido de alumnos y con condiciones, tanto de local como pedagógicas, lamentables.

Se han cerrado múltiples escuelas de EGB en los pequeños pueblos. En la década comprendida entre 1969-78, 5.266 escuelas unitarias en Castilla-León. Sólo en el curso 1978-79 se cerraron 674. En Palencia y Burgos más del 70 por 100 de sus municipios carecen de escuelas. En el libro «La educación en Castilla-León», escriben sus autores:

«La EGB en nuestra región ha sufrido un progresivo deterioro desde la implantación de la Ley General de Educación en 1970, que ha afectado de lleno al medio rural. Se han dado tres procesos paralelos e interrelacionados en Castilla-León: la urbanización de la enseñanza, la privatización y el desarraigo popular

o la desvinculación de la enseñanza y la educación al medio y a sus protagonistas.»

La concentración escolar fue impulsada en los últimos diez años. El fracaso parece evidente. Desde el punto de vista económico, el alto coste del transporte escolar, comedores si existen, personal auxiliar, etc., superior al de la eliminación de las escuelas y sus gastos de mantenimiento. Desde el pedagógico, el cansancio para el alumno y el desligamiento producido entre escuela y vida, escuela como prolongación, parte fundamental de la vida cotidiana a la que debiera fundirse. Una media regional nos da el 78 por 100 de alumnos que utilizan el transporte escolar para trasladarse de un medio rural a los pueblos concentradores de escuelas.

Profesores y maestros provisionales, no encuentran incentivos, estímulos, para desarrollar su aptitud e imaginación en un ambiente que toman como hostil, como puente únicamente de su ulterior destino, sintiéndose como de paso y en la esperanza de huir cuanto antes del mismo. En los centros urbanos, es preponderante la enseñanza privada, sobre todo religiosa, con su carga de dogmatismo, irracionalidad, uniformidad, imponiendo además separación de sexos y altos costes de matrícula.

En la década de los setenta, increíblemente, disminuyen los alumnos de los centros públicos, pasando de 287.000 en 1970 a 229.000 en 1980, mientras aumentan en los privados: de 44.000 a 115.000. Es una acusación, una más, a la marginación de la región, al abandono que a todos los niveles sufre. La educación no es, no puede ser, un móvil económico más, otra parte de la industria de la cultura. Los poderes públicos han de intervenir en ella.

Se da una masificación en los centros públicos, que

son además en su ordenamiento tanto externo como interno rutinarios, meras correas de transmisión de la educación centralista. En los Institutos se nota la falta de especialización del profesorado, que al tiempo se ve forzado muchas veces a impartir clases en asignaturas diferentes a las que él se preparó. Es menor la inversión educativa que en el resto del Estado. Sólo el 15 por 100 de los alumnos de BUP están escolarizados en centros menores de 10.000 habitantes.

También es deficiente la educación de adultos. Soria, por ejemplo, no contaba en 1981 ni un solo centro educativo de esta índole. En total, para toda la región, 4.836 alumnos, lo que no equivale ni al 0,3 por 100 de posibles escolarizados mayores de quince años en la región. Y concebimos la educación de adultos no sólo en términos específicos de unas materias concretas —que además vienen deformadas por la manera clasista y reaccionaria en que se tratan— sino en su globalidad: problemas del campo, culturales, científicos, ecologismo, creatividad, etc. Y hasta en una forma nueva de estudiar la historia. Encontrando el lugar exacto que el hombre tuvo en ella. La historia de los reyes olvida a la historia de los pueblos, y Bertold Brecht se encarga de explicarlo en un magnífico poema:

«¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?

En los libros están los nombres de los reyes.

¿Fueron ellos, pues, quienes levantaron los bloques de piedra?

Y Babilonia, tan a menudo destruida,

¿quién la reconstruyó una y otra vez?

¿En qué casas vivían los constructores
en la Lima rutilante de oro?

¿Adónde fueron los enladrilladores

la noche en que quedó terminada la Gran Muralla de China?

La Gran Roma está llena de arcos de triunfo.

¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?

¿Había sólo palacios para los habitantes de la muy cantada Bizancio?

Incluso en la legendaria Atlántida

¿acaso los que se ahogaban llamaban a gritos a sus esclavos

mientras el océano la engullía?

El joven Alejandro conquistó la India.

¿El sólo?

César batió a los galos.

¿Sin un cocinero siquiera?

Felipe de España lloró cuando se hundió su flota.

¿Acaso nadie más lloró?

Federico el Grande ganó la guerra de los Siete Años.

¿Quién la ganó con él?

Una victoria en cada página.

¿Quién preparó el banquete de la victoria?

Un gran hombre cada diez años.

¿Quién pagó los costes?

Tantos informes.

Tantas preguntas.»

La deficiencia universitaria se palía algo con la creación reciente de la Universidad de León. Segovia sigue dependiendo de Madrid. Soria de Zaragoza. Avila de Madrid o Salamanca. Burgos y Palencia de Valladolid. Hay un crecimiento cuantitativo, pero no una Universidad específica de la región, que tenga en cuenta a la hora de planificar medios y materias sus características. En el libro citado se dice:

«Comparando la evolución del alumnado universitario de Castilla-León con el alumnado español en ge-

neral, se constata en primer lugar que aquél ha seguido unas pautas de crecimiento inferiores al conjunto nacional, tanto en números absolutos y relativos como especialmente en aquellos estudios que se pueden cursar en nuestras universidades y que, además, los estudiantes castellano-leoneses acuden a aquellas especialidades de las universidades españolas que ya están más saturadas.»

Eran el 12,3 por 100 del total de universitarios españoles en 1950 y sólo el 7,8 en 1975.

Se precisa un diálogo de todos los interesados en el tema, para salir del ostracismo y el subdesarrollo educativo: autoridades, educadores, padres y alumnos. Y planificar globalmente, regionalmente, la educación: ciclos completos y otros auxiliares de los mismos, fundiendo lo humanístico y lo científico, lo económico, lo lúdico y lo creativo con lo laboral y ambiental, partiendo de una necesidad y no de una obligación, de un querer y no de un deber, de una forma de vida para el futuro y no de una mera fábrica expendedora de títulos para el inmediato éxodo. Es preciso, también aquí, partir de la agonía a la esperanza. Ha de impulsarse una revolución educativa en la concienciación regional. La defensa de la escuela rural, y del instituto urbano, no puede concebirse aislada de la castellanidad y de la defensa de un modo de vida ecológico y cultural distintos al imperante en la macrociudad.

En aquella, comienzan a tomar importancia los colegios familiares rurales, formulación que ha de profundizarse e impulsarse con un mayor diálogo y colaboración de otras instituciones y partes interesadas en el tema. Se suceden los encuentros de trabajadores de la enseñanza en Castilla-León, las escuelas de verano, el movimiento de educadores milanianos, búsquedas

que han de traspasar la mera formulación, la declaración de principios, el pequeño ámbito de actuación, para integrarse en un proyecto más ambicioso, unificador y realizativo. El Concejo Educativo de Castilla-León se define en abril de 1980 de la siguiente manera:

«El Concejo, unidad organizativa básica de los municipios castellano-leoneses, reunía a los vecinos para tratar y decidir sobre los problemas comunes... Concejo Educativo, fiel a ese antecedente democrático, nace como convocatoria abierta a cuantos se interesan por el establecimiento de una escuela popular en Castilla-León.»

Es la búsqueda de una escuela pública y popular, de renovación pedagógica y castellanista, que no esté de espaldas al medio sino incrustada en él, y se alinee con las posturas universales de pacifismo, defensa ecológica y humanística de nuestro tiempo, y de un nuevo diálogo, auténtico, entre los profesores de la enseñanza, los habitantes a que va destinada y la necesitan y las autoridades pedagógicas.

Otro de los signos renovadores, necesitados de un estudio más profundo y una colaboración más amplia, en cuanto tenga de positivo y en cuanto precise de transformación, es la animación sociocultural en el campo castellano-leonés, sobre todo en las comarcas rurales marginadas.

Informa la OCDE:

«La función de educación de adultos y cualquier otra enseñanza no institucional de cara al desarrollo rural... para que los propios afectados, no sólo participan en el desarrollo de su localidad, sino que tomen la iniciativa de este desarrollo y la dirijan.»

Puntos a destacar, entre otros muchos que necesitan apuntarse y discutirse, serían:

- la importancia de educar en el cooperativismo.
- la constante superación y formación de los educadores.

— frente a la educación tradicional, la llamada pedagogía del acontecimiento. Educación no formal, que sea capaz de integrar y armonizar todas las facetas del desarrollo comunitario. Una educación que anteponga al objetivo prioritario actual, el de ser una fábrica de concesión de títulos, el de proporcionar una cultura real, que no ponga al individuo al servicio exclusivo del llamado crecimiento económico, simple modernización de la pobreza, sino que la enfrente con los problemas reales de la comunidad y de su propio.

Tomemos el ejemplo de Barco de Avila, comarca con 16.000 habitantes, 84 núcleos de población divididos en 35 municipios. Encontramos en él escuelas campesinas establecidas en Muñico, el Valle de Amblés y el propio Barco, 250 alumnos para 14 educadores. Una educación atípica que incluye en 1979 la comercialización de las judías barcenses para impedir el fraude de que son víctimas, hasta inventar el célebre eslogan —la mayor parte de las que se comercializan vienen de otras tierras, incluso de América, y envasadas en este pueblo se venden como si fueran cultivadas en la zona— «no judías del Barco, sino que vienen en barco». Y así se obtiene la denominación específica en julio de 1984.

Escuelas que hoy se extienden por Salamanca, Burgos, León y Palencia. Así la Unión de Campesinos leoneses pretende dinamizar la cultura a través de semanas culturales, asambleas y boletines y montaje de escuelas campesinas y entre otros temas de trabajo en el medio rural ha desarrollado los de: estatuto de la leche; la cultura y el desarrollo en áreas rurales; el

ingreso en la comunidad económica europea (definiéndose un aumento de la dimensión de las explotaciones, la creación de empresas de transformación y comercialización en común, el paso y acceso de los agricultores jóvenes a intervenir decisivamente en las explotaciones que trabajan, la información y formación de todos los campesinos, etc.); los seguros agrarios combinados; el tema fiscal en el campo, y otros. Piensan que el interés de la cultura se centra, sobre todo, en los temas económicos y sindicales, además de los formativos.

El Centro Almanzor, de Barco de Avila, define como motivado para «la educación no formal de adultos, sin subvenciones, con personal voluntario pero en la idea de que este tipo de enseñanza cumple el fin social para el que se ha abierto: los alumnos no vienen buscando un título, sino el saber que les es necesario para elevar su calidad de vida en una comarca empobrecida».

Hoy colabora con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la cátedra de Ecología de Salamanca. Y se integra en el programa de reactivación de áreas deprimidas. Entre otros estudios ha realizado los siguientes:

- análisis de agua como factor clave de la comarca;
- estudios de suelos de cara a una ordenación de cultivos;
- estudios experimentales sobre la judía;
- estudios sobre la situación de la vivienda rural;
- investigación de la mineralogía comarcal;
- sobre el futuro de pueblos abandonados;
- sobre la instalación de pequeñas industrias;
- sobre mancomunidad de servicios.

Entre otras realizaciones cuenta las de formación

profesional agrícola; de acogida y animación sociocultural; de formación cooperativa; de documentación e información y reconciliar la cultura urbana y la rural.

Los animadores permanentes viven en los pequeños pueblos de la zona, entre la gente. Y con ellos colaboran técnicos, como biólogos, zoólogos o minerólogos.

«Cerrar una escuela es ayudar a morir a un pueblo.»

«Revalorizar el trabajo agrícola es la base de una solución también cultural.»

¿Dónde están los periodistas, los escritores, los científicos? Hay que ser demasiado «grande», humanista, para renunciar al mundo publicitario, e integrarse en el de la auténtica creación. Hay que ser Albert Einstein, a nivel de capacidad de análisis intelectual. El Einstein que escribe: «Es casi un milagro que los modernos métodos de enseñanza no hayan estrangulado ya la sagrada curiosidad de la investigación.»

Añadimos nosotros: y de la política, y de la literatura, y en general, de la vida.

Como si en la era de la cibernética, investigación e imaginación estuvieran proscritas. Como si el propio hombre estuviese a punto de dejar de existir, en su más vieja y maravillosa concepción, aquella que le hizo progresar en lucha contra elementos reales o mágicos. Nos atterra una humanidad uniforme, insistimos en ello, de robots similares a los «hombres grises» retratados por Michel Ende, hombres esclavos del tiempo, sin diálogos, sujetos a leyes precisas de un mal llamado progreso, progreso hacia el exterior, nunca hacia el interior del propio hombre. Es precisamente la falta de diálogo, la ausencia de silencios, el no saber escuchar, uno de los mayores vicios de nuestra actual civilización. Memoria, recuerdos, y sobre todo iniciativas no han de ser descuidadas por la enseñan-

za. Más allá de los libros están los nuevos libros que a partir de los libros pueden escribirse. Los libros no deben ser rígidos, cerrados, sino que han de estar abiertos a su continuidad. Los libros son amigos que necesitan de nuevos amigos para no quedar convertidos en piezas de museo. Aún Einstein: «Los amigos a no perder eran aquellos hombres, del presente o del pasado, que albergaban parecidas motivaciones, así como las ideas por ellos conquistadas.» Libros que ayuden a desterrar las falsas contiendas entre razas, credos, banderas, creencias. Ellos, sus autores, pueden, pudieron vivir en Andalucía, en Castilla, en la América precolombina, en una aldea tibetana. Son sus pensamientos, músicas, imágenes quienes ahora nos interesan. Son los amigos sin tiempo que supieron abrir huellas para la continuidad de la especie, para alimentar el sueño y el desarrollo de una cultura que los bárbaros de siempre quieren aniquilar, como a ellos mismos pretendieron silenciarlos, incluso los persiguieron a muerte en múltiples ocasiones. Los hombres que hicieron los libros y que ahora nos ayudan, cuando ellos están muertos, a mantenernos vivos. Libros que de pronto blanquean sus páginas para que en ellas se escriban nuevas historias, conocimientos. De abajo arriba. En escuelas públicas, sin ánimo de lucro, participativas. El desarrollo integral, cuerpo, conocimientos, del alumno, en una escuela integrada en un medio social concreto, al margen de conceptos mercantiles, burocráticos, cuando no represivos. Aprendizaje y vida unidos en la escolaridad. Y ésta, pensada y desarrollada para esta comunidad que llamamos Castilla-León.

Con la enseñanza, desde la niñez, tal vez lleguemos a un adulto distinto, el adulto que busca el mundo en su interior, único espejo no deformante en el que ha

de encontrar estímulos y realizaciones auténticamente inteligentes. El adulto que no sea un número manipulado por la alienación y la ideología consumista. El adulto que en el centro de Castilla, mire al cielo y llore de felicidad por comprender lo auténticamente ancha, libre y grande en su pobreza, en su diferenciabilidad, en su independencia, en su generosidad, que puede ser Castilla.

Escribe Luis Díaz: «Indiferencia de los españoles hacia su imagen en el exterior... El español sólo en muy especiales circunstancias se identifica con el Estado al que teóricamente pertenece... España, conglomerado de pueblos y culturas, únicamente desde el exterior puede ser vista como una unidad homogénea. Los españoles poseen en general un profundo sentimiento hacia un pueblo o ciudad, pero una vaga idea de nación.»

Porque, añadimos nosotros, la nación se entenderá cuando se respeten y acepten las culturas distintas que en ella se integran: un castellano la lengua catalana y un vasco el cante jondo y ambos la gaita gallega. Pero mientras se pelean por los símbolos y guardias ciegos son obligados a morir lejos de sus tierras por consignas que en nada debieran afectarles, la TV continúa uniformando a todos los que luchan y se matan entre sí, una TV que es la más perfecta organización de la mediocridad, del poder no ya del capital y del Estado centralista y reaccionario, sino del Imperio mundial. Ahí está nuestra esclavitud. Ahí se organiza el auténtico centralismo, que devora no sólo a Castilla, sino a Catalunya, a Euskadi, y... Enrique Fuentes Quintana, abordaba el problema educativo de cara a la reconstrucción de Castilla y León, de la siguiente forma:

«Los españoles somos tacaños con los gastos de educación. Quizá no nos preocupamos tanto de gastar

en los colegios de nuestros hijos como a la hora de comprar un automóvil, una vivienda o un artículo de lujo. Yo creo que la educación no la hemos entendido como un activo. Mire usted, por ejemplo, el tema de la formación profesional. En España esta formación no ha sido aceptable y esto, ahora lo vemos, ha afectado negativamente a las gentes de Castilla. El éxodo se ha producido emigrando la gente sin una formación previa con la que insertarse en la vida de la ciudad... Cuando estamos ya de vuelta de una revolución energética en la que los precios no son ya los anteriores y la industria no tiene el sentido que tenía, quizá haya unas posibilidades mayores de vuelta a la tierra. Yo creo, no obstante, que esta revitalización no será ya posible en algunas zonas al menos a corto plazo. Y habrá áreas que se quedarán convertidas en desierto... Hay que plantearse o imaginarse cuál puede ser el destino de esas zonas para no sorprenderse tampoco demasiado con reivindicar la historia y creer que realmente podemos volver al pasado porque, desgraciadamente, el pasado necesita una revolución enorme en los hábitos, en las formas de vida, en las formas de pensar.»

Dentro de la enseñanza, de la cultura, ocupa un lugar todavía importante en nuestro pueblo la religión, dominada por el peso de la tradición, que es, valga la expresión, conservadora. Aún hoy Salamanca y Zamora dan la mayor densidad de clero por habitantes y Castilla-León con Euskadi-Navarra son las regiones con mayor número de sacerdotes y obispos del territorio. La influencia católica se extiende más allá de los recintos eclesiales: alcanza a los partidos políticos, organizaciones sindicales, etc. La crisis religiosa es subrayada acertadamente, para Castilla, por el Obispo de Segovia, monseñor Palenzuela:

«Yo diría que es muy característico del hombre de esta región su aprecio del hombre sin atributos, sin cualidades, el hombre por el hombre, el sentido extremado de la dignidad humana, el amor a la libertad. Para el hombre castellano es fundamental incluso sacrificar todo a la dignidad de la persona humana, de la propia persona, aunque en ello haya a veces un exceso de orgullo. Habría también que tener en cuenta la sobriedad —sobre todo en tiempos remotos— con que se dirigía a Dios, la falta de seres intermedios entre Dios y el creyente. Pero claro, hoy también las cosas han cambiado en este sentido con el proceso de secularización. La religiosidad castellana se ha ido debilitando mucho, ha dejado, en buena medida, de formar parte de una determinada visión del mundo. Es evidente que cuando esa visión del mundo se hunde a consecuencia de los cambios económicos o sociales, esa religiosidad también se viene abajo, aunque queden todavía restos. Las gentes de edad siguen teniendo sus creencias, pero no han sido capaces de transmitir las, ha habido una ruptura. Hoy la mayor parte de la juventud ve la religión, algunos aspectos al menos, como un resto folklórico, que es justamente la muerte de lo religioso.»

Pues las romerías, procesiones, fiestas patronales, tienen sin duda un carácter cada vez más pagano. Lo religioso es una excusa para dar suelta a nuevos instintos lúdicos, para aprovechar la salida a la calle, el montaje de encuentros en que el sexo, la droga, el atavismo, y sobre todo el espectáculo, se conviertan en verdaderos protagonistas de los mismos. La ruptura familiar, la decadencia del trabajo agrícola, el vaciamiento de pueblos y comarcas enteros, rompen con todas las herencias, y entre ellas la religiosa, que era uno de sus mayores aglutinantes. La culpa de la Igle-

sia, su ceguera histórica, su alianza con los caciques y poderes políticos, ha contribuido igualmente a su actual decadencia. El propio Palenzuela lo reconoce:

«Siempre habrá alguien que te decía que no había que confundir la religión con los problemas temporales. Naturalmente, si no quedaban fieles no sé qué espiritualismo les iban a inculcar. Ni espiritualismo ni nada. La Iglesia en Castilla, salvo raras excepciones, ha olvidado los problemas de su pueblo.»

Vieja como la fe, antigua como la tradición oral, bella como la voz humana, es la tradición folklórica. Aún existe el peligro de quienes identifican y sitúan al folklore como vestigio del pasado, para anclarse en él y no le dan un carácter dinámico, de reinserción en la evolución de la cultura presente. Como dice Alan Dundes:

«Es decepcionante comprobar la poca atención que los profesionales de la etnopsicología y los estereotipos nacionales dedican por lo común al folklore.»

El folklore ayuda a recuperar la memoria histórica, el rescate de las señas de identidad perdidas, pero tiene un valor aún mucho más alto: puede impedir la colonización cultural impuesta por las multinacionales en la hora presente, para incorporarnos al futuro pero desde esas huellas que evolucionan y permiten que no se pierda, sino que se transforme nuestra cultura. Los nostálgicos del ayer impedirían nuestra incorporación a la vida actual. Quienes desean romper todo y tajantemente con el ayer, nos entregan en la despersonalizada y absorbente sombra del Imperio. Hoy el problema no pasa por un enfrentamiento ciudad-aldea, ayer presente, sino por encontrar el hábitat preciso que permita fundir ocio y trabajo en un medio no esclavizante, sino liberador, y saber correr las sendas musicales, creativas, del lenguaje del ayer, para incor-

porarlas al lenguaje presente. No es ya la tradición oral la que muere, sino la propia cultura escrita, de la palabra, quien se ve sometida a las normas del lenguaje visual. Lo importante es que éste no sea plano, unidimensional, sino que se ponga al servicio de los mismos hombres y tierras que a través de la tradición oral y la cultura escrita permitieron la existencia y continuidad de la comunidad. Al fin, paisaje, miedos e interrogaciones, relaciones sexuales, trabajo, sueños, seguirán siendo materia sobre la que el creador, hombre, no robot, investigue y alumbre. Es la falta de diálogo, la pasividad, la obediencia ciega a quienes buscan seamos sólo espectadores y no actores de nuestra propia vida, lo que amenaza al castellano, al japonés, al mozambiqueño. En el folklore castellano-leonés hay una figura que tipifica su esencialidad. Escribe Luis Díaz Viana al respecto:

«Tradicionalmente, los dulzaineros viajaban no sólo de pueblo en pueblo, sino también de provincia a provincia, llegando a existir en la época de mayor florecimiento distintas "escuelas" o estilos de interpretación.»

El desarrollismo intentó cargarse «la vieja» España. No era sólo el dólar quien penetraba en nuestro país: era la cultura de la hamburguesa, la coca-cola, el telefilme made in Dallas ¡Dios Santo, hasta qué punto semejante estupidez embrutecedora está despersonalizándonos!, la música rock, el colonialismo idiomático, quienes se extendían por cualquier lugar, por miserable que fuera, de nuestra geografía. A él contribuían autoridades, seudointelectuales, y hasta hombres de iglesia que al tiempo que se dejaban invadir aprovechaban para vender por cuatro céntimos nuestro precioso patrimonio artístico. Como dice Martha Ellen Davis en «El cambiante papel del Dulzainero

en León»: «Siendo como es la música tradicional bastante lucrativa, parece sorprendente que la mayoría de la gente no la tenga en cuenta. La explicación está en parte en el hecho de que los pastores o el pastoreo —medio natural en el aprendizaje de la dulzania— se está perdiendo en la ciudad... La mayoría de los antiguos dulzaineros residentes en León, ya no tocan.»

Y añade: «Todavía el cura de Peral prohíbe actualmente la música y las costumbres folklóricas en un esfuerzo por sofisticar a la Iglesia eliminando de ella los elementos rurales, los elementos considerados de "clase baja", "impuros".»

En Villalar, el primer Villalar de los Comuneros del posfranquismo, los dulzaineros levantaron brazos y piernas de miles de jóvenes venidos de toda la región. Los besos fueron más cálidos entre las mieses. El vino encontró más hueco para llegar hasta el corazón de lo que, pese a toda su coyunturalidad, no dejaba de ser un renacer, una posibilidad de romper con la vieja atonía para retomar el fluir de la respiración de un pueblo.

Al pastor que en su soledad era un pozo donde se almacenaba la vieja historia y el no perdido canto, sucede hoy la posibilidad de que un nuevo maestro se preocupe por ser algo más que rutinario transmisor de materias librescas, por un hombre que funde la cultura a la investigación y a su posible proyección futura. El, y no el señorito del veraneo, debe investigar y contribuir a la nueva creación. El, y quienes aún viviendo en la ciudad —cualquier gran ciudad de cualquier parte del mundo—, quiera interrogarse sobre sus orígenes, no renegar de su tradición y llegar a tener una personalidad propia, en la que se encuentre, precisamente, el camino de la libertad. Por aquí también anda la esperanza de Castilla. Por aquí puede

comenzar a cercarse esa agonía que en el año 74 me llevaba, más que a la lágrima, a la opresiva tristeza.

Y la solución no es trasladar el mimetismo de la gran ciudad al pueblo, unos días locos de verano, días en que algunos de los huidos a Madrid, Barcelona, regresan a ver a los viejos, y más que a ver a los viejos lo que hacen es violentar su propio pasado con la irracionalidad de unos actos sin continuidad. He visto la representación de los que se llaman punkies en algunos pueblos de Castilla. Son los nuevos conquistadores. Llegan, de Madrid fundamentalmente. Se disfrazan una noche. Tintes en el pelo. Osados vestidos. Cadenas. Invaden sus calles, pero sin mezclarse con sus gentes. Salieron del hambre, el subdesarrollo, a estudiar en la Corte. Regresan cuarenta y ocho horas a escandalizar. Fuman marihuana, tal vez toman ácidos. Se desnudan. Hacen el amor, a gritos, colectivamente. Y sobre todo dan que hablar. Son... el hijo de... la hija de... la nieta de... Cuando las calles se desertizan, ellos andan, se revuelcan en ellas, siendo espiados desde los balcones y ventanas de las casas. Pero el público sonríe desde su atraso de bocas desdentadas. Comprensivo. ¡Estos modernos, tan jóvenes! Luego, con la amanecida, la vida sigue. Los punkies regresan, a Madrid, ignorando que nunca estuvieron en el pueblo, que nunca están en ninguna parte. Vuelven a su miseria ciudadana, a su cotidiana explotación. Y las gentes del pueblo se levantan para continuar el discurso ininterrumpido de su vida: el trabajo, los cambios del tiempo, el vino en la taberna, el nacer, el morir...

7 Del municipio y la descentralización a la recuperación de la identidad perdida

Uno de los más graves problemas que atraviesa el proletariado rural, el campo, Castilla, es el de la pobreza, el atraso, la indefensión ante la vida moderna, de los municipios. Se define en una frase: el desfase entre la ciudad y el campo. Desfase acentuado en las últimas décadas. Cuando no solamente se han agudizado las diferencias, sino que éstas son a diario exhibidas por los medios de comunicación visual. La partida de cartas, el baile semanal, el pequeño casino, la conversación al sol, son borrados, distanciados, por las rutilantes luces de las grandes avenidas de la ciudad, el escaparate de los almacenes-catedrales que a diario se ven repletos para mostrarles como

alimento de la gigantesca máquina del consumo, devoradora de los esfuerzos y energías de toda una colectividad. Por eso se retiran las sillas de los quicios de las puertas, se cierran los bailes, desaparecen los casinos, se derrumban los pueblos mientras los trenes y autobuses cargan, hombres, mujeres, enseres de los mismos para trasladarlos a los extrarradios de la gran ciudad.

Dispersión, aislamiento de los pueblos, contados habitantes, escasez, mala calidad de las comunicaciones, deficientes servicios, insuficientes condiciones higiénicas y sanitarias, nula vida cultural, todo contribuye a esta política de liquidación del campo en la que insistimos. Para paliar estos negativos esfuerzos se pensó en la concentración de municipios, cuyos resultados, al menos en Castilla y hasta el momento, dejan mucho que desear, pues la solución no está en medidas burocráticas o administrativas, sino en una planificación conjunta que imponga antes de la decisión legal la solución de todos los problemas de infraestructura de los mismos. Manuel González Herro lo subrayaba acertadamente: «Nada positivo se conseguirá con la concentración de municipios por vía administrativa. Al contrario, agravarán espantosamente el mal de la despoblación. Bueno es crear núcleos rurales importantes, adecuados por su entidad y servicios a las necesidades culturales, sociales y económicas de la vida moderna, en los lugares que se relacionan como cabeceras de comarca. Pero esto ciertamente no se logrará con procedimientos burocráticos de incorporación de municipios. Un método correcto y útil exige:

a) Hacer esa relación a través de medios de investigación técnica responsable a todos los niveles: geográfico, histórico, demográfico, cultural, económico y

de intervención popular efectiva, que garantice el posible acierto.

b) En las cabeceras elegidas realizar *previamente* las inversiones necesarias en orden al establecimiento de servicios y creación de puestos de trabajo industriales para que se conviertan en auténticos centros de atracción.»

La regresividad de los municipios, la constante disminución de habitantes de los mismos, el envejecimiento de la población censada, y sobre todo de la real, es característica de todos los pueblos de Castilla-León. De los 2.248 existentes, sólo ocho cuentan más de 50.000 habitantes y 2.000 tienen menos de 2.000 habitantes. Uno de los peligros que conlleva precisamente el proceso autonómico es el de la multiplicación del centralismo regionalista.

Otro de los problemas que aún existen en estas tierras, es el del caciquismo: los caciques son escasos, pero su poder amplio y su influencia totalmente negativa para el desarrollo de la vida comunal. Los caciques frenan el desarrollo, su concepto de la cultura, del progreso, son una rémora ideológica que paraliza al tiempo la incorporación de la provincia a las nuevas concepciones económicas que favorezcan la distribución de la riqueza y la incorporación de la sociedad al desarrollo de las modernas corrientes de pensamiento. Los caciques tienen nombre propio y se suceden, como las tierras, de una a otra familia, en escasas manos que concentran una gran cantidad de poder decisorio. Se oponen a la expansión porque podría limar y limitar su influencia. El caciquismo y la atonía industrial refleja la decadencia económica de las provincias. La concentración de poderes administrativos y decisorios en quienes son correas de transmisión de los poderes centrales, hace el resto. Entre las deman-

das más sentidas por la población rural o ciudadana, figuraba la de una nueva Administración, tan eficiente como limpia, transparente en su funcionamiento y ejemplar en la lucha contra los vestigios del pasado. Desgraciadamente muchos hombres y mujeres de la nueva Administración, en sus actos y declaraciones, no son conscientes de ello y dan un triste ejemplo a la hora de abordar una política efectivamente renovadora. El daño que provocan, la desconfianza hacia su gestión, la apatía que por culpa de ellos invade a los castellanos ante una posible participación en la renovación de los pueblos y ciudades, es inconmensurable. No hace muchos años, en las postrimerías del franquismo, el gobernador civil de Segovia en una concentración pública me llamaba hijo de p... porque había publicado un trabajo titulado «Segovia se muere de sed». Casi diez años más tarde, la imagen que ofrece un nuevo gobernador civil en Segovia, produce una infinita tristeza. Hemos pasado del insulto al conformismo, a la mediocridad. Y hablamos de una mujer. Una de las tres mujeres que ejercen este cargo en toda España. Joven, más preocupada por salir en las revistas de corazón que se ocupan estúpidamente de airear su vida privada, como si ésta, fuera de a ella misma, debiera interesar a nadie, que de abordar un diálogo franco con quienes desean participar en la solución de los problemas de su comunidad, tanto desde el punto de vista económico como desde el cultural. Y al fin, un gran medio de difusión estatal, «El País», la abría sus páginas a través de Francisco Umbral, para que ofreciera el aliento de su visión ideológica y política en torno a los problemas de Segovia, a como ella aborda un cambio en la mentalidad de sus ciudadanos respecto a sus viejas instituciones, propicia al menos un enjuiciamiento moral severo sobre sus más actua-

les problemas. Porque sin duda, Iglesia y Ejército han sido, son, dos pesadas losas que gravitan sobre el desarrollo de esta pequeña ciudad castellana. Y la irresponsabilidad, la fatuidad, no pueden ser mayores a la hora de hablar de quién se dice representante del Gobierno socialista.

Primera pregunta: la Iglesia. Respuesta:

«Cuando la primera Semana Santa que pasé aquí, había mucha expectación sobre si yo acudiría o no a las procesiones. Decidí acudir de mantilla y peineta.»

Una simple apostilla: esto ya lo hacía Carmencita Franco, que también era joven, guapa y simpática.

Segunda pregunta: El Ejército. En Segovia hay Academia Militar, Regimiento de Caballería, etc. Respuesta:

«Yo pienso que los generales siempre son gentiles con una mujer, y más una mujer joven y quizá mona.»

Remito al anterior comentario.

Tercera joya. Pregunta: ¿Y cómo vive en Segovia el agricultor pobre?

«Esto no es Andalucía. Cuando a mí me preguntan cuál es el mayor problema de la provincia, que me lo preguntan mucho, les digo que ninguno.»

Y por último, algo sobre su concepción de la cultura. Responde la joven, guapa y piropeada por el clero y el Ejército gobernadora:

«Yo tengo, para protocolo, cien mil pesetas al mes. Y sólo con que un día dé una copa oficial a alguien, me cuesta doscientas mil.»

Y aclara más adelante: «Segovia tiene que salvarse por la cultura, y esto da igual quien lo haga.»

Sí: también con Franco había Ministerio de Cultura. Le faltó descubrir mujeres como Cristina Bustamante para ofrecer al cargo de gobernadores.

Municipio: vieja sangría ideológica, política, organizativa, que sigue aplicando políticas centralistas, concepciones arcaicas, frente a problemas nuevos.

Madrid-Segovia, Madrid-Burgos, Madrid-Soria, Madrid-Avila, Madrid-León. Siempre Madrid, punto de referencia. Su largo cinturón extendiéndose glotonamente sobre un terreno cada vez más desvirtuado. Sierras. Piedras. Chalés con piscina. Hasta bloques de edificios residenciales con supermercados. Y enseguida las casas semiderruidas y abandonadas. Escasa vegetación. Abruptos paisajes. De nuevo, en cuevas y hondonadas saltadas por regatos de agua, se multiplican las parceladas viviendas veraniegas. Al fin, bosqueado, el monte cuajado de pinos. ¿Quién construye, quién aprovecha estos chalés, de qué viven en el invierno los pueblos que les cobijan y enmarcan? Y estas gentes del tren lento, traqueteante, son las gentes de Castilla: van, vienen, de León, Burgos, Avila, Segovia... En verano. Tal vez en Navidad. Y el resto del año, ¿cómo viven, respiran en Madrid, quienes quedan entonces en sus pueblos, cómo viven los que quedan? Pueblo viejo sorprendido al paso del tren: las tejas hundidas, las vacías calles en cuesta, los campos no labrados pero acotados para caza de señoritos domingueros, las casas de piedra, los caminos polvorientos y culebreantes en tierra batida por el sol: apenas en unos kilómetros pasamos del turismo ordenado a la desertización absoluta.

Y nosotros también huimos, apenas abandonados los institutos, colegios religiosos, escuelas normales, como si los pueblos, las ciudades de Castilla estuviesenapestadas, huimos a Madrid, Barcelona, tal vez más lejos.

Y ahora paseo mi nostalgia por la vieja Segovia, la ciudad de los padres misioneros, de los maristas, de

los cadetes de la Academia, los reclutas de la base mixta o el Regimiento de Artillería.

Cientos de vencejos vuelan en tardes rojizas por el cristalino aire de la ciudad, planeando alrededor de las torres y arcos de sus iglesias, de sus tejados destejados, ante el fondo de la nacarada-azulencia sierra y el verde pinar a cuya sombra navega el Alcázar. La catedral de Segovia es como una gruesa y esbelta espiga disparada al cielo en medio de la cenicienta planicie, tan quemada por el sol, que fue descascarillándose en el tiempo medido en siglos, hasta pelarse en la perfección de su requemada sencillez y arrogancia.

—Huísteis, y dejásteis a los mediocres, a los arrivistas, eternizándose en sus puestos burocráticos, persiguiendo, condenando al ostracismo, al silencio, a quienes en verdad amaban la ciudad, se entregaban en sus últimas y desesperanzadas energías a ella. Ahora regresáis algunos fines de semana, incluso, poderosos, habéis arreglado viejos caserones y hasta algún domingo formáis tertulia para hablar ex cátedra de vuestras ideas.

En verano. Los inviernos, largos, son silenciosos. La gente joven chatea en los mesones, se refugia en la discoteca. De noche suenan los pasos por las baldosas de la desierta plaza mayor de algún caminante presuroso, mientras el frío encierra a los mayores en sus casas, junto a la televisión, como en cualquier lugar del mundo, todo él espectador del mismo telefilme. Cine y paseo han perdido público. Siguen los viejos reuniéndose en la tarde en el café de la plaza, haciendo cola las fiestas para comprar el «Ya» o el «ABC». Los jóvenes han entrado en la cultura del disco y la asimilación por la industria de lo que un día fue llamada contestación pop, hasta contracultura. Todos ya integrándose, o en la antesala, del vídeo. A las doce

del mediodía dominical, como siempre, curas y cadetes pasean sus arrogantes figuras ante los veladores donde la pequeña burguesía toma el aperitivo, cabe al Ayuntamiento que ahora se orna con pendones morados y es socialista.

Dentro de los municipios, uno de los problemas más graves que nos encontramos es el de la escasez y pésimas condiciones higiénicas de sus viviendas. Otro, el de la deficiente Seguridad Social y consecuencias en la salud pública fundamentalmente. Y la mínima escolarización, cuando existe.

La falta de viviendas, la pésima adecuación de las mismas, es un freno a la integración familiar, al asentamiento de la población. Al tiempo que escasean, las viviendas rurales, e incluso urbanas, no cuentan los servicios mínimos indispensables y fundamentales para la vida actual: agua corriente, baño o ducha, calefacción. Sólo la luz eléctrica abarca prácticamente la totalidad de los mismos. Y en muchas, se incluyen incluso servicios propios del oficio de sus habitantes, tales como cuadras, cobertizos, almacén para granos o maquinaria, etc. La necesidad de construir viviendas modernas y económicas, y dotarlas de los servicios fundamentales, es uno de los problemas más sentidos por el hombre castellano, y, precisamente, las pésimas condiciones de habitabilidad de las mismas, han contribuido a la política de abandono y éxodo del campo. Ni que decir tiene que las especulaciones del suelo y el control monopolista sobre el ejercido por determinados caciques —vinculados además a instituciones municipales o a las propias cajas de ahorro— y que alcanza igualmente a la industria de la construcción al tiempo que poseen poder decisorio en las fábricas de prefabricados y en las sociedades de crédito para compra de solares y edificación de pisos, se ha-

llan relacionados a los problemas afectantes del sector.

Al abordar el problema de la Seguridad Social, hemos de referirnos a una problemática general: la deficiencia asistencial. La ampliación de los servicios debiera incluir la medicación previa a los gastos de intervención, y la totalidad de la farmacia. La exploración, el análisis, los reconocimientos que han de ser realizados a muchas decenas de kilómetros de donde vive también debieran ser costeadas. La atención deficiente ha mejorado con la incorporación de médicos jóvenes al servicio. Pero siguen faltando plazas hospitalarias. Y las condiciones de salubridad de los pueblos son muy deficientes. Aguas residuales no canalizadas. Enfermedades parasitarias. Tifoideas en verano. Y aún falta de médicos. Al reducirse los habitantes de los pueblos, no es rentable cubrir con sanitarios los mismos: han de concentrar el trabajo. Distanciamiento que perjudica a ambas partes de esta historia.

Para buscar formas de desarrollo a estos municipios, se crean grupos de estudio y trabajo. Entre ellos, el proyecto de Animación socio-cultural y cooperativo para el desarrollo rural integrado de la comarca de Barco de Avila. Que busca:

- frenar el creciente desequilibrio regional, es decir, disminuir las diferencias entre áreas pobres y ricas;

- evitar la desertización que amenaza a más del 50 por 100 del territorio nacional.

- defender los ambientes locales ante las continuas agresiones derivadas de la implantación de tecnología dura o de actividades especulativas;

- preservar el patrimonio cultural y fomentar los sistemas de valores autóctonos, que normalmente favorecen la gestión racional del territorio;

— coadyuvar a la creación de empleo y al desarrollo de la sociedad española.

Entre los cursos impartidos, figuran el de la comercialización cooperativa de la carne, con análisis de su perspectiva ante la entrada de España en el Mercado Común, sus redes de circuitos comerciales de distribución, la relación carne-consumo, las enfermedades, la producción intensiva y extensiva de la misma, la organización práctica de una cooperativa ganadera, etc.

Otro curso es el cooperativismo: sentido de la cooperativa, la cooperativa como sociedad, las cooperativas de artesanía y textil, la cooperativa como empresa, las ayudas oficiales a la cooperativa, etc. Y no podía faltar el de animación socio-cultural: como se hace un proyecto de animación, organización de la formación de los animadores socio-culturales, organización de un centro de recursos culturales, etc.

También se da un nuevo sentido a las fiestas en los municipios. Por ejemplo, en el pequeño pueblo abulense de La Carrera se organiza la Fiesta de la Recolectión que se celebra el 30 de octubre de cada año. En el programa correspondiente a las de 1983, se escribía a modo de presentación:

«Tenemos ante nosotros el desafío "de la modernidad". Partir de lo que somos, unificando y fortaleciendo nuestros recursos. Planificar los espacios rurales y urbano. Mejorar los servicios colectivos. Educarlos para la confianza, la colaboración y la solidaridad.»

Comienza así a haber en Castilla-León dos clases de fiestas: las «turísticas», de verano, vulgares, despersonalizadas, y las específicas, propias, auténticas de estos pueblos.

Digamos por último, que entre los proyectos de las Cortes de Castilla-León, figuran los de:

- ordenación ferial de Castilla-León;
- creación de un Consejo de la Juventud;
- creación de un Instituto de Estudios de Administración Local de Castilla y León.

Hoy, día de lluvias otoñales, escribo mientras veo borrarse la luz, grisearse el verdor, huir a los últimos forasteros. Los pueblos, en el barro, en la soledad, en el cansancio y abandono de sus viejos, muestran una Castilla amargada, doliente, enfermiza. Una Castilla que podría desaparecer. Ya no se escuchan, apenas, palabras. Casi no voltean campanas en las torres de las iglesias. Sólo algún tractor, de ven en vez, asoma su traza en las pequeñas carreteras que antaño bordeaban álamos o chopos. Lejanas vacas, rebaños de ovejas... Quizá pronto, los campos derriben las casas, y centenares de surcos o inmensos baldíos terminen por enterrar lo que fue historia y tradición fecunda de mil pueblos ahora apuñados en un simple abanico de nombres.

Salvo que...

En 1918 se creaba el Centro de Estudios Castellanos. En 1919 las Universidades Populares, ambos en Segovia. En 1931 el Instituto de Estudios Castellanos Burgaleses...

1976. Se prohíbe la concentración de Villalar de los Comuneros. En 1978 se concentran en la fiesta 200.000 personas. El 21 de febrero de 1983, se aprueba en su forma definitiva el Estatuto de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. En mayo del 83, las elecciones autonómicas conceden 42 procuradores al PSOE, 39 a AP, PDP, UL, 2 al CDS, 1 al PDC. Se constituyen las Cortes de Castilla. Aún no se ha despejado la pugna por definir el territorio. Hay mucho escepticismo en los castellanos, auténticos castellanos como Miguel Delibes. Octubre de 1984. Declara el

autor de «Viejas historias de Castilla la Vieja» a «Liberación»: «No creo que Castilla haya resurgido en absoluto. Me temo que Castilla está donde estaba y que quizá con el Mercado Común pueda estar peor de lo que está.» Y sin embargo, tan castellano, castellano hasta la muerte que él está transformando en vida: «Si hay una cierta precisión en mi literatura, una cierta exactitud en los vocablos o en la combinación de los elementos, eso lo he aprendido de Castilla, porque yo no soy un lingüista, ni un virtuoso de la lengua. Soy un intuitivo que escribo como oigo que hablan o cómo hablo yo, de manera que si yo escribiera bien, es que Castilla habla bien, se expresa bien y yo aprendo de Castilla todos los días.»

Hemos apuntado su escepticismo sobre la autonomía de Castilla. Así lo definía en 1982:

«Yo, la autonomía no la veo, ni acabo de entender esta organización si es que no recata un Estado federal. Tendrá que estar establecido todo esto para que yo pueda formar un criterio, mi punto de vista. Yo no sé hasta qué punto vamos a tener unas posibilidades de autogobierno ni hasta qué punto esto va a ser interesante. No, no acabo de verlo, no llego ni siquiera a imaginarlo. Hay que tener en cuenta que somos una región pasiva. Yo no sé si es ya una región fatigada por tantos siglos de historia o qué es lo que nos pasa. Hubo un tiempo en que Castilla era activa, muy activa, pero hoy la encuentro pasiva o peor aún, resignada.»

La resignación es la agonía. La resignación de quien no encontró lazos para permanecer en una tierra en decadencia, a quien todas las voces llevadas por los vientos que a su alrededor ululaban, la incitaban a huir. La huida de Castilla hacia ninguna parte. ¿Y en ella? Ni sexo. Vino, solo vino y soledad. ¿Aca-

so no era mejor marchar, mientras más lejos mejor, aunque fuera para ser simple espectador del desarrollo tan aireado? Nada sustituía a una cultura en decadencia. Nadie pretendía reactivar una economía en trance de muerte. La televisión la mostraba, aún más, por ocultamiento, en el espejo de su absoluta miseria. La decía: coge tu cayado, echa tus pies a andar, y no vuelvas nunca la cabeza. Luego tampoco encontraría palabras, comunicación, cultura nueva en la ciudad que brutalmente la acogía. Pero esa es otra historia. Y aquí, los hombres como Delibes, que en ella quedaban, eran ocultados o marginados por los mercachifles de siempre, los especuladores, los ideólogos de tres al cuarto, los beatos y espadones que junto a los cazurros mercaderes, contribuían a su enterramiento.

¿Habremos de resignarnos a que el final de la reflexión sobre una tierra concreta sea el solo guardado de violín que arrastra sus notas en el deseo de que otro instrumento recoja su dolor y lo eleve a mayores alturas o lo diluya en el estruendo de una acometedora y combativa orquesta? Todo final muerto, fijado, paralizante, no tiene sentido en el continuo flujo de los hechos y acciones que borran las palabras y a veces los senderos inspirantes de las mismas. La historia fue siempre escrita por las mismas manos. Hora es de cambiarlas. Con nuevas, jóvenes formas interpretadas por distintos protagonistas. Ahí está el cambio. En los hechos, no en las palabras.

En 1975, Raphael Samuel, tutor del grupo de History Workshop —taller de historia— del Ruskin College de Oxford, escribía:

«El Workshop comenzó como un ataque contra el sistema de exámenes y contra las humillaciones que imponía a los estudiantes adultos. Fue un intento de animar a los trabajadores y trabajadoras a escribir su

propia historia, en lugar de dejar que se perdiera o la aprendieran de segunda o tercera mano: de ser productores, más que consumidores, y de utilizar su experiencia y su conocimiento en la interpretación del pasado.»

Interpretación y conocimiento que les haría saltar del pasado al presente, en una escuela renovadora que partiendo del pensamiento llegará a impulsar nuevas formas de vida en la década final del siglo XX.

—Escribir la historia es al tiempo hacerla.

—Seguir el pasado de Castilla, es limpiar la mente de cuantos prejuicios nos impusieron, de cuantas manipulaciones la tergiversaron. Y al tiempo, de concebir, sentar las bases para transformarla. Así se acercarán, nos acercaremos, a la otra historia, conoceremos que hubo grupos excluidos de la narración contada en los libros o por los gobernantes herederos de los gobernantes, marginales, heterodoxos, que, sin embargo, incidieron fuertemente en ella y hasta sabremos de la importancia de la tradición oral, más cercana a la realidad que aquella envuelta por el cíclico relato de las banderas, los tambores y las dinastías.

—Trabajadores son los hombres y mujeres que viven en Castilla y León, mejor, desean seguir formando parte de esa comunidad. Trabajadores en el campo, en la ciudad, en la tierra o en los oficios varios que desempeñan. Todos cuantos deseen encontrar una forma de permanecer en el lugar que nacieron, donde desean seguir viviendo. Cuantos anhelan no ser los nuevos trasterrados.

—Desean seguir, pero no para morir en resignación y abandono. Desean continuar para impulsar nuevas formas de trabajo y de cultura enriquecedoras. Sólo piden medios. Ellos serán los protagonistas de algo que ha de ser creación de vida, prologación de vida.

En el orgullo de saberse comunidad, definirse como comunidad. Así crecerá Castilla-León. Así se transformará la cultura creada *para el* pueblo castellano, por la cultura creada *desde y por* el pueblo castellano. Frente al poder económico del Imperio y de las sociedades político-nacionales a su servicio, y su organización de la cultura unidimensional, el pueblo castellano debe desorganizar la lucha de quienes pretenden esclavizarles en su forma de vida y dominarle culturalmente, para armar él mismo su propia cultura y manera de vivir. Desde allí se busca pasividad para conseguir la manipulación. Desde el corazón de la tierra en que sus habitantes viven y trabajan, hemos de gritar por la actividad y la reorganización. Los oprimidos al fin unirán sus distintas lenguas, cantos y trabajos, para atajar el dominio que sobre todos ellos, se encuentren donde se encuentren, intenta el bloque del poder. La lucha al fin se definirá en el campo cultural. Y de su resultado se obtendrá nada menos que la libertad o la esclavitud, aunque ésta tenga apartamento, televisión y coche propio en la cárcel-ciudad. Una oportunidad histórica para ser nosotros mismos, para vivir de acuerdo a nuestros intereses, para gozar según nuestras necesidades. Y ayudaremos, en la definición de nosotros mismos, a que «los otros lugares» nos respeten, nos aporten sus experiencias y reciban las nuestras, lejos de la imposición, en la colaboración creadora.

Concluimos. Es preciso que todos contribuyamos, en la medida de nuestras posibilidades, a estudiar, cambiar, descentralizar Castilla, aún teniendo en cuenta la duda, la perplejidad delibesiana, que es la nuestra propia. Es preciso integrarse en la orquesta de la solidaridad, y alimentarla con notas propias, música escrita especialmente para esta tierra por los

seres humanos que viven y aman esta tierra. La voluntad colectiva es la verdadera puerta de acceso a la autonomía, y no el consumir etapas por mera coyunturalidad legislativa, y esa voluntad se asume por formas particulares de arraigo cultural, histórico, geográfico, antropológico, económico: voluntad que a su vez ha sido desarraigada por ese confuso diluir lo castellano en lo español de que hablábamos y que ha privado a éstos del sentimiento de su nacionalidad, lo que no ocurrió con vascos o catalanes por ejemplo.

¿Qué queda de Castilla? decía yo en una encuesta no hace mucho tiempo. Como escritor, puedo dar una respuesta que nada tenga que ver con la dada por cualquier otro ciudadano. Si uno va a cualquier pueblo o ciudad de Castilla y le pregunta a un trabajador industrial, seguramente no le sabrá responder, porque no se la habrá planteado, porque quizá para él eso no es problema. Pero si se le pregunta por la clasificación del Real, del Barça o del Valladolid, por el último telefilme que den en el ojo mágico, responderá con una cierta precisión. Y esto por una razón también: el ciudadano busca, pues eso le enseñan, cada vez más la universalidad frente al localismo. Y esto, lo citábamos anteriormente, se da en el campo por ejemplo de la música: más del 90 por 100 de la música que se oye en cualquier pueblo o en cualquier ciudad de Castilla, ha sido producida por firmas multinacionales y en un alto porcentaje está en inglés. Ahora bien, una vez al año, se toca la gaita, el tamboril, se da la fiesta, la romería, se celebra una comida tradicional. Y esto es la anécdota. No nos dejemos engañar por ella. No caigamos en ese ciclo infernal de los símbolos y las representaciones —como se hace por el poder con los artistas y escritores, que tras perseguirles o silenciarles en vida, son condecorados en la vejez o recupera-

dos ya en sus cenizas—. La bandera, la burocracia, la definición legislativa, para el conjunto de la vida cotidiana, nada representan.

Relación entre historia y estética, entre vida en común y libertad organizativa, entre poder y economía descentralizada, entre bloque multinacional de organización y surgimiento de nueva voluntad colectiva. También para Castilla estamos hablando de la supervivencia. Frente al sistema de órdenes, valores —que se sustentan en un poder acosado por el miedo y la tentación a ser el único, a convertirse en el único mediante la destrucción, por sorpresa del contrario— imperante y admitido, organicemos el de la rebelión sistemática y efectiva. Como escribe Elias Canetti:

«Del lado que se la contemple, la orden, en la compacta forma acabada que después de su larga historia adquiere hoy día, es el elemento singular más peligroso en la convivencia de los hombres. Hay que tener el coraje de oponérsele y conmover su señorío. Deben hallarse medios y caminos de mantener libre de ella la parte mayor del hombre. No debe permitírsele rasguñar más que la piel. Sus aguijones deben convertirse en espinas que se puedan desprender con leve ademán.»

Recuperaremos nuestra verdadera memoria histórica. Buscaremos un orden económico que sea el necesitado por la propia Castilla, el originado en la realidad de las tierras de León y de Castilla. Y la cultura, que siempre está por hacer, brotará, como los colores descubiertos por el sol o por la lluvia en nuestro horizonte, de acuerdo a la realización, escritura, que de ella hagan sus habitantes. Cultura por ellos realizada, por ellos pensada, por ellos vivida. Hay también un terrorismo teórico, desmovilizador, que debe ser combatido. Al fatalismo judaico sucedió la superchería científico-ocultista. Si el hombre fue capaz de des-

prenderse de aquel, ha de buscar también dominar ésta.

Ahora, no ayer, tampoco mañana, ha comenzado el futuro. Ahora comienza el tiempo de Castilla.

Indice

1. Reflejos de una realidad moribunda. Sueños de un despertar colectivo	5
2. La estéril polémica	14
3. Una comunidad llamada Castilla y León ..	32
4. La economía. Los vencedores vencidos ..	41
5. De la resignación a la rabia. Lo vivo actual.	85
6. En el principio, la enseñanza. La enseñanza, base de una cultura diferencial	103
7. Del municipio y la descentralización a la recuperación de la identidad perdida.....	123